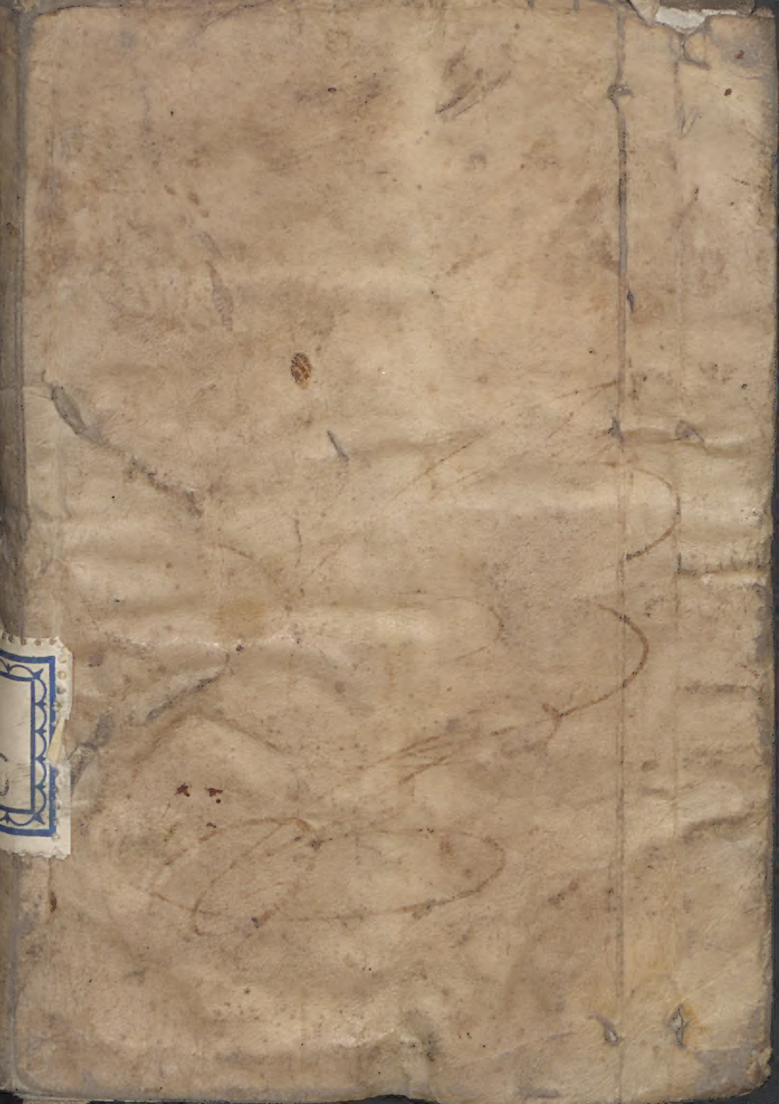
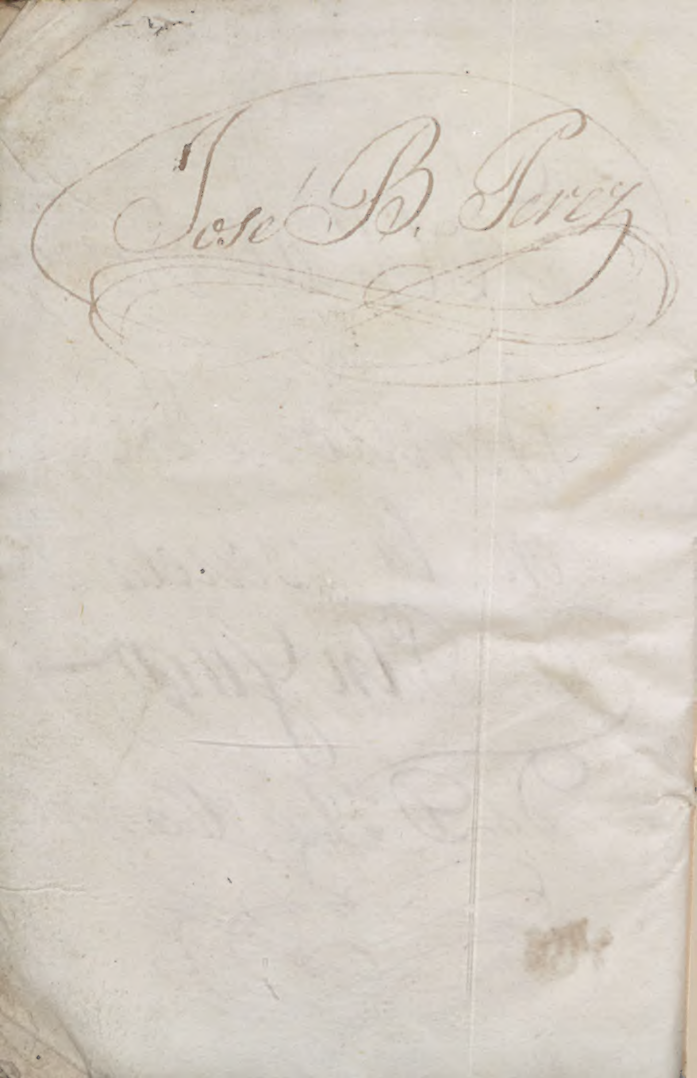


Soy de José
Benito Perez,
en la escuela
de S.n Julian
de D.n José Canal


José B. Perez

EXEMPLOS MORALES

O

LAS CONSECUENCIAS

DE LA BUENA

Y DE LA MALA EDUCACION

EN LOS VARIOS DESTINOS
DE LA SOCIEDAD.

POR

DON JUAN RUBIO, DIRECTOR DE LAS Reales escuelas de S. Isidoro y Sitios Reales, Visitador é Inspector de las ocho creadas por S. M. con destino á los cuarteles de esta corte, Individuo de la Real Academia de primera educacion, y Socio de mérito de las Reales Sociedades de Granada, Xerez de la Frontera y Sevilla.

CON LICENCIA:
SEVILLA: Imprenta de D. Bartolomé Manuel Caro y Hernandez. 1815.

Se vende en dicha Imprenta y Libreria en calle Génova, con otros Libritos de primera enseñanza.

PROLOGO.

Es una verdad incontestable que se enseña mejor la moral á la juventud con exemplos que con preceptos, porque la aridez de éstos suele retraer tanto como halaga y embelesa la relacion de los sucesos verdaderos, ó muy verosímiles. Aconsejan algunos que estos exemplos se den á los niños en fábulas ó apólogos; pero esta máxîma me parece perniciosa; pues desde luego advierten, que siendo falso el razonar que se atribuye á bestias, ó séres inanimados, todo es fingido: por consecuencia no les hace efecto la instruccion, y se les acostumbra á mirar sin horror la ficcion y la mentira.

Siempre he echado de menos en las escuelas de primera educacion un libro en que las verdades mas importantes, y los varios deberes del hombre en los diferentes destinos de la Sociedad, se hallasen envueltos en narraciones sencillas y probables, que excitasen la curiosidad de los niños, y les presentasen un modelo perfecto para cada estado.

Conozco las obras de Madama de Beaumont, las de Arnaud, Joufret y Berquin,

y sé que tenemos un Telémaco, un Robinson, y otros libros de esta clase; pero ademas de que son muy costosos para los niños que concurren á las primeras escuelas, encuentro que casi toda la sublime doctrina que contienen se dirige á la instruccion y al recreo de los jóvenes mas distinguidos y acomodados, con los quales no habla directamente la mia; puesto que se reduce á manifestar á los menos ricos é ilustres, que un labrador no debe ser un ignorante rutinal y grosero: que el ser soldado no es ser un vicioso libre é insolente: que un menestral ha de ser aplicado, equitativo, cortes é inteligente en su oficio, y asi de los demas: que un buen hijo es el consuelo y la honra de su familia: que un niño mal dirigido y educado se pierde lastimosamente, y causa la infelicidad de sus padres: y que en todas las clases del Estado serán felices los virtuosos y pacíficos, asi como son desgraciados los viciosos, indolentes é indiscretos.

Con esta mira he emprendido formar un compendio de las principales obligaciones de los hombres en sociedad, reducidas á pequeñas historias, cada una de las cuales se dirija á alguna clase de las ocupaciones ó destinos en que deban emplearse los niños que concurran á las escuelas públicas de primeras letras. En estos egemplos mo-

rales he pospuesto mi lucimiento á la utilidad pública, no abandonándome á ficciones extraordinarias y violentas, que deleitasen la imaginacion con lo raro de los acontecimientos, sino ciñéndome al órden mas regular y ordinario de la vida, para que su mayor probabilidad sirva, ya de modelo, ya de escarmiento.

Me he esmerado en ser claro y sencillo sin bajeza, pues esta obra podrá servir no solo para los niños, sino para los adultos que no hayan tenido medios para mejorar su mala educacion. Evito con cuidado los razonamientos largos, porque suelen fastidiar, y por medio de diálogos mezclados oportunamente, presento en la escena mis actores para que manifiesten con mas viveza y eficacia sus varios modos de pensar.

He recargado de intento los signos ortográficos para que los niños se acostumbren á expresar en la lectura los afectos del ánimo, y pierdan la fastidiosa monotonia que adquieren en los libros escritos sin esta precaucion.

Al fin de este tomo he puesto dos canciones hechas por mí, con el fin de que se habituen los niños á leer el verso con naturalidad y gracia. He variado de estilo en las historias para que aprendan á leer con propiedad el jocoso, el medio, y aun el subli-

me. Ultimamente, con el objeto de que se exerciten en leer letra cursiva de imprenta, se ha usado de este caracter en las dos odas ó canciones, y en algunos pasages de la obra.

Si este pequeño fruto de mis meditaciones y de mi amor á la buena educacion fuese agradable y provechoso á las personas á quienes se dirige, habré logrado todo el bien que apetezco, y la satisfaccion mas completa y apreciable.

LOS LABRADORES.

Un Sacerdote sabio y virtuoso llamado D. Benigno, se encargó en su pueblo de la primera educacion de los niños, convencido de que este exercicio tan análogo á su ministerio, al paso que le haria emplear el tiempo útil y honestamente, le proporcionaria la satisfaccion de hacer en gran parte la felicidad de sus vecinos.

Notaba este buen Eclesiástico, que las riñas, las enemistades, el atraso, abandono y miseria, los pleitos y los delitos de aquellas gentes tenian su principal origen en la mala crianza; y conoció que el modo de evitar estos males en lo sucesivo era dar á los niños una educacion fundada sobre los sólidos principios de la religion, de la sana moral y de las obligaciones sociales, atemperándose á la clase de aquellos habitantes, y á su ocupacion comun, que era la agricultura.

D. Benigno llegó á saber funda-

mentalmente en poco tiempo los mejores métodos conocidos para la enseñanza de la lectura, escritura y aritmética: estudió muy buenos tratados de agricultura y economia civil, y todas las materias que podian serle útiles para el buen desempeño de la santa empresa que habia abrazado.

La completa instruccion que llegó á poseer, sus observaciones contínuas acerca de las diversas inclinaciones, genios y temperamentos de los niños, sus profundos conocimientos en la religion y en la moral, su amor á la causa pública, y sobre todo, la dulzura y afabilidad de su genio, le pusieron en estado de desempeñar su nuevo encargo tan felizmente como se habia propuesto. Los padres le veneraban, le amaban tiernamente los niños, su corazon se llenaba de alegria al considerar el bien que estaba haciendo á sus prógimos; y los adelantamientos y buena conducta de sus discípulos recompensaban del modo mas completo los desvelos y el trabajo que le costaba su educacion.

A poco tiempo de haberse encargado de ella, se conocian en el pueblo sus efectos saludables. Hasta las personas adultas participaban de su doctrina quando los niños repetian en sus casas las máxîmas y documentos que les inculcaba, y quando leian en los buenos libros que eligió para su enseñanza y recreo. Tales son los efectos de un establecimiento de esta clase, y tal es el fruto que produxeron las sabias miras, el talento y la aplicacion del amable D. Benigno.

Como este Eclesiástico prudente educaba á sus alumnos con el objeto de hacerlos felices en su esfera, y al propio tiempo útiles á sus familias y al Estado, formó de ellos un plantel de excelentes labradores. Referirémos la historia de tres discípulos suyos, el primero llamado Francisco, el segundo Tomas y el tercero Facundo.

A los diez años de edad salió Francisco de la escuela muy bien educado: tenia mucho deseo de aliviar á sus padres, que eran unos pobres labradores, y de empezar á poner en práctica las

lecciones de D. Benigno; y esto lo manifestaba con tal eficacia y candor, que no dexaba duda de su buena voluntad. Los padres le oian con gusto, y solian decirle: „Pero tú ¿en qué puedes ser„nos útil? ¿No ves que aun eres niño, „que no tienes fuerzas, y que todavia „no sirves para guardar los bueyes ni „el hato, porque podrán burlarse de tí, „y robarte las cosas que se fien á tu „custodia? Es cierto, padres mios, (con„textaba) que soy niño y que no tengo „fuerzas; pero un niño sin ellas puede „ser útil en casa de unos labradores. „Yo puedo ayudar á limpiar y hume„decer las semillas que hayan de sem„brarse: puedo arrancar las malas yer„bas en los sembrados, podar las par„ras y los arbolitos del huerto y regar „las plantas: puedo echar de comer á „los bueyes, que me quieren mucho y „me lamen; y no que Vm., padre mio, „que ya va siendo viejo, tiene que le„vantarse de noche, á pique de que le „dé un aire y se ponga malo. ¿Pues „no vé Vm. que madre, mi hermana y „yo llorariamos mucho, y nos daria

„tanta lástima? Mire Vm., padre mio, „tambien llevaré yo á beber la borri„quita de noche, porque Vm. vendrá „rendido de trabajar, y le acompañaré „en el campo para que Vm. me vea, y „y yo vea á Vm., porque se me hace „el dia tan largo... tan largo... Otra „cosa: quando sea cerca del medio dia „(eso ya lo conozco yo por el sol) iré á „casa y llevaré á Vm. la comida; por„que si no, tiene madre ó mi hermana „Isabelita que hacerlo; y sudan tanto... „y se ponen tan morenas en el vera„no... y se mojan mucho quando llue„ve... y se echan á perder los vestidi„tos. Con que ¿no es verdad, padres „mios? Ahora, si me quieren quitar al„guna cosa, yo les pediré á los hom„bres que me la dexen por amor de „Dios, y lloraré, y les diré que mis „padres son pobrecitos, y que tienen „hijos, y verán Vms. como no hacen „mal."

Los padres de este amable niño le escuchaban muchas de estas conversaciones con el mayor gusto; y aunque á veces le apuraban por ver si se enfada-

ba ó retraia de sus buenos propósitos, jamas experimentaron ninguna de las dos cosas: de modo, que empezaron á ocuparle en aquello que estaba mas á sus alcances, y tuvieron el placer de vérselo desempeñar perfectamente.

Tomas no salió de la escuela menos bien instruido que Francisco: su genio era muy bello, y puras sus costumbres, aunque tenia demasiada viveza. Hallábase en el lugar un tal D. Judas, que era su padrino, y cuya ocupacion callarémos por prudencia. Este hombre era un ignorante presumido y fastidioso; pero dominaba de tal modo á los padres de Tomas, que hacian su gusto en cuanto se le antojaba. Empeñóse en que su ahijado no habia de ser labrador, y aunque lo eran sus padres y lo habian sido sus abuelos, y aunque no tenia otro hermano varon que ayudase á su padre, y que pudiera conservar su casa en lo sucesivo mediante su aplicacion á la agricultura. Para conseguir su deseo hacia de contínuo las pinturas mas alegres de la vida cortesana, y las mas melancólicas

de la campestre: exageraba la habilidad de Tomas y sus talentos: manifestaba mucha lástima de que se emplease en las ocupaciones rústicas, y facilitaba tanto su colocacion en un destino brillante, que á los padres y á dos hermanas que tenia Tomas les parecia que le veian ya en el mayor auge, y que la fortuna de este jóven iba á proporcionar el honor y el descanso de toda su familia. Tomas fue el último que aprobó el pensamiento de su padrino; porque tenia tan grabadas en su corazon las lecciones de su maestro, y tanto amor á sus padres y á su pueblo, que le era muy duro dejar de proceder segun le habia aconsejado aquel, y ausentarse de estos: con todo, hubo de ceder al empeño imprudente de D. Judas, y á la voluntad de sus padres, decidida á favor de este fatal amigo.

Resolviéron pues poner á Tomas en casa de un conocido de su padrino, que vivia en Madrid. Este sugeto era uno de aquellos hombres entremetidos y aparentadores, que viven á costa de los incautos, y son los depositarios per-

durables del dinero y de las esperanzas de los necios.

Un dia de fiesta se juntáron casualmente en el paseo D. Benigno, D. Judas, Francisco, Tomas y sus familias. Llegáron á una ermita, hicieron oracion á un Crucifixo muy devoto que habia en ella, se sentáron despues á descansar, y se habláron de este modo:

D. Jud. ¿Con qué Vm. es el maestro de mi Tomasito?

D. Ben. Si señor, y un servidor de Vm.

D. Jud. Vaya, sea en hora buena: me alegro de conocer á un hombre que sabe educar chiquillos como Dios manda. Es cierto que Tomas es un sabio. ¡Qué graciosamente lee, escribe y cuenta! ¡Cómo recita, y aun explica el catecismo! ¡Con qué propiedad habla! Pero sobre todo, ¡qué talento tan despejado!

D. Ben. Si señor, es muy buen muchacho Tomas, y podrá ser un labrador razonable.

D. Jud. ¡Cómo es eso de labrador! ¿Labrador mi ahijado? ¡Un chico de

sus prendas condenado perpetuamente á destripar terrones!

D. Ben. Señor, no se sofoque Vm. por tan poca cosa. Yo creo que si efectivamente he logrado educar bien á Tomasito, en ninguna parte podrán resplandecer y conservarse mejor sus virtudes y conocimientos que entre los labradores.

D. Jud. Pues hombre, ¿de qué les sirven á los labradores las cosas que sabe Tomasito? Yo sé de muchos que no saben la *o*, y á pesar de eso...

D. Ben. Si señor, y á pesar de eso son unos ignorantes rutineros.

D. Jud. Pues á fe que hace Vm. mucho favor á los dos que tiene delante, porque ninguno ha pasado del Cristus.

D. Ben. Lo sé, pero estos señores habrán conocido que mi proposicion no les ofende. Me consta que ambos son muy hombres de bien; pero no ignoro...

El padre de Francisco. No se canse su merced, señor D. Benigno: yo confieso á fe de labrador honrado, que hasta que el señor Cura y su merced

nos han leido y explicado muchas cosas santas y buenas sobre nuestro exercicio, éramos en él unos pobres tontos.

El padre de Tomas. En efecto, porque aunque la práctica y la experiencia enseñan algo, lo cierto es que si su merced me apura, mas cosas saben ya nuestros muchachos... Sí, sí, que les entren.

Tomas. Pues ha quedado Vm. fresco, Sr. D. Judas. Sobre que digo yo bien: lo mismo iré yo á Madrid...

Francisco. Calla tú, hombre. ¿No ves que desazonarás al Sr. maestro? Qué ¿no le quieres ya porque no vas á la escuela? Pues yo lo mismito, y aun mas. ¡Es tan bello!

La madre de Francisco. Miren Vms., señores: ademas de que mi chico sabe mucho de aquello de los labradores, sabe tambien otras cosas, que Dios se lo pague al Sr. D. Benigno... Es verdad, Isabelita?

El padre de Francisco. Vaya, muger, no la pongas colorada, ni tú tampoco te mudes de color: yo soy Juan declarante, y lo contaré todo sin ponerme

encarnado ni amarillo. Sepan Vms. que el tal Frazquito está enseñando la doctrina cristiana á mi Isabel, que tiene ya sus quince cumplidos.

D. Jud. Y qué, no sabia aun...

El padre. No señor, no señor, no sabia mas que una cosa á manera de lo que dixo el Sr. Sacerdote: una... una...

Francisco. ¿Rutina, padre mio?

El padre. Sí, rutina. Pues como iba diciendo, el susodicho Francisco nos enseña...

Francisco. ¡Ay, padre mio! Por Dios no lo diga Vm. ¡Jesus, como se me arden las orejas! Yo sí que me habré puesto colorado.

El padre. Quiero decirlo y me da gana; porque aqui anda la mano de Dios, y nosotros éramos perdidos si no fuera asi. Decia, digo y diré que Francisco nos enseña la doctrina, y á hablar.

D. Ben. No tanto, no tanto, Sr. N.

El padre. Sí tanto, sí tanto, Sr. D. Benigno, y no piense su merced que nos mete en grandes honduras.

La madre. Aquello del Padre nuestro... vaya, vaya.

El padre. Si, cuando deciamos santificado sea *en* tu nombre, y venga á nos *en* tu reino. Pues ¿y aquello del *padre* nuestro de cada dia?

Franc. Padre, por la Virgen Santísima..............

El padre de Tomas. Si vieran Vms. que pagado de mi trabajo decia yo cuando era Alcalde: No doy *audencia: cacuda* por la *vida reselvada:* remitirlo á un *presillo:* que se dé una *satifacion:* que tengan *pacencia:* que llamen al *Percurador:* que se aloje el *Comendante* en tal casa, el *Espetor* en esotra, y el *Tiniente* en estotra: voy al *espital* y *dispues* á un *intierro solene.* Y ¡qué sé yo cuantas badajadas espetaba al cabo del dia!

El padre de Franc. Y yo pajas. ¡Cómo se reian de nosotros aquellos Oficiales, y aquellas señoritas! Pero ya (gracias al Sr. D. Benigno) no lo hacemos tan mal. Hombre ¿te acuerdas quando mi padre estuvo para ir á presidio porque no sabia leer?

D. Jud. ¡Por que no sabia leer! Vamos, Vms. deliran.

El padre de Franc. No deliramos, no

señor. Mire Vm., mi padre era Alcalde; y como no sabia nadita de leer, y menos de escribir, gastaba estampilla para firmar. El fiel de fechos (á quien Dios perdone) le hacia pegar su estampillazo corriente en donde se le antojaba, porque le leia lo bueno y le callaba lo malo. Pues amigo, mi buen padre puso su estampilla en unos autos de gravedad, sin saber lo que se ponia; y se enredó la cosa de tal modo, que si no es por la piedad de nuestro Soberano y del supremo Consejo, que conocieron la mano, y vieron que mi padre era un santo varon, hubiera ido á ver los birretes colorados. ¡Y dale todavia que los labradores han de ser unos quadrúpedos!

D. Jud. De modo que los pintan á Vms. de una manera...

El padre de Franc. No hay manera de pintar que valga: aqui se dice la verdad pura, y nada mas.

D. Jud. Pero por lo que respecta á la doctrina cristiana, los Curas la explican en la Iglesia, y esto basta para que la aprendan los feligreses.

D. Ben. No sé yo si basta eso, Sr. D. Judas. Los Párrocos enseñan y explican la doctrina, es verdad; pero no todos los fieles pueden asistir á oirlos; y aun quando lo hagan, en el tiempo que media entre las tales explicaciones olvidan mucho de lo que aprendiéron; y en esta alternativa de aprender y olvidar, suele sorprehender á muchos la muerte, y sacarlos de este mundo sin saber la mas sagrada é inexcusable de sus obligaciones.

Ademas, no todos saben acomodar sus discursos al lenguage defectuoso é incompleto, y á la falta de ideas de sus oyentes. Puedo yo muy bien estar hablando una hora en buen castellano con los castellanos mismos, y acabar mi oracion sin que la hayan entendido. Las gentes rústicas ignoran la significacion de muchas voces de nuestra lengua: acomulémos pues en nuestras explicaciones estas palabras, y nos entenderán tanto como si hablásemos en chino.

Si los sabios aconsejan á los maestros *que desciendan á ser balbucientes con*

los niños, esto es, que les hablen en aquel dialecto torpe y escaso con que ellos explican, para que puedan entender sus lecciones; yo diria tambien, aunque no soy sabio, que debe observarse respectivamente la misma regla con los adultos, quando se conoce que su caudal de voces es poco mayor que el de los niños; y en este caso tiene Vm. á muchas gentes campesinas.

Añada Vm. á esto, que muchos discursos ó explicaciones son infructuosas, porque se hacen sobre falsos supuestos. Cree un orador que su auditorio está instruido en tales y tales principios, porque son muy comunes, y porque no deben ignorarse, y en este concepto forma y dice su oracion. ¿Y qué logrará si sus oyentes no saben palabra de lo que él supuso que debian saber para que pudieran entender su doctrina? ¡Ay amigo! Es mas dificil de lo que Vm. piensa la ciencia de la enseñanza.

D. Jud. ¡Pero tanta enseñanza para los labradores!...

D. Ben. Y ¿á qué llama Vm. tanta

enseñanza? ¿Es inútil la que se les da en órden á la religion, y á las buenas costumbres? ¿Lo es la que les proporciona el consuelo, y el bien de instruirse por sí mismos en los fundamentos, en los progresos, y en la importancia de su apreciable exercicio? ¿Es malo que sean corteses y bien hablados, y que sepan hacer las cuentas, los cálculos y las combinaciones necesarias y conducentes á su bien y á su prosperidad? ¡O será mejor que se entreguen á un maligno que los estáfe y aniquile! Ademas, los labradores, estos hombres utilísimos, á cuyo apreciable sudor deben el sustento sus semejantes, esta clase honrada, que da ademas dignos defensores á la Patria, y que se sacrifica gustosa de mil modos por la gloria de sus Soberanos, y de su Nacion, ¿ha de ser abandonada á la ignorancia mas obscura y lamentable? No señor: el Rey y nuestro sabio Gobierno piensan de un modo muy diferente que Vm. Sí, amigos, vosotros mereceis su proteccion y su amor. Seréis bien educados;

pero vuestra enseñanza no será de aquellas que os hagan altaneros, superficiales y relaxados: al contrario, recibiréis una doctrina que os enseñe á ser religiosos, obedientes, pacíficos, felices y útiles á la sociedad.

Todos. ¡Viva el Sr. D. Benigno! Dios nos lo conserve por muchos años, y le premie el bien que nos hace.

Al eco de esta salva se levántaron todos. El padrino hizo como que aplaudia á D. Benigno; peró sus expresiones no pasáron de *ya... sí... sin embargo.... no hay duda.... et etc.* Llegáron juntos al lugar, y cada uno se fue á su casa, menos el tal D. Judas, que se dirigió á la de su ahijado acompañando á su familia, y empeñado aún en hacer la infelicidad de aquella casa, arrancando de ella al infeliz Tomas.

Llegó á la suya la familia de Francisco, y se puso á merendar frutas de su huerto. Francisco pidió licencia á sus padres para regalar á D. Benigno alguna de la mas bella y sazonada, y se lè concedió este gusto con la mejor voluntad. Es muy justo (dixo

el padre) que estimes á aquel bellísimo hombre, y que se lo manifiestes con unas expresiones tan inocentes como esta, ya que su merced no recibe otras mas costosas. A fe que merecia una Canongía á lo menos; y si estuviera en mi mano... ¡Oxalá! (dixo Francisco.) Pero padre mio, me parece que el padrino de Tomasito no le daria siquiera un Curato. ¿No vé Vm. que hombre? Si fueran todos como él, ¡pobrecitos de nosotros! ¿Quiere Vm. que vaya á llevar la fruta á mi señor maestro? Sí, hijo mio, (respondió la madre) y dale nuestras memorias, y dile que lo querémos mucho, y que mañana, si Dios quiere, irémos todos á oir su sermon. ¡Qué bellámente predica! Todo, todito lo entiendo yo, porque habla como nosotros, y no echa latinajos.

El padrino de Tomas logró aquella misma noche que los padres de su ahijado se resolviesen á enviarlo á Madrid: mucho trabajó para conseguirlo; porque aquella familia estaba convencida de que no podia convenirle

esta separacion, y otro tanto sucedia á Tomasito. Eran muy poderosas las razones de D. Benigno, y muy alto el concepto que habian formado de él aquellos labradores; pero como el Sr. padrino decia que el amigo á cuya casa debia ir Tomas era el hombre de la corte, que trataba á los Consejeros, á los Ministros y á los Grandes con la mayor confianza, que era muy rico, que habia colocado en altos empleos á muchas personas de todas clases, con otras mil cosas á este tenor; todos cayéron en la tentacion, y de allí á pocos dias fue conducido Tomas á la corte por su mismo padrino, y entregado á su amigazo con la mayor recomendacion.

Tomas tenia cerca de doce años quando fue á Madrid: hasta los catorce fue bueno, y á los quince empezó á corromperse, y á los diez y seis ya era un jóven muy vicioso y desenfrenado: por consecuencia, sus padres, que nada ignoraban en órden á su conducta, tuviéron dos años de gusto y de buenas esperanzas, uno de zozo-

bras, y el tiempo restante de contínuas pesadumbres y remordimientos.

El padrino murió á los tres años de estar Tomas en Madrid, y el amo andaba (como suele decirse) á sombra de tejado, porque la Justicia, informada de su relaxada conducta, y de las malas artes de que se valia para mantenerse con obstentacion y continuar en sus vicios, empezó á observar sus pasos con ánimo de prenderle en quanto cometiese el menor desliz. Con este motivo su casa estaba abandonada, su familia vivia en el mayor desórden, y el desgraciado Tomas se iba precipitando de vicio en vicio.

Sus padres le escribian á menudo por el correo, y con algunos paisanos suyos que iban á Madrid, encargándole que se volviera con ellos á su casa; pero Tomas, bien hallado con sus vicios y holgazaneria, burlaba los deseos de sus padres, y con excusas y ficciones conseguia el gusto depravado de continuar en su vida libre é irreligiosa.

Uno de sus amigazos, libertino de

profesion y vicioso de costumbre, le conduxo á una casa donde se jugaba á la banca: Tomas apuntaba como uno de tantos: pero no era fullero como otros de los que allí concurrian. Una noche le ganáron todo el dinero (que no era mucho) y hasta la ropa que llevaba; y habiendo conocido que esto se hizo á fuerza de trampas, se manifestó sentido de ello. Uno de los concurrentes, (acaso el mas culpado) le insultó de manera que le puso en el caso de herirle gravemente: gritáron todos, acudió una ronda, y llevó á Tomas á un calabozo.

El amo no estaba en disposicion de defenderle, y no hacia poco en librar su persona de igual suerte. Lo que hizo fue escribir al padre de Tomas dándole parte del estado en que se hallaba su hijo. Este infeliz labrador tuvo que marchar á Madrid inmediatamente, dexando á su familia tan afligida como puede comprehenderse, y su labor abandonada á un criado. El Cura del lugar le dió algunas cartas de recomendacion, y otro tanto hizo D.

Benigno, á quien condolia mucho la desgracia de su discípulo y la afliccion de su familia; mas á pesar de que los sugetos á quienes se dirigian ayudáron y protegiéron al padre con el mayor empeño, se pasó medio año antes de que se consiguiese poner á Tomas en libertad; porque hasta entónces no se verificó la entera curacion del herido. El padre gastó mucho mas de lo que podia con este motivo, y en pagar algunas trampas de su hijo, á quien halló casi desnudo, lleno de inmundicia y bastante quebrantado de salud: de suerte, que ya por los gastos que hizo en la corte, y ya por el atraso que padeció su labor durante su ausencia, llegó á verse muy ahogado, y casi sin recursos para desempeñarse.

Pasémos en silencio quanto ocurrió en el momento de verse el labrador y su hijo, y basta decir que éste no se cansaba de repetir el dulce nombre de *padre:* que apenas se enxugáron sus ojos miéntras estuvo en Madrid: que no osaba levantarlos de rubor: que suspiraba angustiado: que nombraba en-

tre sollozos á su *triste madre*, á sus *pobres hermanas*, y á su *respetable maestro*: que se llamaba ingrato, inicuo, mal hijo, etc.; y que al fin el amor paternal hizo su efecto, y tambien lloró, suspiró, y abrazó á su hijo el viejo honrado.

En los seis años que Tomas estuvo en Madrid, hizo Francisco tales progresos en su labranza, que llegó á ser el modelo y la admiracion de todos sus paisanos, y el consuelo y descanso de sus padres. Siempre aplicado y activo, y siempre dócil á los consejos é instruccion que le continuó D. Benigno, á quien siempre estuvo subordinado, rectificó las ideas que sacó de la escuela, les dió mayor extension, y adquirió otras muy ventajosas, mediante su contínua observacion y lectura.

Compró y construyó máquinas sencillas, que le ahorraban mucho trabajo y producian efectos muy ventajosos: introduxo la siembra de algunas semillas, de que no se hacia caso en su pueblo, y cuya cosecha suplió con ventajas la escasez de otras: puso

vides y olivos en un gran pedazo de terreno á propósito para la cria y fructificacion de estas plantas, y que daba malísimas cosechas de trigo y de cebada: descubrió é hizo útil para el riego un manantial bastante copioso: formó un prado artificial, con cuya yerba se mantenian sus bueyes, y aun se utilizaba del producto de los pastos sobrantes. Las siembras, las labores y los abonos de las tierras, la calidad de las semillas que debia sembrar, la humedad y limpieza que habian de recibir para este efecto, los riegos, las podas, los plantíos, los inxertos, los cortes de madera et cet., et cet. todo lo hacia á los tiempos oportunos, y todo con respecto á las diversas clases de terreno, al clima, y á las diversas estaciones: de modo, que aunque los jóvenes del pueblo se esmeraban á porfia en la labranza, y tomó ésta en el lugar un incremento prodigioso, mediante la enseñanza y el buen zelo de D. Benigno: con todo, las heredades de Francisco se distinguian entre las demas por su bello órden, por la diversidad de sus

producciones y por la frondosidad de los árboles que plantó en las cercas, y en otros lugares donde eran útiles y no perjudicaban.

Llegaron al lugar Tomas y su padre; y no tuvo éste poco que sentir al observar la pesadumbre en que yacia su familia, al contemplar que la aumentó en cierto modo la presencia del macilento y andrajoso Tomas, y al notar los atrasos que habia padecido su labor miéntras estuvo ausente. Omitamos las tristes escenas que hubo entre esta familia infeliz, con motivo de la llegada de Tomas, porque es fácil de conocer quan dolorosas serian.

El compasivo D. Benigno presenció alguna de ellas; y con el objeto de aliviar en quanto fuese posible los males de aquellos pobres, mediante la correccion de Tomas, pidió á dicho jóven, á su padre y á Francisco (que se hallaba en casa de éstos á dar la bienvenida á su condiscípulo) que se le presentasen al dia inmediato, que era Domingo, y lo hicieron á la hora que les fue señalada.

Fuéron recibidos de nuestro amable Sacerdote con el mayor agrado; les mandó sentar junto á sí, y se hablároron de esta manera:

D. Ben. Vamos, Sr. N. ¿qué tal se ha pasado la noche? ¿Se va mitigando la pesadumbre? ¿Cómo está la familia?

El padre. Señor, apenas hemos dormido pensando en nuestra desgracia: fuimos muy imprudentes, lo conozco: aquel D. Judas...

D. Ben. Aquel D. Judas murió ya: no hablémos de él. Es inútil, y aun perjudicial al sosiego de Vms. el hacer recuerdos vanos y tristes: lo que necesítamos es remediar el mal, y precaver otros nuevos.

El padre. Pero esto raya en lo imposible, Sr. D. Benigno. ¿Cómo quiere su merced que este muchacho haga bondad? Acostumbrado al ócio, y lleno de vicios...

D. Ben. Con todo, yo confio en que se corregirá, y en que sus esfuerzos y aplicacion le pondrán en estado de restablecer su casa. ¿Es verdad esto Tomas?

Tomas. Sr. D. Benigno, será lo que Vm. guste; pero confieso que me considero incapaz de hacer cosa buena. Soy tan vicioso... tan frágil... me dominan de tal modo las pasiones... ¡Con qué violencia obran en mí! ¡Infeliz!...

D. Ben. Con que te dominan las pasiones, y eres vicioso, infeliz y débil.

Tomas. Si señor, lo soy: estoy avergonzado delante de Vms.: yo no merezco el lado de mi padre, de mi maestro, y de un condiscípulo tan virtuoso.

Francisco. ¡Qué dices, Tomas! ¿Estás en tu juicio? ¿Por qué no mereces el lado de tu amigo Francisco y sus brazos? Ven, estréchate á mí. Fuiste malo: y acaso ¿soy yo algun Angel?

D. Ben. Déxalo, Frazquito. Vamos, Tomas, desahógate, dí quanto quieras.

Tomas. Pues digo, que me detesten Vms., que me abominen, que m[illegible] sepulten donde nadie me vea: no [illegible] do sufrir los remordimientos [illegible] amarguras que devoran mi e[illegible] ¡Qué dirá de mí un padre h[illegible] un maestro celoso de mi bien,

discípulo que es la delicia de su familia! ¡Qué dirán todos los que vean perdída en mí la buena educacion, los consejos, el amor...

D. Ben. Pero dime, hombre, ¿crees que efectivamente han sido infructuosos mis documentos, que no hay remedio para tí, y que debes ser necesariamente malo? ¿Conoces tú la fuerza que conservan las primeras ideas? ¿Las has olvidado por ventura? Y sobre todo, ¿has dexado de ser católico? Los libertinos corruptores, que infestan á los incautos con el aliento pestilente de sus máximas abominables ¿han podido desarraigar de tí las semillas santas del Evangelio? ¿Desconfias, hijo mio, de los auxilios y de las misericordias de Dios? ¿De un Dios clemente, de un padre piadoso, que no quiere la perdicion de sus hijos? ¿Le has pedido por ventura que te favorezca, que te perdone? O te ...egas despechado á tu propia fra... y miseria. ¿Por qué descon... ...or qué desesperas? ¿Por qué no ... tus clamores á aquel mar de

piedad, que sufrió por tu salud tantas angustias, y la muerte mas afrentosa y cruel; á aquel Pastor, cuyos dulces silbos te llaman amorosamente...

Tomas. No mas, no mas, Sr. D. Benigno, que se me rompe el corazon. Ya vuelve la luz á mi alma: ya me siento con fuerzas para emprender mi reforma. Dios mio, vos sois el autor de esta mudanza. Si Vm. amado maestro mio, no se horroriza de mi estado miserable, si aun se esfuerza en mi socorro, ¿cómo podré ser tan impío que dude un momento de la infinita misericordia de mi Dios, de la eficacia de sus auxîlios?.. ¡Ah! tambien es esta duda uno de los funestos efectos de mi vida relaxada. ¡Desgraciado de mí!

D. Ben. No lo serás querido mio, si tu arrepentimiento es sincéro. Arduo es á la verdad levantarse del abismo del vicio á la altura de la virtud; pero la gracia de Dios no hay dificultad que no allane. El caer es de hombres, el obstinarse en el vicio, el desesperar de la misericordia de Dios,

es de espíritus infernales. Espero, hijo mio, que tus pasados tropiezos te harán andar mas cauto; y como tienes que resarcir con buenos exemplos y acciones virtuosas los escándalos que has causado con tus extravios; esto mismo te servirá de estímulo para caminar con mas fervor por la senda de la virtud.

Tomas. ¡Qué bálsamo derraman esas palabras en mi corazon llagado! ¡Qué placer, qué consuelo siento en mi interior! Permítame Vm. besarle humildemente los pies, estimado maestro mio. Francisco, querido amigo, tú que no has experimentado la horrible amargura que dexa el vicio en un corazon educado para la virtud, ayúdame á dar gracias á nuestro buen maestro. Abrázame. ¡Qué feliz eres!

Francisco. Y tú tambien, estimado Tomas. ¡Ah! ¡Cómo ha sabido este varon santo hacer que vuelva á arder en tu corazon la divina llama de la religion y de la virtud!

D. Ben. Con que en efecto, la semilla de la buena educacion vuelve

á fructificar en tí, y no se perdió como creias. ¿Ves como Dios acude á la mayor necesidad? ¿Cómo te sientes? ¿Te has tranquilizado? ¿Te hallas con fuerzas y con espíritu para ayudar á tu buen padre...

Tomas. ¡Ay Señor! Si su alivio, si su sustento consiste en mi sudor, en mi propia sangre, derramaré gustoso hasta la última gota para conseguirlo. Harto le he ofendido y apesadumbrado. Perdónenme Vms,, y rueguen á mi madre, á mis hermanas, y á todo el pueblo que lo hagan. ¡Qué mal exemplo he dado á estas gentes sencillas! Estoy pronto á confesar públicamente...

D. Ben. No, hijo mio, conmigo te confesarás: disponte bien y no lo retardes. En confianza, ¿quántas veces lo has hecho en la corte?

Tomas. ¡Ah!

D. Ben. No, no lo digas, y disimula mi curiosidad, que es impertinente. Mira, yo te daré libros, aprovéchate de su doctrina, aprende á ser labrador, acompáñate con Frazquito,

é imítale, que ya va sabiendo el oficio. Ven á verme siempre que gustes y no te distraigas.

¿Sabes que Facundo, aquel muchacho desaplicado, cuyo padre decia que los labradores no necesitan saber leer, es un contrabandista, y algo mas?

Tomas. Si Señor. ¡Qué lástima de muchacho! Ya se ve, andaba en la cartilla quando salió de la escuela, y no sabia una palabra de doctrina cristiana.

Francisco. ¡Si vieras como se burlaba (y tambien su padre) de lo que nos enseñaba el Sr. D. Benigno! Yo procuré traerle á la razon muchas veces, pero nunca lo conseguí. En fin, entre él y su padre dieron al traste con lo poco que tenian: el padre murió muy pobre, y él tomó el peligroso rumbo que te ha dicho el Sr. D. Benigno.

D. Ben. Pero tú no lo tomarás, ni otro que se le parezca. ¿Es verdad, Tomasito?

Tomas. Yo no haré sino lo que Vm. me mande y lo que mis padres gus-

ten. Dios le pague á Vm. tanto bien como nos hace.

El padre. Amen.

D. Ben. Pues amigos, vayan Vms. con Dios, y cuenten conmigo en quanto les ocurra.

Los dos jóvenes. Dénos Vm. á besar la mano.

D. Ben. Tomadla, hijos mios, y el Señor os haga unos santos.

El padre. Yo quiero besársela á su merced, que tambien es mi maestro.

D. Ben. Muy bien, señor N. Ea, á consolar á la esposa y á las hijitas.

Mucho consuelo recibió la familia de Tomas quando supo lo ocurrido en casa de D. Benigno, y lo mismo sucedió á la de Francisco quando éste refirió el éxîto de aquella visita.

Tomas se corrigió enteramente: su extraordinaria aplicacion y actividad, su obediencia y amor á sus padres y á D. Benigno, su conducta honrada, el lado del amable Francisco, y los auxîlios que éste le subministró generosamente con la anuencia de sus padres, todo contribuyó á que la casa

de Tomas se restableciese, á que sus padres lo amasen mucho, á que D. Benigno viese cumplidos sus deseos loables, y últimamente á que mis dos jóvenes fuesen la honra de su pueblo, el amparo de los necesitados, el exemplo de sus compañeros, y los principales establecedores de un método ordenado y ventajoso en la agricultura.

El contrabandista Facundo, destituido de todas las ideas y conocimientos que constituyen una educacion cristiana y civil, por el indiscreto modo de pensar de su padre y por su desaplicacion, continuó en su mala vida á pesar de los consejos y de las cartas edificantes de D. Benigno, hasta que sus excesos le conduxéron á un presidio perpétuo.

Resulta pues: que Francisco fue siempre bueno, porque observó en todo los preceptos de su maestro, y que Tomas fue infeliz miéntras estuvo fuera de la clase en que le puso la Providencia, y que le hizo amable su director: pero que se corrigió y prosperó en ella, porque los jóvenes bien

educados vuelven sobre sí, y son dóciles á la razon, aun en medio de sus descarrios: de modo, que la luz de la verdad puede amortiguarse en ellos, pero no se apaga. Resulta tambien que el niño mal criado, (ô por mejor decir) que un niño sin educacion se abandona fácilmente á los delitos mas atroces, y que es casi imposible corregirle, como sucedió con Facundo; y vemos en fin, que una persona virtuosa, sábia y política como D. Benigno, si se encarga gustosa de la primera enseñanza de los niños, puede hacerlos felices en honor y beneficio de sus familias, de la Religion y del Estado.

+++++++++++++++++++++++++++++++++

LOS SOLDADOS.

Al principio de la guerra de sucesion sentáron plaza de soldados en un mismo Regimiento, y con el beneplácito de sus padres, dos mozos de un pueblo de Castilla; ambos eran labradores, segundos de sus casas, y tenian los dos muy buena talla y fisonomía. Llamábase el uno Antonio, y el otro Juan: Antonio era un jóven tranquilo, muy honrado y virtuoso, escribia y contaba bien, era atento y bien hablado, y observaba en fin una conducta correspondiente á la buena educacion que le diéron sus padres, y en especial un tio suyo, que fue muchos años Párroco de aquel pueblo. Juan, al contrario, era un rondador, insultante, pendenciero y licencioso; bebia con exceso; ignoraba hasta el nombre de las letras, y apenas tenia idea de sus mas indispensables obligaciones.

Aunque en el lugar eran bien notorias las diversas circunstancias de estos dos mozos, creian muchos que Juan seria un gran soldado, y que Antonio no era á propósito para la milicia. Un error harto comun les hacia formar esta congetura disparatada. Confúndense comunmente la temeridad y la insolencia con el espíritu y el valor, y gradúanse de timidez y cobardia la tranquilidad y la prudencia. Lo cierto es, que el pronóstico de aquellos paisanos salió fallido.

Llegó el caso de que marchasen los dos jóvenes á su Regimiento: equipáronse muy bien de ropa blanca, recogiéron algunos pesos de sus padres y parientes, y las expresiones que les hiciéron sus amigos y apasionados, y recibiéron por ultimo la bendicion de sus padres y sus consejos, mas ó menos sanos y juiciosos, segun eran los principios y el talento de los que los diéron. Digámos algo en órden á los tales consejos.

La noche precedente al dia en que debian ausentarse los dos nuevos sol-

dados, tomó de la mano á Antonio su buen padre, y conduciéndole á una pieza donde se hallaban á prevencion su madre, su hermano mayor y dos hermanitas jóvenes, le hizo sentar junto á sí, y sin soltarle la mano, antes bien acercándola á su pecho, y estrechándola á él muchas veces, le habló de este modo.

„Hijo querido, el amor que profe„so á mi legítimo Soberano y á la feli„cidad de la Nacion me obliga á hacer „gustoso el sacrificio de ofrecerte á „los peligros y trabajos de la guerra; „y veo con gusto que vas á entregar„te á ellos penetrado de los mismos „sentimientos que me asisten, y que „he logrado inspirarte á poca costa. „Vas á campaña, hijo mio, y vas á ser „compañero de los soldados; trátalos „con amor y decoro; mas si algunos „intentan corromperte, si procuran ha„certe abrazar la vida licenciosa y des„arreglada, huye de ellos como de unos „monstruos venenosos y sangrientos; „pero no los insultes ni persigas: pro„cura traerlos á la razon, hacerles

„conocer sus faltas y abandonar sus des-„carrios: oigan siempre en tí el len-„guage de la verdad y de la virtud. „Huye de la deshonestidad, del juego, „de las altercaciones y del vino, y evi-„tarás los lances funestos á que se ex-„ponen los rufianes, los tahures, los „porfiados y los bebedores. Elige en „fin por amigos á los hombres de bien „y de reputacion, y no los abandones „miéntras conserven sus buenas qua-„lidades.

„Respeta, ama y obedece á tus su-„periores, y no indagues las causas en „que fundan sus preceptos: sacrifica „tu razon; y si alguna vez te consi-„deras agraviado hasta tal punto que „no puedas sufrirlo, recurre á quien „pueda satisfacerte; pero hazlo con to-„da veneracion, y disculpando, si es „posible, á la persona que te haya tra-„tado con injusticia: procura en estos „casos dexar tu opinion bien puesta: „mas no exîjas el castigo ni el sonro-„jo de tu ofensor. En una palabra, el „hombre de bien ha de ser pundo-„noroso, pero no vengativo.

„Voy á prevenirte contra la cavilo-
„sidad, enemiga perpétua de la subor-
„dinacion. ¿A quién te parece, hijo
„mio, que obedecemos en nuestros su-
„periores? Pues sábete que al mismo
„Dios. Sí, Dios comúnica el poder á
„los Soberanos para que nos gobiernen:
„éstos autorizan á los gefes para que
„les ayuden á mantener el buen ór-
„den, la equidad y la justicia; y vê
„aqui como refluye en ellos el poder
„y la voluntad del Todopoderoso. Asi
„pues, jamas exâmines el mérito, la cu-
„na, la instruccion, ó qualquiera otra
„circunstancia mala ó buena de los que
te mandan: piensa siempre en que tie-
nen facultad para ello, y piensa en
el orígen de donde dimanan.

„Te he dicho como debes conducir-
„te con tus iguales y con tus superio-
„res, y paso á prevenirte quales son las
„calidades principales de un buen sol-
„dado en campaña.

„El soldado ha de ser religioso, obe-
„diente, fiel, esforzado, y debe saber
„y cumplir exâctamente las obligacio-
„nes de su instituto.

„Será religioso el que guarde los „santos mandamientos, el que obedez„ca los preceptos y los consejos evan„gélicos, y el que frecuente los sacra„mentos, y los reciba con una con„ciencia pura.

„Será obediente en funcion de guer„ra el que observe con puntualidad las „órdenes del que manda en el ataque „y en la retirada, y el que defienda á „toda costa el puesto que se le confie.

„Será fiel el que no cometa los feos „delitos de desercion y cobardia, y el „que no proporcione al enemigo la me„nor ventaja, ni el medio de ofender „ó hacer extorsiones en la Patria.

„Será esforzado el que á la voz de „su gefe acometa al enemigo, ó lo per„siga con valor, superando los obstá„culos que se le presenten con espíritu „y bizarria. Mas, hijo mio, el valor „no es la crueldad con el rendido ó in„defenso: generalmente hablando, to„do cruel es cobarde: no te ensangrien„tes, pues, con el vencido que se en„trega á la generosidad del vencedor. „La religion, la humanidad y el dere-

„cho mútuo de las naciones prohiben „el encarnizamiento y las injurias en „tales casos: ademas de que una con„ducta bárbara en ellos, suele ser cas„tigada con otra igual, quando los su„cesos se presentan de un modo inverso.

„Ultimamente, el soldado debe es„merarse en saber manejar sus armas, „teniéndolas siempre bien acondicio„nadas; debe aprender las evoluciones „y las ordenanzas militares.

„Basta, hijo mio, de documentos „acerca de la milicia: si viviera tu tio „el Capitan, de quien yo aprendí lo po„co que te he explicado, pudiera haber desempeñado mejor esta materia.

„Vuelve ahora la vista á tu madre „amada: mira un hermano, á cuyo apre„ciable sudor, á cuya honradez y amor „á la agricultura debemos nuestra sub„sistencia: mira á tus queridas hermani„tas, cuyas manos nos proveen de ves„tidos, y contribuyen á nuestro aseo „y descanso, y cuya gracia y hones„tidad son todas nuestras delicias; y en „fin, mira á tu padre, á un padre „honrado, que te ama tiernamente, y

„que te confia su honor y sus espe-
„ranzas. Míranos, digo, y tennos pre-
„sentes en todas las acciones y acon-
„tecimientos de tu vida. ¿Podrás aca-
„so dexar de amarnos? ¿Serás capaz
„de hacernos infelices, causando nues-
„tra deshonra y la tuya? Mas no: mi
„estimado Antonio será un buen sol-
„dado, asi como ha sabido ser un buen
„vasallo, un buen hijo, y un ciuda-
„dano pacífico y virtuoso. Mientras
„su hermano Jacinto (asi se llamaba
„el mayor) se distingue entre los hom-
„bres producentes, mi Antonio será
„en clase de los defensores un mozo
„útil y bizarro. Concedédmelo asi,
„Dios mio, y asistidle por vuestra in-
„finita misericordia."

Estas últimas palabras fueron acom-
pañadas de un estrecho abrazo, é in-
terrumpidas por un torrente de lágri-
mas que la ternura y el amor hicié-
ron correr por las mexillas de los pa-
dres y de los hermanos de Antonio,
y por las de este jóven afortunado; el
qual ofreció á todos con las mayores
veras, y entre las demostraciones mas

sincéras y afectuosas, portarse del modo que supo executarlo, como verémos despues.

En la misma noche hizo Juan su general despedida: dió una abundante cena á sus amigazos, y recibió de ellos las siguientes lecciones y otras semejantes.

„Conque mañana es la marcha: vaya, buen viage y divertirse. La vida „del soldado es ancha y alegre: comer bien y echar buenos tragos, triunfar y gastar, y muérase la muerte: „en acabándose los cuartos, avisar, „que no faltará quien los envie. Oye, „acompáñate siempre con los mas xaques, y el que te la haga, que te „la pague. Por lo demas, apretar el „puño, matar, cortar y rajar, porque „tú solo puedes con ciento y la madre, et cet. et cet.„

Los padres le encargáron el santo temor de Dios, y que mirase hijo de quien era; pero como Juan ignoraba en que consiste este *temor santo*, y no sabia que significaba aquello de *hijo de quien era*, ni se lo explicáron, que-

dó el mozo tan convencido como si no se le hubiese hablado palabra.

Marcháron en fin los dos voluntarios á una de nuestras plazas fronterizas, en la qual debian con otros reclutas instruirse en los manejos del arma y en los demas rudimentos militares, precisos para poder ser útiles en el servicio de campaña. Juan hubo de sufrir muchos malos ratos en este noviciado de la guerra. Su genio duro, su aborrecimiento al órden y á una disciplina rígida le pusiéron mas de una vez á las puertas de un precipicio: desazonó enteramente á los Oficiales y Sargentos encargados de su enseñanza, y á todos sus gefes en general, ya por su rudeza suma, ya porque empleaba escandalosamente las horas de libertad, y por su falta de puntualidad en asistir á las de trabajo y recogimiento. Pero Antonio se concilió todo el agrado de sus superiores y el amor de sus compañeros. Aprendia perfectamente quanto le enseñaban, ensayaba él mismo las lecciones que recibia, y preguntaba con candor lo que

debia hacer para aprovechar y tener gratos á sus gefes. Tenia tambien sus ratos de recreo y desahogo; pero los empleaba con juicio. Uno de los Sargentos que cuidaba de su enseñanza (mozo de razon y de bellos principios) se hizo amigo suyo, y le acompañaba muchas veces en paseo: la conversacion de estos dos jóvenes versaba comunmente sobre las obligaciones y prendas de un buen soldado: de suerte que Antonio llegó á saber en pocos meses tanto como el Sargento que le instruia.

Ambos aconsejaban y reconvenian á Juan sobre su desaplicacion y mala conducta; pero sus esfuerzos fuéron en vano: era Juan demasiado rústico y feroz: solo el castigo podia contener sus desórdenes, y aun no alcanzaba muchas veces.

Llegó el caso de que marchásen nuestros soldados á campaña, y lo hiciéron llevando cada uno la recomendacion que merecia. Juan, en medio de su farfantoneria, se asustaba de oir disparar un cañon: Antonio obser-

vaba el fuego de las baterias con la serenidad que inspira el verdadero valor y una buena conciencia: Juan se hacia el enfermo quando le tocaba ir á una abanzada, y Antonio fue á algunas hallándose bastante indispuesto: el primero hacia el guapo en las cantinas con los endebles y desarmados, y el segundo supo mantener su reputacion con los mas alentados, y poner freno á sus insultos con firmeza y decoro. Finalmente, Juan apenas salia del calabozo ó de las tabernas, y Antonio jamas entró en ellas, ni sufrió una hora de arresto.

En una de las acciones mas gloriosas que tuviéron nuestras armas en aquella época se halláron nuestros dos jóvenes: dirémos como se portáron en esta funcion. B

El enemigo empezó el ataque con tanto esfuerzo y energia, que logró desordenar las primeras filas de nuestra vanguardia, en las quales iban nuestros mozos. Juan gritaba como un furioso, y vomitaba todo género de insultos y amenazas; pero huia despa-

vorido: nada bastó á hacerle callar y menos á conseguir que volviese á sus banderas. Fue un milagro que no sufriese la muerte inmediata que impone la ordenanza á los cobardes fugitivos. Antonio jamas desamparó su puesto, nunca retrocedió sin la órden de su Comandante; observó profundo silencio, y no se le notó que mudase de color.

Una columna nuestra atacó por el flanco al enemigo; y la defensa que éste debió hacer para reparar aquel golpe imprevisto disminuyó la fuerza de su vanguardia: se rehizo la nuestra, y le cargó con tanto denuedo, que le obligó á retirarse precipitadamente. Entonces se apareció el feroz Juan, y entonces intentó consumar su deshonra é ignominia. Corria furioso á los prisioneros que se iban haciendo, los heria, los insultaba, y aun hubiera muerto á algunos á sangre fria, si no se le hubiera preso inmediatamente: tal era el valenton, el insolente Juan. El honrado y valeroso Antonio se portó como un héroe, y se cubrió de glo-

ria acarreando una bandera de las manos de un Alférez contrario, y sacando á su Coronel de entre las de dos soldados que le llevaban prisionero.

Concluyóse la accion, y se cantó la victoria en nuestro Exército. Juan fue á un calabozo, y Antonio de allí á pocas horas fue presentado al General por su agradecido Coronel, quien informó á dicho gefe de las apreciables circunstancias de Antonio, y principalmente de su valor y generosidad, poco comunes. El General recibió de la mano de nuestro jóven la bandera enemiga, y le dixo: ,,Señor granadero, yo doy á Vm. gracias por mi ,,parte, y en nombre del Rey por sus ,,servicios distinguidos y por su conducta exemplar. Informaré á S. M. ,,del mérito que Vm. acaba de contraer, y no dudo de su justificacion ,,y de su amor á los buenos soldados, ,,que se dignará conferir á Vm. la primera Subtenencia que vaque. Yo daré ,,órden de que se le reconozca á Vm., ,,Sr. D. Antonio, por Abanderado de ,,su Regimiento, y la de que se le

„trate con la consideracion y respeto „correspondiente á un oficial digno de „serlo, y que ha sabido grangearse es„te honor por su valor y sus virtudes.

„Mas parece que está Vm. triste: „noto en Vm. cierto sobresalto, cierta „agitacion, que no ha cedido al pla„cer que debia causarle el premio y „las distinciones que acaba de recibir."

„¡Ah, Señor! *(exclamó D. Antonio)*; „estoy creyendo que estas honras tan „apreciadas de mí, son á costa de la „vida del jóven mas gallardo y brio„so del Exército enemigo. Quisiera „saber, Sr. Excelentísimo, si vive el „Alférez á quien arrebaté la bandera „que acabo de poner en manos de V. E. „y á quien hube de herir cruelmente „para que me la cediera. ¡Qué esfor„zado era, y qué galan! Ya herido, „me pedió por el Supremo Hacedor, „y por el amor de mis padres que no „acabára de quitarle la vida; cayó en „tierra desmayado, y no volví á ofen„derle. La suerte de este oficial me „tiene cuidadoso, lo confieso. ¿Me con„cederá V. E. permiso para visitar los

„hospitales de la Sangre, para infor-„marme... Sí, amigo mio, *(le contestó „el General)* tiene Vm. mi permiso pa-„ra hacerlo. A fe que es Vm. virtuoso „á prueba. ¡Oxalá hubiera en el Exér-„cito muchos que le imitasen! ¡Quán-„to ganaria nuestra disciplina, y á quán „alto punto seria ensalzado el nombre „de nuestras armas, si todos los sol-„dados fuesen tan valerosos, y al pro-„pio tiempo tan humanos y sensibles „como Vm!"

D. Antonio dió á su General en gefe las mas expresivas gracias por sus honras y favores: el Coronel lo hizo lo mismo, y ambos fuéron á buscar al Alférez Austriaco, á quien halláron muy pronto, y le acompañáron en el hospital, habiendo tenido el gusto de saber que no eran mortales sus heridas.

Abrazó D. Antonio al prisionero, le saludó afectuosamente, le ofreció su asistencia y facultades, y le declaró quien era. „Generoso soldado *(le dixo „el Aleman)* yo agradezco con todo mi „corazon el bien que me haceis, el „favor que me dispensais, y confieso

„que os debo la vida. Yo no debí qui- „tárosla despues de haberos rendido, „*(contestó D. Antonio.)* Ademas, el To- „dopoderoso y mis amados padres, á „quienes recurristeis para salvarla, me- „recen todo mi amor y reverencia. „¡Qué no haria yo por Dios y por „mis padres! ¿Y vos los teneis? Sí, ami- „go, *(dixo el Austriaco)* y á fe que es- „tará mi padre bien apesadumbrado, „porque sirve en el mismo Exército „que yo. ¡Infeliz padre! *(exclamó D. „Antonio.)* Pues á Dios: ya sé como os „llamais, y haré que hoy mismo tenga „el consuelo... Sí, quizá pasará algun „trompeta... A Dios, á Dios: yo os vi- „sitaré á menudo, y mi Coronel me „hará el favor... En quanto Vm. gus- „te le complacerá su Coronel" *(respondió éste.)*

Despidiéronse y marcháronse ambos dexando al herido enamorado de sus virtudes, y consiguiéron en efecto que el General Austriaco supiese del estado en que se hallaba para que lo noticiara á su padre. D. Antonio asistió á este Oficial durante su curacion y

convalencia, y experimentó su agradecimiento y el de sus gentes.

La prision de Juan tenia muy disgustado á D. Antonio; y aunque conocia quan justa era, con todo pidió á su Coronel que lo pusiera en libertad, ofreciéndole que él se encargaria gustoso de la correccion de aquel infeliz: el Coronel, empeñado de favorecer á su libertador, le concedió esta gracia, y le dió una esquela para el Oficial de la guardia que custodiaba los presos, en virtud de la qual salió Juan del calabozo.

D. Antonio, sin noticiarle su ascenso, le conduxo á su tienda, y en ella se habláron de este modo.

D. Antonio. Amigo Juan, los buenos soldados no han de ser viciosos, crueles ni cobardes. Tú sabes quanto te he dicho sobre esto, y yo he visto con dolor que de nada te han servido mis consejos amistosos.

Juan. ¡Hombre, hombre! ¿Quién diantres te ha metido á predicador? Yo pensaba que me traias á sacar la tripa de mal año, y salimos ahora con

que si los soldados han de ser capuchinos ó monjas legas. Pues bonito soy yo para aguantar bufonadas. Si juego, si bebo, si borrasqueo y si hago lo que me da la purísima gana, no es cuenta tuya; y asi no me marees los cascos, porque tengo malas pulgas.

D. Antonio. Bien está, hombre, desfógate, dí quanto quieras; pero es necesario que te corrijas, y sabe que estoy empeñado en que seas hombre de provocho.

Juan. Pues hijo mio, si el serlo consiste en ser un presumido, fastidioso como tú...

D. Antonio. No, Juan: consiste en no ser un bebedor inmoderado, un deshonesto escandaloso, un tahur, un provocativo, un cruel, y consiste en fin en servir bien á Dios y al Rey y en no matar á pesadumbres á los padres como tú lo haces.

Juan. Pues que se mueran: y mas le valia enviarme dinero, y no sermones.

D. Antonio. ¡Válgame Dios, hombre! ¿Aun no te basta el que te envian?

Juan. No, no me basta, y seré capaz...

D. Antonio. Ya sé de lo que fuiste capaz dias pasados, y tú no ignoras que acaso te liberté de unas baquetas dando á cierto cantinero lo que tomaste de su caxon para que callase. ¡Quánto mejor hubieras hecho en pedírmelo! Cuenta conmigo otra vez, y no te expongas ni prostituyas. Tu pobre familia...

Juan. Oyes, ¿te has empeñado en sofocarme? Pues voto á...

D. Antonio. Despacito, Sr. xaque, que no viene bien esa furia con la huida de esta mañana. Vm. modérese, y oiga.

Juan. ¡Cómo se entiende llamarme collon! Por vida de... Ahora lo verás, hipócrita, zalamero...

D. Antonio. Vive Dios, ingrato, atrevido, que si haces el menor movimiento... Cómo tienes valor... Qué ¿abusas de mí porque soy prudente?

Juan. Vamos, Antoñito, no te enfades. De manera es... Sí, tú puedes mas que yo, lo confieso. ¿No es verdad que

yo soy un botarate? Vaya, hombre perdóname: yo me enmendaré, lo verás.

D. Antonio. Pues si tú te enmiendas ¡ay amigo! ¡quánto gusto me darás en ello! Vamos, serénate, toma para refrescar; pero no te excedas ni te acompañes con malas cabezas. Veámonos á menudo: tú ignoras qual es mi empleo actualmente; mas no dexes de ser mi amigo quando lo sepas, asegurado de que yo lo seré tuyo, como seas un buen soldado y un buen hijo. A Dios.

Juan. A Dios, y gracias por el regalo.

D. Antonio fue á darlas á su Coronel por la libertad de Juan, y á informarle de los progresos que creyó haber hecho en órden á su correccion; pero Juan estuvo tan lejos de verificarla, que se dirigió á una taberna, y gastó en ella el socorro que le dió su generoso paisano, de quien habló vilmente á los viciosos que le ayudáron á disiparlo.

Aquella noche fue dado á reconocer D. Antonio por Abanderado, muy á gusto de quantos le conocian. No quiso retardar á sus padres y hermanos queridos la noticia de su fortuna,

y les escribió inmediatamente comunicándosela; pero la carta se extravió de tal suerte, que no supiéron de él en quince dias.

Una partida de soldados, mandada por un Oficial, salió del Exército al dia siguiente de haberse publicado el ascenso de nuestro jóven, é hizo tránsito en su pueblo. Los padres convidaron con su casa al Oficial, y éste admitió con gusto una oferta tan generosa. Despues que hubo colocado su equipage y tomado un ligero refresco, que le sirviéron las hermanas de D. Antonio, se suscitó entre todos la conversacion siguiente.

El padre. Señor Oficial ¿viene Vm. del Exército de Cataluña?

Oficial. Si señor, hoy hace quince dias que salí de él, y á fe que lo cuento por milagro: algunos no podrán decir otro tanto.

La madre. Pues qué, ¡ay Dios! ¿Ha habido alguna batalla?

Oficial. Si, señora patrona, y sangrienta, especialmente al principio.

Todos. ¡Ay mi querido Antonio!

Ofic. ¡Cómo! ¡Pues qué es esto!

El padre. ¡Ah! ¡Descuidarse mi hijo en escribirme! No, no era posible: su virtud... su amor filial... ¡Infeliz!

Ofic. Pero Sres., por Dios, díganme Vms. que les aflige. Por vida mia que la he hecho buena. ¡Quién diantres me mandaba hablar de la batalla ó de la droga! Vamos, serénense Vms.

El padre. Señor, tengo un hijo en el primer batallon del Regimiento N. ¿Entró en accion este cuerpo?

Ofic. Si señor, y á fe que se portó perfectamente.

El hermano. Pues si cumplió con su deber mi hermano, y murió con honor...

Ofic. ¿Mas no podrémos saber como se llama ese hermano?

El padre. Se llama Antonio de N., y es granadero.

Ofic. Conque aqui se trata del apreciable D. Antonio el Castellano.

La madre. Señor, mi Antonio no tiene Don. Es hijo de unos padres honrados, y desciende de unas familias muy limpias y religiosas; pero no

estan en la clase de los nobles.

Ofic. No importa todo eso un comino: su hijo de Vms. (si mal no me engaño) es tan noble como el mismísimo D. Pelayo, y tiene un Don como un templo.

El padre. Pero señor...

Ofic. Pero señor... Vaya prontito. ¿Qué señas tiene D. Antonio?

Las herman. Dale con D. Antonio. Parece que este señor tiene gana de fiesta, y estamos nosotras que nos pueden ahogar con un cabello.

Ofic. Vamos, compañeritas, no se me enojen Vms.

Las herm. Sí, sí, compañeritas...

Ofic. Compañeritas digo, y vengan pronto las señas de mi estimado compañerito. Sobre que apuesto... Sí, me lo da el corazon.

El padre. Vaya, que este buen caballero... Pero Dios mio, si vuestra piedad... si mis ruegos... si su virtud... Mas no: sobre que hace unos quince dias que tuve carta suya, y era un granadero tan mondo y lirondo como qualquier Pedro Fernandez. Con todo,

tome Vm. esa cópia de su filiacion, y veamos.

Lee el Oficial, y exclama:

¡Gracias á Dios! Me alegro. ¿No lo decia yo? Vengan acá media docena de abrazos por cabeza á la salud de mi compañero D. Antonio de N. Sí, es tan Oficial como yo, por vida del Rey mi amo.

Todos. Pero Sr. Oficial ¿cómo es esto?

Ofi. Voy á decirlo. ¿Pero quién llama?

A esta sazon entró un mozo con la carta atrasada de D. Antonio: el Oficial la leyó, é hizo despues el panegírico de su virtuoso compañero.

Fácil es conocer la sensacion agradable que haria la tal carta en aquella honrada familia, y fácil es inferir quan buena noche pasaria, quanto obsequiaria al Oficial, y que los soldados no lo pasarian mal con motivo de este feliz acontecimiento.

Partió al dia siguiente la mencionada tropa entre los aplausos de aquellos paisanos, que sabian ya los aumentos de D. Antonio. Solamente la desventurada familia de Juan (á quien

un soldado imprudente informó de su mala conducta) se hallaba inconsolable; y no dexáron de apesadumbrarse y confundirse tambien sus ignorantes amigazos y malos consejeros.

Los padres de D. Antonio no perdiéron tiempo en escribirle, felicitándole por su ascenso, ofreciéndole algun dinero para equiparse, y dándole lós consejos mas juiciosos. Recibió D. Antonio esta carta en un dia muy alegre para él, porque acababa de cobrar unos seis mil reales, valor de ciertas alhajas que le habian tocado en una rifa; y contestó á su padre en estos términos.

Padre y Sr. de toda mi veneracion y cariño: la apreciable carta de Vm. me consuela y edifica. Deseaba con ansia saber de la salud de mis amados padres y hermanos, y veo que Dios se la concede feliz: apetecia que Vm. me continuase sus consejos saludables, y tiene Vm. la bondad, padre mio, de no escasearme un bien que tanto aprecio, y por el qual repito á Vm. las mas humildes gracias.

Tambien se las doy á Vm. por el di-

nero que intenta remitirme; mas le ruego que lo emplee en fomentar á mis hermanos y en cuidarse mucho, porque Dios ha querido darme el que necesito por un medio fácil y honesto.

Ayer llegó confirmada por el Rey la gracia que se sirvió hacerme mi General, de quien sigo recibiendo los favores mas distinguidos.

Suplíco á Vms. rueguen á Dios por la salud de nuestro Soberano, por la gloria de sus armas, por el sosiego y felicidad de la Monarquía, por mi salud y mis aciertos.

Sírvase Vm. ofrecer todo mi amor y respeto á mi madre amada, dar mis finos afectos á mis hermanos queridos y á esas honradas gentes, á quienes agradezco en el alma sus expresiones y buen deseo; y merezca yo siempre los preceptos de Vm. y su bendicion.

Nuestro Señor, etc.

A este tenor eran las cartas de D. Antonio, con la diferencia de que á proporcion que iba adquiriendo mas trato con la Oficialidad y con las personas mas distinguidas, y que leia bue-

nos libros, usaba en ellas de un estilo mas correcto. Ni se le notaba aquel lenguage y aquellas modales de aldea, las quales, si no se corrigen en la infancia, son muy dificiles de rectificar en la edad madura.

Lo que nunca padeció la menor mudanza fue la bella índole y la rectitud del corazon de D. Antonio; por cuya causa los gefes, sus compañeros y los soldados le amaban á porfia. Un corazon franco y generoso, y una virtud pura y constante rinden las voluntades sin la menor violencia. El artificio, la opulencia, el poder y el valimiento todo junto, no logra tantos homenages del corazon humano como la probidad sola. D. Antonio estaba adornado de esta amable virtud, y libre de los vicios: ved aqui por que este jóven, que no era ilustre, ni rico, ni poderoso, tenia mas apasionados que otros, en quienes concurria alguna de estas circunstancias, ó todas juntas.

¡De quán diverso modo hablaré del incorregible Juan! Este hombre detestable fue cada dia peor. El virtuoso

D. Antonio nada logró de él sino tristes desengaños y graves pesadumbres. Juan desertó y se unió con unos facinerosos. Su pobre familia ¡quántas amarguras pasó por la conducta brutal de este jóven!

A los dos años de Alférez fue promovido á Teniente D. Antonio, y á los quatro años de servicio se le dió el grado de Capitan. Mantúvose en campaña hasta que se hizo la paz, portándose siempre muy á satisfaccion de sus gefes; algunas veces fue herido, pero su robustez y buenos humores contribuyéron mucho á su pronta curacion. Concluida la guerra, consiguió licencia para ir á su casa por seis meses, y lo verificó sin dilacion.

La alegria y el consuelo de su familia fue igual al que recibió nuestro jóven al ver á unos padres y á unos hermanos á quienes amaba con la mayor ternura. Se abrazaban, se acariciaban, y se bendecian mútuamente. Los viejos, los jóvenes, y hasta los niños del lugar acudiéron á saludar á D. Antonio, y á dar á sus padres la enhora-

buena. Sus alabanzas resonaban en todo el pueblo, y sus virtudes y prendas personales eran el asunto de las conversaciones de aquellos aldeanos.

„¡Qué galan, decian, y qué bien le „sienta el uniforme! ¡Qué buen cris„tiano, qué llano y qué caritativo! „¡Qué hijo tan obediente! ¡Qué padres „tan dichosos!"

El Cura, los Alcaldes, los labradores mas ricos, todos en fin deseaban el lado del Capitan, todos le ofrecian su mesa, y le proporcionaban las diversiones que podian: D. Antonio supo complacerlos sin desairar á ninguno. Todos le escuchaban como á un oráculo, y su dictámen prevalecia siempre. ¡Quántas amistades hizo! ¡Quántos pleitos y disgustos evitó! Nadie resistia á los consejos de este hombre virtuoso.

Hablaba de los sucesos de la guerra quando le pedian que lo hiciese; pero no mentia ni exâgeraba. Mil veces le hiciéron contar la historia de sus hechos y de su fortuna, y siempre la refirió con una modestia edificante.

„La bondad de Dios, las oraciones de „Vms. y de mis padres, la piedad del „Rey, la justificacion de mis gefes, yo „no he hecho mas que cumplir con mi „obligacion" et cet. eran sus expresiones favoritas. Las farfantonadas, la impertinencia, la parcialidad, la envidia y la impostura son vicios muy comunes en los que hablan de sí y de los de su misma profesion; pero D. Antonio no estaba contagiado de ellos.

Un labrador muy rico, viudo, y algo pariente de nuestro Capitan, vino á verle desde el pueblo de su residencia, acompañado de una hija única, muy bien parecida, virtuosa y bien criada. La bizarria y bellas prendas de D. Antonio hiciéron tal efecto en los recienvenidos, que llegó á dudarse qual de los dos le queria mas: lo cierto es que la prima (llamémosla así) tuvo vocacion de ser Capitana, y el primo la tuvo tambien de casarse con ella.

Este juego se conoció pronto por los padres de ambos jóvenes, y resolviéron darles gusto, porque todos ganaban en el contrato. Los primos se

declaráron de un modo franco, pero respetuoso, y obtuviéron el consentimiento que apetecian.

D. Antonio escribió á su Coronel, que estaba en la corte, participándole su resolucion, y haciéndole ver las ventajas que le resultarian de que tuviese efecto; y á la respuesta de aquel agradecido gefe acompañó la licencia del Rey para que pudiera verificar su casamiento; el qual tuvo efecto de allí á un mes, porque el parentesco de los contrayentes no necesitaba dispensacion, y el dote de la novia era mucho mayor que el que previene la ordenanza.

En las bodas de los dos nuevos esposos reynaron la alegria y la abundancia; pero no aquel luxo desolador y aquellas etiquetas ridiculas, que se advierten en casos semejantes. El padre de la novia, que ademas de ser rico era generoso y muy amante de su patria, hizo buenas limosnas en aquel pueblo y en el suyo; y habiendo preguntado á D. Antonio qué fundacion piadosa y útil podria hacer mas á su

gusto para perpetuar la memoria de un acontecimiento tan feliz, le respondió sin detenerse un momento: „Estimado tio, yo debo en gran parte „mi fortuna á la buena crianza que me „diéron mi padre y mi buen tio el „Cura: no todos los niños de este pue„blo tienen tios y padres que puedan „educarlos bien. Noto con dolor el „abandono y lastimosa ignorancia en „que yacen, y veo que este mal es „inevitable, sino se establece aqui „una buena escuela de primeras letras, „dotándola de tal modo, que podamos „hallar para regentarla un sugeto sa„bio y virtuoso. ¡Ah señor! ¡Quánto „bien haria, y quántos males podria „evitar un hombre de talento, si se „encargára gustoso de la educacion de „estos niños! Un hombre digo, que „haciéndoles amable la vida activa y „el exercicio productor, les enseñase „al mismo tiempo las obligaciones de „un buen católico, de un buen vasa„llo, de un buen hijo, de un buen „esposo, de un buen padre y de un buen „amigo. ¡Ah, el triste Juan, mi anti-

„guo compañero!...." Lleno de gozo y de admiracion interrumpió el tio el discurso de su sobrino, asegurándole que pronto veria cumplidos sus deseos; y con efecto, este honrado y benéfico labrador, ayudado de un digno Eclesiástico hermano suyo, trató de establecer inmediatamente en el lugar de D. Antonio una buena escuela con el nombre de *Escuela del soldado virtuoso.*

Quando acababa D. Antonio de hacer este gran bien y otros muchos á sus paisanos, y en el momento de estar consolando en quanto era posible á la desventurada familia de Juan, recibió éste la noticia de su muerte. Una compañía de granaderos, empleada en la persecucion de malhechores, se batió con la quadrilla donde iba Juan: éste recibió un balazo, de cuyas resultas murió á pocas horas en la cárcel á donde fue conducido con otros de sus compañeros, que acabarian en un suplicio.

El prudente D. Antonio socorrió á aquellos padres desgracidos, ya con los auxîlios necesarios para hacerles

volver de las fuertes congojas que les causó la triste nueva, y ya con los consejos mas piadosos y saludables; y aunque quedaron en cierto modo resignados al ver que Dios les habia librado de la mayor deshonra que pudo haberles causado su hijo, y al saber que éste no murió impenitente; con todo, la madre murió á pocos dias, el padre quedó con el juicio trastornado, y el hermano tardó mucho en recobrar la salud.

D. Antonio marchó á su Regimiento, concluido que fue el término de su licencia, en compañia de su esposa: halló á sus gefes, á sus compañeros y á los soldados tan afectos como siempre, y la nueva Capitana fue tratada con la distincion y el agrado que se merecia por sus bellas prendas y por las de su apreciable esposo.

He concluido la historia de mis soldados. Dios favoreció visiblemente á D. Antonio por sus virtudes religiosas y morales, y muy particularmente por el amor y obediencia que tuvo á sus padres y á sus gefes; y castigó

á Juan por su obstinacion en los vicios, y por su desobediencia, inhumanidad é ingratitud.

D. Antonio llegó á ser General, y sus hijos perpetúan el nombre y la gloria de su padre en la carrera de las armas y de las letras.

Imitémos pues á nuestro D. Antonio: abominémos la conducta de Juan: compadezcámos á su familia desdichada: apreciémos la virtud y la buena educacion; y no dudémos que Dios nos protegerá, si obrámos siempre arreglados á sus divinos preceptos y á su voluntad soberana.

LOS MENESTRALES.

En una ciudad de Andalucia vivian un zapatero llamado Blas, y un sastre nombrado Andres. Blas era muy hombre de bien, inteligente en su oficio, puntual y equitativo con sus parroquianos, y el amparo de los oficiales que trabajaban en su tienda, en la qual se calzaba un crecido número de personas de ambos sexôs. Estaba casado con una montañesa llamada Cándida, cuya aplicacion, honradez y modestia contribuian mucho á los aumentos y buen nombre de su casa. Estos esposos tenian un hijo de trece años llamado José, el qual estaba aplicado al oficio de su padre, y una hija de quince nombrada Matilde: ambos hermanos tenian bellísima índole, una aplicacion extrordinaria al trabajo, mucho amor y obediencia á sus padres y una total aversion á los vicios.

Andres era (para decirlo pronto) un holgazan chapucero, y un mentecato ridículo; y Casilda su muger una presumida, frívola y chocante. Tenia un hijo de catorce años llamado Ruperto estudiando gramática latina, en la qual hacia menos progresos que en la guitarra y en el bolero, á cuyo exercicio importante destinaba todas las horas que podia muy á gusto de sus padres, á quienes se les caia la baba de ver á su estudiantito saltar, brincar, sudar, romper, tañer, cantar y enseñar á dos hermanitas que tenia las mismas habilidades, para que supliesen por la hermosura que les negó naturaleza, y por la buena crianza que no recibiéron quando niñas, ni se les daba, aunque ya eran casaderas.

El zapatero y el sastre vivian en dos quartos baxos de una misma casa; y habitaba el principal un noble anciano llamado D. Prudencio, hombre de talento, de mundo y de buen humor. Este caballero solia acompañar algunos ratos á los dos vecinos, porque le divertian mucho las diferentes

y agradables escenas que le presentaban en su trato. Una noche de verano saliéron ambas familias á tomar el fresco en el patio de la casa: D. Prudencio hizo lo mismo, se sentáron todos formando corro, y se habláron asi.

D. Prudencio. Mucho aprieta el calor, Sres.; á fe mia que es insufrible.

Casilda. En efecto, Sr. D. Prudencio. Yo he mandado á mi Andres que mientras no refresque el tiempo no piense en dar siquiera una puntada. Ahí tiene unos vestidos empezados; pero ahí se estarán. El caso es que llueven recados y mas recados, y nada; porque primero es la salud de mi marido, y que rabien ó tengan paciencia los dueños de la ropa.

Blas. ¿Y si mudan de sastre, en vez de rabiar ó de tener cachaza?

Andres. Que muden enhorabuena, y yo les aseguro que no mejorarán de fortuna con la tal mudanza. No sé si somos unos veinte y cinco los que componemos en la ciudad el gremio de la sastrería, y (sin que sea por alabarme) ninguno es mas puntual, ni mas

inteligente que yo en la farándula.

D. Prud. Basta que Vm. lo diga. Pero, hombre, ¿qué tremolina era aquella de esta mañana con el Capitan de Milicias? Yo temí que sucediese un trabajo.

Casild. Nada en substancia.

And. Ya se vé, nadita. El Capitan me mandó hacer un uniforme hará cosa de tres meses: por casualidad salió una manga de la casaca quatro dedos mas corta que la otra, el paño de la espalda lo puse al contrapelo, los calzones eran cortos de tiro y algo estrechos, y la chupa sacó unas quantas piezas.

Ruperto. Para eso que mi madrecita se hizo una carmañola á costa del Señor Capitan.

And. Calle, bribon. ¿Quién le mete á él... Pues Sr., el hombre se empeñó en que yo era un zote y un no sé qué.

Rup. Yo me acuerdo. ¿Lo digo?

And. Calla si puedes. Casilda, llévate ese muchacho y enciérrale.

Casild. ¡Toma! No me da gana. ¿Pues qué hace el pobrecito? Vaya, que eres

el ente mas ridiculo que he visto en mi vida. Yo acabaré el cuento, y verás como calla Rupertito. Decia Andres que el Capitan le dió el vestido para que remediase los defectos que tenia.

Rup. El caso es que muchos de ellos no tienen compostura.

Casild. ¿Ves como el chico dice bien y habla á tiempo? Conque (como iba diciendo) el vestido no se compuso: vino el Capitan al cabo de algunos dias, porque Andres no hizo caso de los recados que le envió, halló el uniforme en la percha mas empolvado que sus bucles, y allí fue Troya. Ya se ve, si estos calores...

And. Pues: el pecado son estos calores. En fin, verémos mañana que tal dia hace.

Casild. Hombre ¿estás en tu camisa? Pues ¿y los toros?

And. Mira, muger, tienes razon; ya no me acordaba.

Casild. Vamos, sobre que estás lelo de purísimo trabajar, y no quiero que acabes de perder la chaveta.

D. Prud. Muy bien dicho. Y ¿Vm.

va á los toros, tio Blas?

Blas. No por cierto: tengo mucha obra entre manos, y debo concluirla: porque amigo, los que no tenemos mayorazgos, necesitamos arrimar el hombro al trabajo para mantener las obligaciones; y si uno espanta la caza con embustes ¡malo, malísimo!

Cándid. Mi Blas y yo, como somos duros, y no andamos majos, no hacemos vacaciones al frio ni al calor, ni gustamos andar luciendo la persona en los dias de trabajo.

D. Prud. Pero mañana estará la tienda como escuela de danzantes. Ahí es un grano de anís, Lunes y dia de toros. Apuesto á que de los ocho oficiales que trabajan en casa no vienen dos.

Blas. Pues yo le apuesto á Vm. á que de los ocho vienen mas de siete.

D. Prud. ¿Y qué dirá el glorioso S. Crispin? ¿Y los toros?

Blas. Ya saben mis oficiales que el glorioso S. Crispin no gusta de holgazanes, y que los toros no son mas que unos animalitos de quatro orejas que matan, si pueden, á los de dos, y que

al fin mueren ellos rabiando. Ademas; mis muchachos estiman mucho á su maestro, y no quieren dexarle solo, porque no se les muera de melancolía.

Casild. No lo hacen asi los mios. ¡Picarones!

Cánd. Ya.

D. Prud. ¿Y qué significa ese ya, tia Cándida?

Cánd. Que ya, y nada mas. Mire Vm., Sr. D. Prudencio, mis oficiales han sido aprendices de casa, y á los principios se hacen los panes tuertos ó derechos. En primer lugar no los matábamos de hambre, y por consiguiente aprendian y trabajaban con gusto. En segundo, no se les maltrataba de obra ni de palabra (porque el castigar sus excesos con moderacion no era tratarlos mal) y nos servian bien, nos querian mucho, y aun nos quieren. En tercero, Blas era muy escrupuloso en esto de enseñarles el oficio, porque decia, que un aprendiz no es el jumentillo de la casa de su maestro, sino un jóven que se dedica á aprender el modo de ganar el pan honra-

damente baxo ciertas condiciones, y que es un gran bribon el maestro que no se esmera en la enseñanza de los que tenga. En fin, él les hacia ser buenos muchachos, y nos daban poco ó nada que sentir. Pues no digo nada en esto de que fuesen buenos cristianos, obedientes y atentos con todo el mundo! Llegáron á ser oficiales, y todos siguen en la casa con el mayor contento: se les paga puntualmente: se les adelanta lo que necesitan para sus urgencias, y lo van satisfaciendo poco á poco; y como nunca les falta que trabajar (gracias á Dios) tienen el pan seguro, y no quieren perderle por toros mas ó menos.

Casild. Pues los mios...

D. Prud. Pero muger ¿quáles son los de Vm? Yo jamas veo uno siquiera en la tienda.

Rup. Pues si no los hay, sino que mi madre...

And. Oyes, insolente, si voy á tí.... Pero déxalo, yo te pondré al oficio, y verémos.

Casild. Nos verémos, nos verémos.

¡Oficio! Buena honra quieres dar á tu hijo. Si yo me casé contigo siendo sastre, fue porque quiso la trampa. ¡Menestrales! Si pudiera yo raerme lo que tengo de menestrala...

Cánd. Poquito á poco con eso, señora mia: hable Vm. con mas decoro de la gente de oficio, y sepa que yo cuento cosa de dos docenas de abuelos todos zapateros de obra prima, segunda y tercia, y que por eso no dexo de ser una montañesa tan noble como Nuño Rasuera y Lain Calvo. Si pudiera habia de añadir un nuevo quartel á las armas de mi executoria (que la tengo en letras doradas y gordas gracias á Dios) con un cuero de buey, un trinchete y dos hormas en figura de aspa, todo en campo verde para que mis descendientes no perdiesen las esperanzas de ser zapateros por los siglos de los siglos.

Blas. Amen Jesus.

Casild Pues yo...

D. Prud. Vamos, Sras., haya paz. Vm. Sra. Casilda, no tiene razon en menospreciar la clase de los menestra-

les. El Rey la ha honrado, la Nacion la aprecia y necesita, y si no ha logrado aun toda la consideracion que se merece, es porque lo impide la mala conducta de muchos individuos de ella.

Los contínuos fraudes, la mentira, la suma ignorancia en los respectivos oficios, la arbitrariedad en los precios, las modales groseras, el ócio y los vicios hacen la desgracia de muchos menestrales, y causan el ceño con que se les mira.

Desengañémonos, amigos, mientras los menestrales no se convenzan de que cada oficio, por facil que parezca, tiene mucho que aprender: mientras no sean veraces y equitativos, mientras no abandonen el tono chocante é insultador que los caracteriza, esto es, mientras tengan mala crianza y peores ideas, todo irá mal para ellos. Por lo demas, un artesano hombre de bien, aplicado, activo, atento y puntual, es en su taller un buen amigo y un auxiliador útil de sus conciudadanos: éstos le honrarán y contribuirán gustosos á hacer su felicidad y la de su familia.

Cánd. Tiene mil razones el Sr. D. Prudencio, y ha hablado como un libro. Blas, no hay que descuidarse con Pepito, y hazle pronto un zapatero de honra y provecho.

Blas. No, que no. Ya va entrando en carrera, y confio en que antes de un año ha de ser un oficial mas que mediano. ¿Qué tal, Pepe?

José. Yo pondré de mi parte quanto pueda para adelantar padre, mio. Me desazona tanto el ver que aun lo hago tan mal.., Por fin, mi hermanita Matilde ya es útil: ribetea tan bien los zapatos,.. ¡Válgame Dios! ¡Quándo empezaré yo á servir de algo á mi familia! Tengo unas ganas de adelantar...

D. Prud. Haces bien, querido. Todos los muchachos sin distincion habian de aprender un oficio. Yo hice que mi hijo el Alférez fuese un regular carpintero antes de ponerle los cordones. ¿Y saben Vms. que quando estuvo prisionero se mantuvo á costa de este oficio? Ya se ve, el sueldo era el de un soldado, y yo no tenia conducto por donde asistirle.

¡Ahí es nada lo útil que puede ser á un hombre el saber un oficio en este mundo caduco! Los Grandes de Inglaterra, y aun los mismos Príncipes observan esta máxîma importante, y por esto no se degradan. Pero ¿qué nos cansámos? Nuestro mismo Soberano no se desdeña de trabajar algunos ratos en sus talleres: conque miren Vms. que trazas tiene S. M. de menospreciar los oficios y á los que los exercen.

Casild. Pues señor, Vm. no se canse: mi hijo ha de ser Cura, y despues lo que Dios fuere servido: seguirá algun tiempo con el Dómine Socaliñas, y luego irá á la Universidad de Granada. Es mucha cucaña tener un hijo Cura. Vms. verán que buena vejez nos da Rupertito.

D. Prud. Pero señora, y la vocacion? ¿Y los medios para mantenerle? ¿Y la seguridad de que aproveche, de que no se pervierta cada dia mas, y se lo lleve la trampa? ¿Y la côngrua? ¿Y otro millon de cosas que se necesitan para salir triunfante de una empresa tamaña?

Rup. ¡Qué preguntón y qué pesado está el vecino! Sr., déxenos Vm. hacer á mi madre y á mí, que nosotros nos entendémos.

D. Prud. Yo tambien entiendo á Vms. y por lo mismo conozco y siento sus necedades. Perdonen Vms. la claridad, y vámonos á recoger que ya es hora.

Blas. Si por cierto.

D. Prud. Pues á Dios, vecinos.

Todos. Que Vm. descanse y pase buena noche, Sr. D. Prudencio.

Al dia siguiente asistiéron con puntualidad á la tienda de Blas todos sus oficiales: trabajaron con esfuerzo y alegria, y ganaron su concertado peculio igualmente que su maestro, mientras Andres y su familia se divertian en los toros á costa de los que adelantáron el dinero perteneciente á las hechuras de los vestidos, que debian acabarse quando hiciera fresco, ó (por mejor decir) quando gustase Madama Casilda.

Pero la mala ventura, que se atreve hasta con la gente de bronce, quiso

aguar la funcion á nuestros sastres, y escogió por instrumento de sus rigores al Capitan Miliciano.

Este caballerito fue por la tarde á casa de Andres muy confiado en que ya estaria compuesto el fatal uniforme: halló el quarto cerrado, y supo que estaba de toros. Era ya hora de salir de ellos, y aguardó á Andres en el portal de su casa: llegó con su familia, y sin gastar cumplimientos le dixo el Capitan: *Está compuesto mi vestido? No señor* (respondió el sastre) *porque... Yo no quiero saber el por qué* (contestó el militar.) Y tirando del sable, le dió quatro ó seis golpes de plano; pero por desgracia resbaló uno de ellos, y cortó al señor maestro los tendones de la mano derecha. Gritáron todos, alborotó Casilda el barrio, lloró Ruperto y sus hermanas, se desmayó el herido, se marchó el Capitan, acudió la familia de Blas y D. Prudencio, ayudáron á sus vecinos en quanto pudiéron, y se dexáron de conversacion porque era inútil.

Vino el cirujano, pronosticó mal,

emprendió la curacion del sastre, y fue un milagro que no perdiese el brazo; pero al fin quedó manco, y por consecuencia sin poder coser, ni aun cortar mas vestidos ni á Capitanes ni á paisanos.

Formóse su proceso corriente; pero el Oficial, aunque fue reprehendido por haberse tomado la libertad de castigar á Andres, salió absuelto; porque hizo ver que obró por el primer impulso de su justo enojo, que no fue su ánimo herirle, y porque las malas mañas y ociosidad de este menestral eran muy notorias en aquel juzgado, por las quejas que se habian dado contra él en varias ocasiones.

Imposibilitado Andres de exercer su oficio, y habiendo gastado en su curacion y en mantener á su familia el poco dinero, las alhajas y algunos muebles sobrantes que tenia, parece que debia su muger dexar de ser fátua y altanera, él de ser necio y apocado, y no perder tiempo en aplicar á Ruperto á un oficio; pero no sucedió asi: su obstinada madre vendió con pleno con-

sentimiento de su marido una parte de casa que tenia en Cadiz, cuya única finca fomentaba la desidia y el orgullo de Casilda: recibió por ella unos 3000 pesos, vistió á su hijo de estudiante manteista, le llevó de calle en calle, de casa en casa y de paseo en paseo, arrastrando sus hopalandas, mas hinchado que un sapo: y fue cosa muy digna de notarse, el que en vez de infundir el trage talar á nuestro jovencito mayor circunspeccion y compostura, produxese en él efectos muy contrarios. La charlataneria y la insolencia se aumentáron en Ruperto de un modo prodigioso; y tanto, que los padres tuviéron que acelerar su viage, antes que se lo estropeasen de alguna paliza dada á buena cuenta de las muchas que merecia por su osadia y desverguenza. Marchó en efecto á Granada recomendado á un alguacil pariente de Casilda, á quien ofreció ésta pagar los alimentos y demas gastos del hijo de sus entrañas, encargándole que le cuidase mucho, y que se le diese el Don correspondiente á todo mor-

tal que arrastra bayetas.

Mientras Andres y Casilda pensaban en enviar á Ruperto á probar fortuna, y despues que lográron engolfarle en el proceloso mar de la Universidad, donde perecen muchos con respecto á los pocos que llegan á salvamento; Blas y Cándida se esmeraban en hacer que aprendiese José el oficio de zapatero con toda perfeccion, y en formar bien sus costumbres, á cuya última empresa les ayudó mucho Don Prudencio, y tuvo poco que trabajar para conseguirla.

Este buen anciano estuvo ausente algunos dias en un pequeño pueblo donde tenia un mayorazgo, y á cuyos vecinos hacia mucho bien siempre que los veia necesitados, como lo estaban muchos en aquella época. Volvió un sábado por la noche, y habiendo salido á pasear la tarde del Domingo inmediato, se dirigió á una selva amena que se hallaba á corta distancia de la ciudad. Despues de haber hecho un moderado exercicio se sentó á descansar en una piedra á la sombra de

unos álamos frondosos y á la orilla de un cristalino arroyuelo. De allí á poco rato oyó que le decian: „Sr. D. Pru-„dencio, amado vecino, háganos Vm. „el favor de venir á acompañarnos. „Venga Vm., aqui estamos: complete „Vm. nuestra alegria con su presencia." El buen anciano miraba hácia el parage de donde salian las voces; pero á nadie divisaba: hasta que vió á Pepito el hijo de su honrado vecino Blas, que corria hácia él, manifestando en su rostro y en sus palabras la alegria mas pura, y repitiendo: „Venga Vm.: „allí estan mis amados padres y mis „queridos compañeros á la sombra de „aquellos fresnos. Estamos de enhora-„buena. Vamos, deme Vm. la mano, „y le ayudaré á baxar este repecho. „Qué ¿se negará Vm. á nuestros rue-„gos sencillos? No, hijo mio, (respon-„dió D. Prudencio.) Voy á acompaña-„ros con el mayor gusto; y sea qual „fuere vuestra satisfaccion, desde ahora „me tomo parte en ella." José condu-xo á D. Prudencio donde estaba su familia: todos le recibiéron y saludá-

ron con atencion y regocijo: la tia Cándida le dió un estrecho abrazo, hijo de su inocencia y agradecimiento: le hiciéron sentar en el parage mas cómodo y se habláron del modo siguiente:

Blas. ¡Quánto me alegro de que Vm. haya vuelto con salud de su viage, y de tener el gusto de que participe de nuestras satisfacciones!

D. Prud. Yo tambien celebro que Vms. las tengan, y deseo saber quales son.

Cánd. Pues va de cuento. Ha de saber Vm. que mi Pepe concluyó ayer un par de zapatos que se mandó hacer en casa el señor Marques de N. Su obra pasó una escrupulosa revista de Blas y de estos muchachos.

Los oficial. Muy servidores de Vm., Sr. D. Prudencio.

Blas. Eso sí, ¡voto á chápiro! Siempre atentos y respetuosos con los mayores. Sigue tu cuento, Cándida.

Cánd. Conque los zapatos mereciéron una aprobacion general, y su Señoria dixo á Blas quando se los llevó que le venian perfectamente, y que

estaban muy bien trabajados. Y habiéndose juntado en formal asamblea mi marido y los oficiales, salió aprobado José por uno de tantos.

Blas. Y eso que el presidente de la tal asamblea anduvo bastante quisquilloso antes de dar el título.

José. Mucho favor me han hecho Vms. en concedérmelo; lo conozco; pero yo les seré tan agradecido y tan obediente como el último de los aprendices.

D. Prud. ¡Cómo me gusta el carácter de este muchacho! Pues amigos, que sea mil veces en horabuena. No dudaba yo de la aplicacion y buenas circunstancias de mi estimado Pepito, que daria á Vms. este y otros muchos dias de placer y de contento, asi como se los dará tambien la virtuosa Matilde.

Los herm. Muchas gracias, Sr. vecino, por el favor que Vm. nos hace.

Cánd. Pues sepa Vm. que á Matilde la hemos hecho ribeteadora en gefe de la tienda; porque á mí me va faltando la vista, estoy algo temblona,

y no puedo ya desempeñar un encargo de tanta importancia.

D. Prud. ¡Lindamente, tia Cándida! Pues queridos mios, ahora solo resta que Vms. se hagan dignos de nuevas mercedes: con que constancia, aplicacion, honradez, virtud y á ello.

Los herm. Pero Vm. seguirá dándonos sus buenos consejos como hasta aqui.

D. Prud. Con mil amores, queridos mios; bien que teneis en vuestros padres unos modelos que imitar; y aunque yo faltase...

Matilde. ¡Ay, no lo quiera Dios! Aun está Vm. para vivir mucho. Tiene Vm. tan buen color, tanta agilidad... Vm. habrá sido muy arreglado y virtuoso. Asi dice mi padre que se conservan los hombres y las mugeres. No me gustan esos monuelos que llaman currutacos. ¡Qué atolondrados y qué enfermizos son los mas!

Cánd. ¡Ola niña! Eso no me agrada. Dexar á cada loco con su tema, y *zapatero á tus zapatos.*

Matild. Perdone Vm., madre mia.

En efecto, he sido algo bachillera. Yo me enmendaré.

Blas. Cándida, la merienda, que ya es hora, y el Sr. D. Prudencio tiene que catar tus guisotes. Ellos no serán finos, pero sí abundantes; y en quanto á limpios y sabrosos se las apuesto á toda la cocineria junta y entera.

D. Prud. Vms. saben que no tomo por las tardes ni aun chocolate; pero he de probar los guisados de la vecina, y Dios querrá que no me hagan mal.

José. Si señor, verá Vm. como no se pone malo, porque todos se lo pedirémos á Dios muy de veras.

En efecto fueron abundantes, aseados y gústosos los guisados de Cándida, y se comieron con mucha alegria y buen apetito. D. Prudencio tomó de ellos algo mas de lo que creia, y aquel refrigerio le sirvió de cena.

Concluyóse la merienda; y aunque hubo muchos brindis, reynó en ellos la templanza, y se levantáron todos de la mesa tan cuerdos como se sentáron en ella. Pepe y Matilde fueron coronados con unas guirnaldas de be-

llas y fragantes flores, y con este inocente premio partieron á su casa entre los aplausos y vivas de todos los concurrentes.

Un oficial de Blas, que tenia muy buena voz y bastante gracia, cantó por el camino, al compas de una guitarra que llevó á prevencion, el siguiente romance, que compuso al intento un caballero parroquiano de Blas.

¡Quán felices son aquellos
que sin ambicion ni envidia,
ni los mandos apetecen,
ni las riquezas codician!

Aquellos que á sus tareas
honestas y repetidas,
deben su dulce sustento
y el de sus caras familias.

¡Con quánto gusto disfrutan
los apetecidos dias
consagrados al reposo,
á la piedad y alegria!

El ocioso no conoce
las inocentes delicias
reservadas al contraste
del recreo y las fatigas.

A los ricos y opulentos

que entre los humildes brillan,
¡quántas penas y zozobras
los sobresaltan y agitan!
Cuidados, desconfianzas,
los acosan y fatigan;
lisonjeros los rodean,
ingratos los mortifican.
El candor y la amistad
huyen lejos de su vista,
y su lugar substituye
la adulacion fementida.
La sacra amistad se acoge
á las cabañas pagizas,
y sus vínculos se estrechan
entre las gentes sencillas.
Jóvenes afortunados,
que lograis en este dia
de vuestros padres y amigos
el amor y las caricias:
Vosotros, que mereceis
sus demostraciones finas
por las bellas qualidades
que os adornan y acreditan.
Duplicad vuestros esfuerzos,
y siempre en vosotros vivan
el respeto, la obediencia,
el amor y cortesia.

Amad el trabajo os ruego,
y vereis como las dichas,
la virtud y la abundancia
con sus dulzuras os brindan.
Los placeres criminales
con que el mundo nos incita,
despreciadlos, porque envuelven
poco dulce y mucho acibar.
La probidad, las costumbres
y la piedad son las guias
que á las divinas moradas
los mortales encaminan.
El ocio, la intemperancia,
la impiedad y la injusticia
á un abismo de amarguras
eternas los precipitan.
¡Dichoso el que á las virtudes
su corazon sacrifica,
y feliz una y mil veces
quien los vicios abomina!
Bendiga el cielo á los padres
que prudentes os inspiran
la virtud, la aplicacion
y las máxîmas divinas.
Y llene de bendiciones
su providencia divina
á los hijos obedientes

que abrazáron su doctrina.
Asi cantó un menestral
con voz alegre y festiva,
quando á su hogar caminaba
desde una selva florida.

Mucho agradó á todos la letra y la música del romance, el qual fue repetido hasta la entrada de la ciudad. D. Prudencio, Bias y su familia se dirigiéron á su casa; y aunque los oficiales se ofreciéron gustosos á acompañarlos hasta ella, no lo permitió el maestro, y los envió á las suyas diciéndoles: „A descansar, amigos, que „hay mucho que hacer, y es necesario „que madruguémos." A ninguno hizo daño la merienda, y todos pasáron una noche tranquila.

El pobre Andres se hallaba sumergido en el ócio, y por una consecuencia precisa fue dominado de los vicios: se aficionó demasiado al vino, y visitaba á menudo las tabernas. Casilda y sus hijas trabajaban poco, y se divertian mucho, y lo mismo hacia Ruperto segun noticias y cartas; de forma que antes de dos años ya iban

gastados con el estudiante y en la manutencion de los esposos é hijas unos 30,000 reales de los 45,000 recibidos por la casa de Cádiz.

D. Prudencio observaba con dolor el desarreglo de aquella familia, y veia su total ruina muy inmediata; por lo qual se empeñó con el mayor esfuerzo en repararla, y quiso Dios que lo consiguiera en parte, contribuyendo á ello un suceso inesperado.

Una mañana oyó desde su quarto llorar á Casilda y á sus hijas con el mayor desconsuelo, y que exclamaba la madre: „A Dios, curatos y canon-„gias para siempre jamas. ¡Pobre Ru-„pertito mio! Se acabáron mis espe-„ranzas. ¿Si te habrás quedado muy „feo? ¿Si te morirás? ¡Ay de mí infe-„liz entre todas las madres que paren „hijos manteistas!

Entró en el quarto de Casilda nuestro amable anciano, y al mismo tiempo Andres, que volvia de echar un traguito para confortar el estómago. Halláron á Casilda arrastrándose por aquellos suelos de Dios, desmelenada

y descompuesta de ropa y semblante, y le preguntáron:

D. Prud. ¡Qué es esto vecina! ¿Qué desgracia ha sucedido en esta casa?

And. ¿Qué tienes, muger? ¿Te ha acometido el flato histérico, el mal de corazon ó el soponcio incomprehensible?

Casild. Solo tú faltabas para acabar de rematarme. Me muero de esta, no hay remedio.

And. Anda, no te mueras: déxalo hasta que hayas oido á Rupertito cantar misa.

Casild. ¡Y qué poco la cantará él! ¡Ah mano vil y sacrílega!

D. Prud. No la incomode Vm. vecino. Vamos, amiga, sepamos que penas afligen á Vm.

Casild. Esa carta... esa descomunal y malaventurada carta me ha asesinado. Leala Vm., y verá si tengo motivo para lamentarme, y si vienen al caso las bufonadas de mi pariente.

Lee D. Prud. ,,Estimada Casilda: ,,Buena la hemos hecho: ya tienes un ,,hijo tuerto, y gracias á Dios que lo ,,tienes vivo. D. Ruperto se metió á

„espadachin y despues á floretista; y „como para él lo mismo eran berzas „que requesones, tiraba con el florete „mandobles, tajos y reveses á diestro „y siniestro. El maestro le reprehendió „esta descortesia muchas veces, y él „nunca hizo caso: ya conocerás tú „su docilidad.

„Se puso á batallar con un mozo „que tenia malas pulgas: tu hijo le „tiró un tajo, y el otro, al tiempo „de repararlo le dió tal botonazo en „el ojo izquierdo, que se lo vació en„tero y verdadero: con que ya ves que „no puede cantar misa.

„Mira lo que quieres hacer de él, „asegurada de que aunque yo soy de „justicia, y tengo las otras tres virtu„des teologales, no he podido entrar„le en carrera.

„Perdona la mala nueva, y manda „á tu primo que te estima y compa„dece. = *Roque el Alguacil.*"

And. Como soy cristiano que me he quedado hecho una estátua. Muchachas, agua, ó vino si lo hay. ¡Pobrecito Ruperto! Casilda, voló la cape-

llania. Somos perdidos sin remedio.

D. Prud. Vamos, amigos, no hay que entregarse al dolor de un modo imprudente. Ofrecérselo á Dios y animarse, que aun podémos hacer algo de bueno con Ruperto. Dexemonos de delirios, y apliquémosle al oficio de su padre. Aun es muy jóven, y puede hacer en él grandes progresos. Yo le recomendaré al maestro Pratini, y confio en que le hará un buen sastre en pocos meses.

Casild. ¡Pratini! A buen sugeto quiere Vm. entregar á mi hijo. Ese canalla es el que ha arruinado á los sastres de la ciudad. Con sus zalamerias y monadas ha embaucado á todos los señores, y les ha hecho abandonar nuestras tiendas.

D. Prud. ¡Qué empeño tienen Vms. en llamar zalameros y monos á los que son corteses y bien hablados! Amiga mia, los que dependen de las bolsas agenas deben ser agradables y sumisos con los que se las franquean: esta leccion la tienen bien estudiada los extrangeros, y no hay forma de que

la aprendan muchos de nuestros paisanos, porque confunden el respeto y agasajo con el abatimiento y la vileza. Ademas, Pratini sabe bien su oficio, es muy aplicado y miente poco. Vean Vms. sus obras, y hallarán en ellas mucha perfeccion y esmero.

And. ¡Toma! Tan buenas y mejores las pueden hacer los de esta tierra, y todo será que se pongan á ello.

D. Prud. Pero el mal está en que no se ponen á ello nunca. Ya sé yo que por acá sobran talentos y buenas disposiciones. He visto en Madrid y en alguna otra ciudad tan buenos sastres Españoles como puede haberlos en Lóndres y en Paris; pero son pocos, y deberian ser muchos.

Casild. Pero Sr. D. Prudencio ¿no pudiera ser Rupertito abogado, ó quando menos boticario?

D. Prud. No, señora mia, Rupertito acabaria con el poco dinero que tienen Vms., y al fin seria un vago.

And. Sr. D. Prudencio, ¿sabe Vm. lo que digo? Que Vm. no quisiera que hubiese estudiantes en España.

D. Prud. Pues Vm. se engaña miserablemente. Yo sé que la Iglesia necesita de Pastores y Ministros, los Tribunales Magistrados, los reos defensores, et cet. et cet., y que éstos deben salir de entre los estudiantes; pero sé tambien qual debe ser la situacion de las familias; y de quanta prudencia y reflexîon necesitan para destinar sus hijos á la carrera de las letras.

En el lugar donde he estado estos dias, que se compondrá de doscientos vecinos, hay lo menos treinta estudiantes de latinidad, y los padres de los veinte no saben que hacerse con ellos. Duros ya para el trabajo, y acostumbrados al ócio, son casi inútiles para la agricultura y los oficios, son unos corruptores de las costumbres, unos disipadores de los patrimonios, y nada mas. Ya se vé, esta falta de buenas escuelas de primeras letras y esta abundancia de Dómines... ¿Cómo ha de ser? Paciencia. *Casild.* Con todo...

D. Prud. Dexémonos de con todos y de tontunas, y vamos á establecer una reforma general en esta casa.

Las mugeres deben dexarse de espectáculos y del paseo diario, y aplicarse á coser, que yo buscaré quien les dé algunos quartos á ganar. Ruperto ha de volver al seno de su familia, y ser sastre: este es un oficio muy decente y socorrido, y no es dificil de aprender. Por último, el amigo Andres puede aun emplearse en alguna cosa útil, y yo se la proporcionaré como me dé palabra de abandonar para siempre las tabernas.

And. ¿Pues qué tienen de malo las tabernas?

D. Prud. Muchísimo. Los tabernarios ofenden á Dios con el pecado de la gula, porque beben con exceso: de aqui resultan las palabras escandalosas y provocativas, y pueden provenir el robo, el homicidio, la deshonestidad, la discordia y el mal trato en las familias. La salud se pierde, el dinero se disipa y el trabajo se abandona. El pudor, la inocencia y las costumbres se resienten y corrompen con el fatal exemplo de los borrachos: el respeto del Gobierno se atropella, y

el carácter y dignidad de la Nacion se degrada.

En las tabernas, amigo Andres, no debiera beberse el vino; y en los pueblos donde se hace asi hay pocos, ó ningun borracho. Si Vm. viajara por algunos parages de la Mancha y por Cataluña, seria testigo de esta verdad.

Bébase enhorabuena, pero sea en casa, con moderacion y á las comidas: de este modo pocos se embriagan y empobrecen.

Yo no sé que sepa bien el vino, despues de haber bebido hasta satisfacerse, y juzgo que desde entonces se continúan los tragos por un efecto puramente maquinal. Me asombro de ver que haya hombres tan abandonados y prostituidos que se expongan á ser escarnecidos públicamente hasta de los muchachos por el estado ridículo y despreciable en que los pone la borrachera.

Casild. Ahora tiene razon el Sr. D. Prudencio. Pero mi Andres jamas se ha emborrachado: quando mas, mas, se ha puesto á medios pelos.

D. Prud. Pues de ahí se pasa á los pelos enteros y á las habilidades que he insinuado.

And. En efecto. Vaya, que este D. Prudencio es un misionero apostólico. No hay remedio, es menester recoger velas y dexarse de borrascas. Muger, yo estoy ya convertido: conviértete tú tambien, y envia por Ruperto al instante.

Casild. Vaya en gracia. ¡Jesus! No sabe una que responder á este santo hombre. Sr., mi tuertecito vendrá á ser sastre, y no hablémos mas palabra.

D. Prud. Pues yo lo celebraré mucho, y á Vms. no les pesará. A Dios, amigos, hasta otro rato.

Todos. A Dios, Sr. D. Prudencio.

El amable Pepito y su preciosa hermana, imitadores de las virtudes de sus honrados padres, y siempre dóciles á los consejos de D. Prudencio, fuéron cada vez mas aplicados y obedientes, y sus padres mas afortunados y felices.

Con los ahorros que hiciéron mediante su esmero, exâctitud, sobrie

dad y economia, pudiéron establecer una pequeña, aunque arreglada fábrica de curtidos, en la qual se trabajaban con bastante perfeccion; y este ramo de industria, bien manejado por Blas, á quien substituia en la tienda con mucho acierto su hijo José, al paso que fomentó mucho su casa, produxo á la ciudad un bien de que carecia.

La fábrica de Blas prosperó mucho, porque el maestro que buscó para dirigirla era muy legal é inteligente, y Pepito un buen aritmético. Asi pues, los géneros eran de buena calidad, y muy equitativos los precios á que se vendian, porque Blas decia á Pepe: „Haz esas cuentas de modo que to„dos vivamos. ¡Infeliz del que se man„tiene á costa de la sangre agena!" Y el jóven calculaba tan bien como apetecia su padre y podian desear los compradores.

Ruperto volvió á su casa luego que se curó enteramente: sus padres le participaron su resolucion acerca de que entrase por aprendiz de Pratini,

y no tuviéron poco que trabajar para que la abrazáse; pero al fin cedió á las circunstancias y á las fuerzas.

A pesar del orgullo, desidia y distraccion de Ruperto, pudo Pratini entrarle en carrera, y logró antes de año y medio hacerle un mediano oficial de sastre. Sin duda se hubiera perfeccionado en el oficio, si no hubiese conseguido exâminarse de maestro y abrir tienda en su casa. Este triunfo le fue muy perjudicial, y no menos á sus padres, porque el jornal que ganaba en casa de Pratini, y que cobraba Andres, ayudaba á la manutencion de la familia; pero lo que adquiria despues de ser maestro lo malgastaba lastimosamente, diciendo quando se le reconvenia, que todo era suyo, que él lo ganaba, y otras bachillerias indignas de un buen hijo.

Tarde conoció la desventurada Casilda los tristes efectos de la mala educacion que dió á su hijo, y el indiscreto rumbo que le hizo tomar. Su conciencia era el fiscal que mas acrimiba esta culpa, y sus remordimien-

tos contínuos la tenian inconsolable. La honrada familia de Blas, el virtuoso D. Prudencio y el buen Andres, procuraban de mil modos mitigar su dolor, y quando lo iban consiguiendo hacia Rupertito alguna de las suyas, y la triste madre volvia á su antiguo desconsuelo.

Como un hijo ingrato y desobediente se hace odioso y despreciable, muchas personas de las que habian empezado á vestirse con Ruperto le abandonaron por esta mala nota. El veia desaparecer á los parroquianos, y temió quedarse sin ninguno: esto le incomodaba demasiado, y pensó seriamente en evitar este golpe de desgracia. Discurria mil arbitrios para repararlo; mas nunca pensó en arreglar su conducta, ni en hacerse bien quisto con las personas que huian de él por sus defectos criminales. Pero la felicidad de su ingenio peregrino le sugirió un pensamiento muy original y fácil de ser practicado, mediante el qual creyó nuestro mozo hacerse rico en pocos dias. Voy á manifestar su

proyecto, para que se vea de quanto es capaz un buen ingenio quando ha estudiado latin.

Pasaba Ruperto por cierta calle de la ciudad, y vió sobre la puerta de una casa decente un llamador, en el qual leyó en letras de molde: „En „el quarto principal vive D. Emeterio „de N., Cirujano latino aprobado, et „cet. et cet. ¿D. y latino tenemos? ¡Ta„te! (dixo Ruperto): este bendito lla„mador me ha hecho persona. Yo soy „D., y tambien latino; y si no, que „vayan á ver mi matrícula á Grana„da (y en paz descansen las certifica„ciones de cursos.) Rotulata y á ello, „y digan luego que soy bobo. Sí, sí, „tontuelo es el tuertecito."

Fue sin detenerse á casa de un mamarrachista amigo suyo, le comunicó su idea; y habiendo merecido la aprobacion del amigo, le hizo éste un llamador del tenor siguiente. Se supone que lo dictó el que habia de ser su dueño.

„Aqui vive D. Ruperto de N. sas„tre latino, exâminado y aprobado.

„Viste á los géneros masculino y fe-„menino, esto es, á los hombres y á „las mugeres con perfeccion y equidad."

Al dia siguiente ya estaba el llamador en disposicion de salir á luz: al anochecer fue por él nuestro jóven, y sin hablar palabra á alma viviente lo puso en la pared de su casa.

Madrugó á observar desde su quarto el efecto que hacia en las gentes el cartapelon: púsose junto á una ventana; y aunque no la abrió, pudo oir clara y distintamente sus elogios, que fueron los siguientes: „Este mozo „es un fátuo ridículo. Es un pendante „presumido y estrafalario. ¿Si se habrá „acabado de volver loco?" El ruido crecia, las pullas y dicterios se multiplicaban, unos se reian á carcaxada suelta, otros silbaban, y Ruperto temblaba como un azogado.

En este estado de cosas sonó una furiosa granizada de guijarros sobre el llamador y la ventana del sastre latino, acompañada de la griteria de los muchachos, que decian: „Fuera, „fuera, abaxo con él, vamos á que-

marlo para escarmiento de tontos."

A este ruido cayó en tierra desmayado el triste Ruperto. Despertó su familia: le llamáron, y no respondia: fue su madre á abrir la ventana, y tropezó en él: asustóse, dió un chillido y luego ciento: hasta que oyó exclamar á su hijo en tono lastimoso y abatido: „¡Ay miserable y malaven„turado de mí! ¿No hay quien me „favorezca? Me muero: sí, llegó mi „hora." El padre y las hermanas corriéron á él, le levantáron como pudiéron y le pusiéron en la cama.

Oyen llamar á la puerta del quarto, y se consternan; pero se animan al oir las voces de D. Prudencio, Blas y Cándida: abren, entran los vecinos, y vuelven á cerrar de miedo. D. Prudencio refirió el suceso del rótulo fatal de Ruperto, y sus padres se sorprehendiéron y apesadumbraron en extremo. Casilda estuvo á pique de matar á su hijo; y del exceso de su ira le sobrevino un accidente, del qual tardó bastante tiempo en volver. Todos procuráron animarla; y despues

que se hubo serenado, le dixo D. Prudencio.

„Amiga mia, la mala educacion „causa unos daños muy difíciles de „remediar; y si hemos de hablar con „franqueza, confesémos que no puede „ser peor la que Vms. han dado á su „hijo. Esta culpa ha de costar á Vms. „muchas lágrimas, porque Ruperto „es fatal, y se va haciendo incorregi- „ble: huye de quien puede dirigirle „bien, y de quien desea su enmienda, „y se entrega con la mayor franqueza „á los que le corrompen y lisonjean „sus pasiones desordenadas. Tiene „poco ó ningun amor y respeto á sus „padres, y demasiado apego á los vi- „cios. Su presuncion es mucha, y su „talento es bastante limitado: digalo „el petardo que nos ha dado con el „rotulon descomunal, que ha acabado „de desconceptuarle, y de hacer á „Vms. infelices.

„Aqui no hay mas que un solo „medio capaz de reparar en parte la „total ruina que amenaza á Vms., y „es el siguiente: Ruperto ha de vol-

„ver á ser oficial de Pratini: Vms. „cobrarán su jornal, cuidarán de que „trabaje todo el tiempo posible, y no „le entregarán ni un solo ochavo: le „fixarán las horas de recogimiento, y „le apartarán absolutamente de sus fa„tales amigos. Si es obediente, hon„rado y trabajador, se le tratará bien, „y si no, el Rey tiene destino para „los bribones, y Jueces que los pon„gan en ellos.

„¡No por Dios! (exclamó Ruper„to desde la cama.) Yo seré bueno: „ya he escarmentado para siempre ja„mas. Perdónenme Vms.: volveré á „casa de Pratini, no digo de oficial, „si no de aprendiz, si es necesario. No „mas latines en mi vida, ni mas ne„cedades.

„Lo verémos (contestó D. Pruden„cio); y sino lo dicho dicho. Amigos, „Vms. hagan lo que les digo, que les „importa mucho."

Los padres diéron palabra de poner en execucion el plan de su buen vecino; y en efecto Ruperto volvió á casa de su maestro, en la qual tra-

bajó algunos años sin mucho fruto.

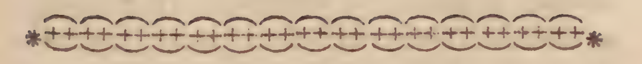
Andres y Casilda muriéron muy pobres: sus hijas se pusiéron á servir, y Ruperto nunca fue enteramente bueno, ni tuvo crédito ni dinero.

Al contrario sucedió á nuestros zapateros: todo prosperaba en su casa, y jamas hubo en ella discordias ni infortunios. Una paz santa reynó siempre en aquella familia virtuosa. Los padres muriéron de puro viejo, tan santamente como habian vivido: sus hijos seguian haciendo una vida exemplar, y fueron siempre amados y favorecidos de sus paisanos.

El apreciable D. Prudencio tambien falleció lleno de años y de virtudes, y podemos creer que no dexaria Dios sin premio su piedad y beneficencia.

Padres de familia, no imiteis á los de Ruperto, y tomad exemplo de los de José y Matilde. Hijos, en el primero de estos dos jóvenes teneis mucho que compadecer, y en el segundo un buen modelo que imitar. Ved las consecuencias de la mala y de la bue-

na educacion, y pedid á Dios que os proporcione la mas conveniente á su gloria y á su servicio, la qual os hará felices y útiles á vuestros semejantes.



LOS ESTUDIANTES.

Hubo en Extremadura un labrador discreto, noble y rico, casado con una señora Castellana. Estos consortes, en quienes reynaba la religion mas pura, la virtud mas acendrada, y una paz nunca interrumpida, tenian dos hijos perfectamente educados, y de un carácter muy amable, llamados Jorge y Cárlos. Al primero de estos jóvenes se le dedicó al manejo de la casa, y contribuyó mucho á fomentarla por su celo y aplicacion, y por los útiles conocimientos que adquirió en los diversos ramos de la agricultura. Al segundo se le destinó á los estudios: aprendió en su pueblo la latinidad y la filosofía, y sus padres pensaron en que continuáse su carrera literaria en la Universidad de Salamanca; pero no quisieron llevar á efecto su determinacion, sin con-

sultar primero la voluntad de Cárlos; y para explorarla, y tener al mismo tiempo el gusto de oirle producirse (porque lo hacia con una perfeccion admirable, y extraña en su temprana edad) le habláron cierto dia del modo siguiente:

El padre. ¿Cómo vamos de estudio, querido Cárlos? ¿Te incomodan las madrugadas y las horas de vigilia?

Cárlos. No señor. Todo lo hago con gusto desde que voy entendiendo el latin regularmente, y conociendo el mérito y las bellezas de los autores clásicos que escribiéron en aquel idioma. Los primeros años de gramática me fueron muy penosos, por el mal método en que me la enseñáron. Aseguro á Vm., padre mio, que es inexplicable lo que padecí en este noviciado de la literatura; pero aquellas amarguras ya pasáron: ahora respiro, y el estudio me sirve de instruccion y de recreo.

La madre. ¡Ola! Conque encuentras ya gusto en el estudio. Me alegro. ¡Gracias á Dios que salimos de las

aflicciones y llantos de años pasados! Tu primer Dómine te apesadumbraba mucho: seria quizá muy duro, y demasiado castigador.

Cárlos. No por cierto, madre mia. Aquel buen Sr. no tenia en mi concepto mas falta, que la de seguir ciegamente las huellas de la mayor parte de sus compañeros en el modo de enseñar. Es muy árido el estudio, y mortifica de un modo insufrible quando no entiende uno lo que estudia, y quando ignora qual es el objeto, y qual será el fruto de sus tareas.

El padre. Tienes razon, y seria de desear que los preceptores mejorasen de sistema en la enseñanza de la tal gramática: con paz sea dicho de los Sres. Nebrixistas. Dios les perdone los malos ratos que nos han dado, y vamos á otra cosa. Dime, Cárlos, (y usa conmigo de toda franqueza) ¿haces ánimo de seguir la carrera de las letras?

Cárlos. Si Sr., con mucho gusto.

El pad. Lo creo, porque tú conocerás que es útil el saber en qualquier

destino. A un militar (por exemplo) le será muy provechosa la literatura. ¿Serias cadete de buena gana?

Cárlos. No señor; pero lo seré si Vm. me lo manda.

El padre. Por ahora no trato de mandarte: intento solamente consultar tu voluntad, y quiero que sigas manifestándomela sin rebozo. Yo no soy de los padres que violentan, ó sacrifican indiscretamente á sus hijos.

Cárlos. Pues señor, yo deseo seguir la carrera de las letras, y jamas me he inclinado á la de las armas.

La mad. ¿Conque querrás ser Eclesiástico?

Cárlos. No me he decididó aun acerca del estado que debo tomar. Me parece muy árdua esta materia, y que debe meditarse con mucha seriedad. Estudiaré, si Vms. gustan, Leyes y Cánones, puesto que estas facultades son igualmente útiles en las carreras eclesiástica y civil, y tomaré de la sagrada Teología las nociones suficientes para instruirme á fondo en nuestra santa Religion, y poder desenre-

dar los sofismas de sus enemigos; y quando mi razon esté mas formada, quando el trato de gentes, la reflexîon, la lectura, y sobre todo, los auxîlios divinos obren en mi corazon eficazmente con respecto á este punto delicado, entonces, padres mios, manifestaré á Vms. mi vocacion sin la menor reserva. En este momento solo puedo asegurar, que no deseo ser estudiante para ser un ocioso, y gastar sin fruto aquella parte de caudal que Vms. destinen á mis alimentos y á los demas gastos de mi carrera. Yo ofrezco á Vms. tener buena conducta, una constante aplicacion, y una gratitud eterna.

El padre. Asi lo esperamos de tí, querido Cárlos. Dime, hijo mio, ¿irás de buena gana á estudiar á Salamanca?

Cárlos. Si señor.

El padre. Pues sabe, que creyendo posible este caso, he dispuesto el modo de que estés en casa de nuestro paisano D. Anselmo: ya le conociste quando estuvo en la nuestra el año

pasado. ¡Qué bellísimo hombre! ¿Es verdad? Estarás bien en su casa, no lo dudes.

Cárlos. ¡Y cómo que lo estaré! Al lado de un varon sabio, virtuoso y lleno de experiencia, no puede menos de estar contento, y de adelantar mucho un jóven que desea su instruccion y su felicidad.

El padre. ¿Con que te resuelves á estar en su compañia?

Cárlos. Si señor, con el mayor contento.

El padre. Pues hijo mio, en pasando estas vacaciones harás tu marcha: mientras tanto se irá arreglando tu equipage, se comprarán los libros que necesites, y acabarémos de quedar corrientes con D. Anselmo. No es justo que abusémos de su amistad y buen corazon: está algo atrasado, y es menester que le tratémos con generosidad sin causarle rubor. ¿Sabes que tu condiscípulo Anton, va tambien á Salamanca?

Cárlos. Si señor, pero no sé á qué. El confiesa que aborrece el estudio,

y en efecto es asi. Está atrasado en la gramática, y mas aun en la filosofía: de suerte, que si no muda de conducta, gastará el tiempo y el dinero inútilmente.

El padre. No lo dudo, porque pasa en el pueblo por un ignorante, distraido y disipador.

Cárlos. Verémos que tal se porta en la Universidad. Si él hiciera caso de mí... Pero me desprecia, y no gusta de acompañarse conmigo.

El padre. No obstante, hazle el bien que puedas. ¿Quién sabe? En saliendo de este pueblo quizá será otro hombre. A lo menos, lejos de su abuela tendrá menos mimo y poco dinero. Tengo entendido que Anton amenaza con la bendita abuela al preceptor, á los estudiantes, y aun á sus padres mismos; y que no hay cosa en que no intervenga esta señora, como tenga la menor relacion con su nieto, ni gusto ó capricho que éste no logre de su cariño desmedido y perjudicial. En fin, verémos las resultas, y basta ya de conferencia.

No fue esta la última vez que los prudentes padres de Cárlos consultáron la voluntad de este jóven en órden á su ausencia y á sus designios, y siempre le halláron constante en sus resoluciones juiciosas.

Dispúsose pues su marcha, y quando se hallaba próxîmo á emprenderla, le habló su padre en estos términos.

„Cárlos mio, llegó el caso de que „te separes por primera vez de tus pa„dres y de tu hermano, y el de que „te repita entre otras cosas, lo que „tantas veces me has oido. En esta „ausencia has de acreditar que tienes „honor y virtud, y que no ha sido in„fructuoso nuestro esmero en educarte „bien, y que eres agradecido á este „beneficio inestimable, y los demas „que nos debes.

„Vas á verte rodeado de jóvenes de „todas clases y circunstancias, y no po„drás exîmirte de tratar con algunos „de ellos, porque no debes vivir tan „aislado que carezcas absolutamente „de sociedad. Pero tú eres ya capaz „de discernir con una regular pru-

„dencia, y de conocer por consiguien-„te quien puede turbar la paz de tu „corazon, y quien fortalecerte en tus „buenos principios, y ayudarte á re-„chazar los ataques vigorosos de la „corrupcion y de la impiedad.

„Estás impuesto en los fundamen-„tos de nuestra religion adorable; y „sus preceptos y máxîmas divinas te „señalan el camino por donde debes „dirigirte á la perfeccion y á la ver-„dadera felicidad. La antorcha clarí-„sima de la fe te iluminará en las du-„das que se susciten en tu entendi-„miento, y te hará ver, para que los „huyas, los precipicios en que intenta-„tará acaso hacerte despeñar la depra-„vacion de costumbres, y la irreligion „que la fomenta en estos tiempos „aciágos.

„Mas ¿bastarán por sí solos estos „conocimientos á preservarte del con-„tagio funesto que tanto cunde, por „desgracia, en el espíritu humano? ¿Po-„drás acaso con la mera teoría de la „religion y de la moral proceder con „rectitud, y conservar la inocencia y

„el decoro que manifiestas en tus cos-
„tumbres, hasta ahora irreprehensibles?
„No por cierto, hijo mio. Es necesario
„que sigas exercitándote en actos de
„santidad y de virtud, y que jamas
„se entibie en tí el fervor con que
„los has practicado hasta ahora.

„Las pasiones y los vicios, estima-
„do Cárlos, dominan dificilmente á
„los que se emplean con frecuencia en
„el cumplimiento de sus deberes reli-
„giosos y civiles; mas suelen exercer
„su tirania con los que no los cumplen
„aunque esten instruidos en ellos.

„Piensa de contínuo en Dios, hijo
„mio: medita sobre sus atributos ine-
„fables, teme desagradarle, ámale con
„todo tu corazon, y observa su santa
„ley con la mayor puntualidad. Ad-
„mira y reverencia la obra de nuestra
„eterna salud en la pasion sacrosanta
„de Jesucristo nuestro Redentor; y
„adora el augusto simulacro de la Cruz
„con el mayor acatamiento.

„Conserva la devocion que tienes
„á Maria Santísima, y ruega con fer-
„vor á esta divina Madre de las pie-

„dades y del consuelo, que no te des-„ampare en tus necesidades y atribu-„laciones, y que sea tu protectora y „abogada para con su Hijo Sacratísimo „nuestro Salvador. Dá todo el culto „y veneracion debida á las imágenes „sagradas de Dios, de la Virgen Pu-„rísima y de los Santos, y pide á és-„tos que sean tus intercesores para con „el Todopoderoso: procura imitar sus „virtudes, y seguir la senda que los „conduxo á la bienaventuranza.

„Frecuenta los santos Sacramentos „de la Penitencia y de la Eucaristía, „y recibe ésta con la pureza de alma „necesaria para que produzcan sus „efectos saludables.

„Asiste diariamente al divino sacri-„ficio de la Misa, y empléate de con-„tínuo en la oracion santa y consola-„toria. Dá la limosna que puedas al „necesitado, y doma el ímpetu de tus „pasiones y los estímulos de tu carne „con el ayuno, y con otras mortifi-„caciones eficaces y prudentes.

„Si el trato de los amigos honra-„dos y virtuosos puede serte útil, y el

„de los viciosos y corrompidos suma-
„mente perjudicial; asi tambien la lec-
„tura de buenos libros te será prove-
„chosa, y la de los malos muy funesta.
„Procura pues leer obras notoriamen-
„te piadosas y edificantes, y no fixes
„la vista en las que puedan envene-
„nar tu corazon con la ponzoña que
„envuelven, la qual suele causar sus
„mortales efectos aun antes de ser
„conocida por el mismo que la aprue-
„ba. No te dexes cegar del resplandor
„seductivo de la singularidad, ni ce-
„das á las vanas sugestiones de los
„escritos que te ofrezcan una erudicion
„recóndita, ó una ciencia muy subli-
„me; seguro de que nada bueno ha-
„llarás en ellos, que no encuentres sin
„mezcla de error alguno, mas bien
„tratado y mejor explicado en otros
„de conocida probidad. Acuérdate de
„que la sana moral es inseparable de
„la verdadera religion: de que Jesu-
„cristo es la única guia que puede
„conducirnos con seguridad en las sen-
„das peligrosas de la vida, y de que
„fuera dé él todo es error, tinie-

„blas, y perpétua confusion.

„Ama, respeta y obedece á nuestro „Soberano y al Gobierno que nos di„rige, y jamas quebrantes las leyes „patrias. Contento y tranquilo en „nuestra constitucion política, mira „las revoluciones externas como otros „tantos efectos de la desgracia, ó como „unos medios de que se sirve la divina „Providencia para castigar nuestras „culpas, ó para cumplir sus designios „impenetrables.

„Venera al cléro, hijo querido, y „trata con el respeto y decoro que se „merecen á los venerables Ministros „de Jesucristo nuestro Dios y Señor. „Débante los ancianos consideracion „y aprecio, y hallen en tí los jóvenes „candor, cortesia, agrado, y sobre „todo buen exemplo.

„Aplícate mucho al estudio, y no „te confundas con los ociosos é indo„lentes. Conciliate el cariño de tus „Catedráticos y demas superiores por „medio de una buena conducta: oye „sus documentos y correcciones con „paciencia y atencion: aprovéchate de

„sus avisos, y sufre con resignacion „los disgustos y trabajos que te ocasionen las delicadas circunstancias de „tu carrera.

„Si tu conducta corresponde á tu „nacimiento y educacion, y á nuestros „deseos paternales, lograrás de nos„otros quanto apetezcas, harás nues„tros dias felices, y Dios derramará „sobre tí las bendiciones que tiene „prometidas á los hijos obedientes y „virtuosos.

„Abrázame, Cárlos amado, y no „olvides á un padre amoroso y dili„gente, que, ademas de haberte dado „el ser despues de Dios, ha procura„do desempeñar las obligaciones que „les impone este Señor y la natura„leza, dirigiéndote por el camino de „la perfeccion, y amándote con la „mayor ternura."

Se estrechó Cárlos á su buen padre, y hubiera interrumpido muchas veces su discurso con esta y otras demostraciones afectuosas, si el mucho respeto que le tenia no se lo hubiera impedido. Sin embargo, su lenguage

de accion manifestó durante aquella escena interesante quanto pasaba en su corazon puro y sensible. Vertia tiernas y amorosas lágrimas: levantaba al cielo sus ojos hermosísimos, y exhalaba suspiros ardientes y afectuosos: fixaba la vista en el rostro de su padre, y despues de haber expresado mudamente su admiracion y gratitud, la inclinaba al suelo con humildad; y cruzando las manos, seguia oyendo inmóvil la voz de la verdad y del santo zelo.

Cárlos era hermoso, pero nunca brilló tanto en él este don de la naturaleza como en aquel momento. La modestia, el cariño, la veneracion y la pureza en fin de su alma inocente, hacian asomar á sus mexillas el color mas bello, mover sus ojos humedecidos de mil modos dulcísimos y significantes, y tomar las actitudes mas agradables y expresivas.

Pidió Cárlos á su padre licencia para hablar, y quedó sorprehendido gustosamente al escuchar la voz de su madre, que le decia: „Dí quanto

„quieras, hijo mio, que todos te es-„charémos con mucho placer." Oyó nuestro jóven descorrer las cortinas de una alcoba inmediata al parage donde estaba sentado, y vió salir á su madre y hermano, los quales habian oido y observado quanto pasó en la sala, porque asi se dispuso á prevencion, Cárlos besó la mano muchas veces á su madre, y recibió de ella las mayores caricias: abrazó á su hermano, y habló del modo siguiente.

„Padres mios, voy á separarme „del dulce lado de Vms., confiado en „que ha de querer Dios que esta au-„sencia nos proporcione á todos mu-„cho bien. Llevo, y permanecerán „grabados en lo mas íntimo de mi „corazon los consejos sanísimos que „acaba de darme mi buen padre, por „cuyos labios parece que me ha ha-„blado el Dios de la clemencia y de „la sabiduria; de cuya infinita mise-„ricordia confio que no me negará sus „divinos auxîlios, para que con ellos „pueda yo conducirme con rectitud, „aprovechar en mi carrera, y verme

„algun dia en el caso felicísimo de „poder contribuir al consuelo y alivio „de mis semejantes, al bien estar de „mi virtuosa familia, y á la gloria „y servicio de mi Soberano y de mi „patria. Estos son, venerados padres „mios, los designios que me hiciéron emprender, y me animan á seguir contento este destino.

„Yo ofrezco nuevamente á Vms. „ser aplicado, obediente, agradecido „y constante en los principios religiosos y morales que Vms. me han inspirado desde mi edad mas tierna con „un zelo y una vehemencia sin igual. „Todo quanto pueda adquirir en el „discurso de mi vida lo ofreceré á los „pies de Vms.: nada sèrá mio, y no „habrá sacrificio que no haga en honor de unos padres tan dignos de „mi amor y reconocimiento.

„Me emplearé constantemente en „obsequiar, ensalzar y reverenciar á „Vms.: y si Dios me ofreciese el acerbo dolor de verles fallecer, yo mismo cerraré sus yertos ojos; y después de estampar en sus frentes ve-

„nerables y en sus helados pies mil „ósculos tiernos, me postraré á menudo sobre el sepulcro donde se depositen sus respetables cenizas, y „entre lágrimas y sollozos pediré al „Señor por la eterna salud de sus almas virtuosas, y daré al mundo un „testimonio irrefragable del reverente „amor que consagro á los autores de „mi exîstencia, desde ahora hasta que „cese la mia."

Postróse Cárlos á los pies de sus padres, estampó en ellos sus labios y les pidió su bendicion: recibióla inmediatamente acompañada de las mas vivas demostraciones de afecto y sensibilidad, y concluyó el padre aquel tierno acto diciendo:

„Llueva sobre tí, amado hijo mio, „el rocio saludable que esparce el Se„ñor sobre sus escogidos, y merezca„mos todos su proteccion y asistencia „divina."

Marchó en fin á su destino el amable Cárlos, y se hospedó en casa de D. Anselmo, de quien fue recibido con alegria, y tratado con el mayor

agasajo. Este caballero lo presentó al Rector y á los Catedráticos de la Universidad, y á otras personas de circunstancias, para quienes llevaba recomendacion. Agradaron á todos las buenas modales de Cárlos, se le ofrecieron con afecto y sinceridad, y celebraron que tuviese por patron á un sugeto conocido y apreciado en la ciudad por sus bellas circunstancias.

Anton llegó tambien á Salamanca, y se alojó en una casa de posadas con otros estudiantes, á cuya amistad se entregó incautamente, y los quales le hicieron gastar en poco tiempo el dinero que tenia en el juego, en merendonas, y en otros vicios indecentes y escandalosos.

Cárlos observó con cuidado las circunstancias é inclinaciones de sus condiscípulos, segun los fue tratando, y eligió por amigos á los mas virtuosos; porque sabia muy bien quanto perjudican las malas compañias, especialmente á los jóvenes que se hallan fuera del seno de sus familias.

Abrióse el curso de leyes, y con-

currieron á una misma cátedra Cárlos y Anton. El primero fue muy asistente y aplicado, y el segundo hizo muchas faltas y estudió poquísimo: asi pues, Cárlos recibió al acabarse el curso la certificacion debida á su puntualidad, esmero y aprovechamiento, y Anton no la obtuvo por mas promesas y plegarias que hizo.

Los padres de Cárlos se hallaban bien informados de los adelantamientos y buena conducta de su hijo por las cartas de éste, y por las de D. Anselmo, á quien avisaron permitiese á Cárlos pasar á su pueblo, y que le acompañase, porque tendrian mucho gusto en que disfrutasen juntos de su casa hasta que se abriese el siguiente curso. D. Anselmo participó á Cárlos el deseo de sus padres; y quando esperaba que se ofreceria á cumplirlo con la mayor alegria, le manifestó una carta que decia asi:

Padre y señor, á quien mas amo y venero: Vm. deseará que nos veamos durante esta temporada de descanso, y yo tendré en ello la mayor complacencia.

Pero como no debo ocultar á Vm. la menor cosa que pueda contribuir á su satisfaccion y á mi honor, le noticio que uno de los Catedráticos de esta Universidad, cuyo talento, literatura y circunstancias laudables son harto pùblicas, tiene en su casa, durante estas vacaciones, una Académia literaria, en la qual dicen (yo creo que con sobrada razon) que aprenden los concurrentes cosas muy útiles, y de las quales no se trata en las áulas.

Me aseguran que los jóvenes que han asistido á estas conferencias son los que hacen mas honor á la Universidad: que este Catedrático es muy amable: que sus discípulos le tratan con amor y franqueza: y que ha sabido hacer de los que parecian mas rudos y distraidos unos mozos útiles y brillantes.

¿Me concederá Vm., padre mio, el gusto de que asista á recibir la doctrina de este varon sábio y benéfico? Yo sacrificaré resignado el placer de ver á Vms. en obsequio de mi buena fama, y del bien que puede proporcionarnos á todos mi mas pronta y cabal instruccion.

Conozco que Vm., mi amada madre

y mi estimado Jorge extrañarán que no lo abandone todo, y corra á sus brazos sin detenerme; pero yo quisiera lograr este momento, quando pudiera dar á Vms. una prueba de mi honradez, presentándome á su vista menos ignorante de lo que soy.

Sírvase Vm., pues, decirme quanto guste sobre este particular, asegurado de que no intento desagradar á Vm., ni á mi madre y hermano, á quienes dará Vm. las expresiones mas finas de mi afecto.

Nuestro Señor, etc.

La lectura de esta carta causó á D. Anselmo la mayor alegria y admiracion; porque Cárlos le habia ocultado hasta entonces unos designios tan loables y poco comunes en los hijos de Minerva quando se trata de vacaciones. Le permitió que la enviase á sus padres, á cuyas manos llegó con otra de D. Anselmo, en la qual les aseguraba de la sinceridad de nuestro jóven, y del ningun recelo que debian tener relativamente á su conducta arreglada, y á sus deseos dignos de ser cumplidos y fomentados.

Los padres sintieron mucho dexar de ver por entonces á un hijo tan digno de su amor; pero convinieron en que se mantuviese en Salamanca, y asistiese á las útiles conferencias de que les hablaba. Escribieron al Catedrático que las dirigia (el qual se llamaba D. Justo) recomendándole á Cárlos; y contestaron á éste y á D. Anselmo, manifestándoles el placer que les habia causado el pensamiento de tu hijo, y gusto con que hacian el sacrificio de no verle tan pronto como esperaban, en obsequio del bien y de la reputacion de la familia.

Cárlos fue presentado á D. Justo por su patron D. Anselmo: el Catedrático le recibió con el mayor agrado, le admitió por uno de los individuos de su Académia, y le señaló el dia y hora en que debia hacerse su apertura.

Habia Cárlos reconvenido muchas veces á su paisano Anton sobre su desaplicacion y malas costumbres; y aunque no advertia en él la menor enmienda, porque fue empeorando de

compañias, las quales aumentaban su relaxacion, y á causa de que el sugeto á quien sus padres encargaron su tutela era tambien un abandonado; con todo, como Cárlos era constante y benéfico, no desesperó acerca de la correccion de aquel jóven: le halló una tarde en las orillas del Tórmes, le rogó que se sentase con él á descansar, y habiéndolo conseguido se hablaron asi:

Anton. ¿Quándo marchas á casa, Carlitos? Yo hago ánimo de partirme pasado mañana.

Cárlos. Pues yo, amigo Anton, estoy resuelto á pasar estas vacaciones en Salamanca.

Anton. ¡En Salamanca! Pues querido, que te haga muy buen provecho. Pero ¿no podrémos saber por qué?

Cárlos. Porque deseo aprender, y amo á mis padres.

Anton. ¿Amas á tus padres, y no vas á verlos? ¡Gentil modo de amar es el tuyo! Hombre, confiesa alguna vez que eres un mentecato, pusilánime y caviloso. A tí apenas te se

ve en el paseo, no concurres al teatro ni al circo: no baylas, ni juegas, ni... ¿Estamos? Ese cazurro de Don Anselmo te ha de hacer un tonto de capirote, y un fanático melancólico y sombrío. Daca la cátedra, toma los libros, dale con la misa, el sermon y el rosario, vuelve con las quarenta horas, y torna con la oracion mental. ¡Qué fastidio! ¿Se hace mas con un novicio capuchino? Pero esto se llama predicar en desierto, y gastar la pólvora en salvas.

Cárlos. Yo creia, amigo Anton, que tú eras un mozo de poco talento, distraido, perezoso...

Anton. ¡Ola! Con que has conocido que no hay tales carneros, y que soy...

Cárlos. Un mal cristiano, que es lo peor que puedes ser. Sí en efecto: tú repruebas en mí las costumbres mas dignas de aprecio, y extrañas ademas que no las posponga á las diversiones peligrosas ó ilícitas. Estó manifiesta claramente que no exercitas las primeras, y que te has abandonado torpemente á las segundas. Déxame

en paz con mis sermones, con mis libros y con mis rezos, y huye tú de quien te pervierte y distrae del cumplimiento de tus obligaciones religiosas y civiles. Advierte...

Anton. Basta de sermon, amigo mio: esto ha sido una chanza, y nada mas.

Cárlos. Pero son muy pesadas esas chanzas, y pueden darte mucho que sentir. Enmiéndate, y doblémos esta hoja.

Anton. Por doblada, y vamos á otro punto. ¿Por qué no quieres ir á tu casa estas vacaciones?

Cárlos. Porque deseo asistir á las conferencias de D. Justo (ya tendrás tú noticia de ellas) y mis padres me han concedido este gusto de muy buena gana. No harias tú muy mal en concurrir á ellas, y en adelantar al mismo tiempo algun terreno del que has perdido en este curso. A propósito! ¿Te dió la certificacion el Catedrático?

Anton. No por cierto; pero para todo hay remedio entre la gente es-

tudiantina. Tú sabes que el Catedrático tiene su fámulo corriente: que este fámulo es un chiscaravis capaz de imitar la letra y la firma del Gran Mogol: que es aficionado á dinero, y que yo tengo abuela. Con que ya ves.

Cárlos. Ya veo que se trata de una falsificacion peligrosa é inicua. ¿Pero crees tú que habrá siempre fámulos falsarios, Catedráticos descuidados, y padres que no descubran y castiguen estas dolosas maniobras?

Anton. Desengáñate, Cárlos: como haya abuelas millonarias habrá certificaciones, actos lucidos, grados, borlas de á libras, empleos brillantes, y quanto puedas imaginar.

Cárlos. Ya vuelvo á oir en tí la voz de la corrupcion y de la avilantez. Has ofendido en un momento al cuerpo respetable de la Universidad, y á la justicia y rectitud de nuestro Gobierno. Créeme, Anton, el hombre de bien debe tratar con mucho decoro y circunspeccion estas materias: ademas, no es tan cierto como supo-

nes el que lo allana todo el dinero. No extrañaré yo que alguna vez pueda el interes, ó el influxo que éste proporciona, mas que el mérito y la virtud. El mundo no está poblado de ángeles, sino de hombres llenos de pasiones y necesidades; pero las excepciones ó casos particulares no deben hacer una regla general. Y sobre todo, el hombre de buena conciencia jamas debe pretender, ni admitir empleo que no pueda desempeñar bien, ni obtenerlos por medios ilegales y viciosos. Cuéntale esto á tu abuela, apréndelo tú bien, y vámonos, que ya va siendo hora.

Volviéronse á la ciudad los dos estudiantes: Cárlos se retiró á su posada, y Anton fue á recorrer las de sus compañeros, los quales destruyéron en poco rato la buena obra que empezó Cárlos á edificar. En fin, Anton marchó á su pueblo: Cárlos concurrió puntualmente á la Académia de D. Justo el dia en que dió principio, y tuvo la satisfaccion de encontrar en ella á sus condiscípulos

mas queridos, Pedro, Angel y Vicente.

El Catedrático recibió con agrado á sus alumnos, y los hizo sentar, evitando los cumplimientos prolixos que empezaron á usarse sobre preferencia de asientos, tomando el suyo entre los concurrentes sin la menor distincion.

Hizo un breve discurso, en el qual habló con claridad y acierto de la importancia y objeto de los estudios, de la conducta y circunstancias propias de un buen estudiante, de los peligros á que se exponen los viciosos y desaplicados, y de los beneficios ó de los males que experimentan las familias, la Religion y el Estado por los buenos ó los malos procederes de los jóvenes dedicados á la carrera de las letras.

Concluida esta disertacion, y despues de haber encargado D. Justo á sus discípulos que usasen con él de candor y sinceridad, se hablaron uno y otros de este modo:

D. Justo. Supuesto que ha de rey-

nar entre nosotros la verdad y buena fé, sírvanse Vms. decirme quales son los empleos ó destinos á que aspiran en la sociedad.

Pédro. Yo, Sr. D. Justo, me inclino á la judicatura, y este deseo no desagrada á mis padres.

Angel. Pues yo me he propuesto ser Médico. Esta decente carrera es de pobres, y mi casa no es rica.

Vicente. Yo desearia emplearme en la enseñanza pública.

D. Justo. Aun no tenemos ninguno que quiera ser eclesiástico.

Cárlos. Yo lo seré de buena gana si me hallo algun dia con la virtud necesaria para abrazar un ministerio tan sagrado. ¡Oxalá pudiera ser un buen Párroco, para hacer mucho bien á mis feligreses!

Otro estudiante. Yo pienso...

D. Justo. No se moleste Vm., querido mio. Estos señores han dado ya bastante materia para esta conferencia; despues dirán Vms. quanto gusten, á no ser que lo contemplen excusado; porque si Vms. desean seguir respec-

tivamente las mismas carreras que estos quatro caballeros, lo que tratémos acerca de ellas podrá servir de instruccion para todos. Tengan Vms. la paciencia de oirme algunos avisos y reflexîones relativas á las obligaciones y circunstancias correspondientes á un buen Cura, á un buen Juez, á un buen Educador y á un buen Médico, para que empiezen á ir formando una idea justa de la delicadeza é importancia de estos ministerios, y no pierdan tiempo en adornarse de las virtudes é ilustracion necesaria para desempeñarlos dignamente. Dixe algunos avisos y reflexîones, porque es mucho lo que pudiera hablarse sobre cada uno de estos puntos, y nó hago ánimo de tocar por ahora sì no lo mas substancial de ellos. Hay mucho escrito en órden á estas materias, y yo no dexaré de irlo explicando, ni Vms. de leerlo, de meditarlo y de ponerlo en práctica quando corresponda, puesto que son aplicados y virtuosos.

De los Párrocos.

Apenas hay en la sociedad destino tan proporcionado como el de los Curas Párrocos para servir y agradar á Dios, y para hacer la completa felicidad de los hombres. Estos Ministros del Evangelio, estos Pastores del segundo órden en la Iglesia Católica, estos directores respetables de las conciencias de sus feligreses, pueden hacer que brille en ellos sin el menor eclipse el astro luminoso de la religion: pueden formar y mantener las buenas costumbres, y perpetuar la paz y el amor, que tanto recomienda nuestro Salvador adorable en su celestial doctrina.

Un Párroco debe tambien emplear sus luces y conatos en proporcionar á sus feligreses todo el bien posible con relacion á la vida civil: porque si su mision espiritual le constituye Cura de las almas, las calidades de vasallo y de Español le obligan sin excusa á fomentar, cuidar y proteger

con esmero y constancia todos los ramos y establecimientos útiles, que conducen al alivio y comodidad de los súbditos, al servicio del Rey, y á la gloria y prosperidad de la nacion.

Para que los Curas puedan desempeñar con acierto estos deberes importantes, es necesario que unan á la literatura puramente eclesiástica una instruccion nada comun en la agricultura, en la física, en la industria popular, y en todas las materias que tengan relacion con el gobierno y felicidad de los pueblos.

Deben tambien poseer el arte precioso de atraer y persuadir, y emplearlo oportunamente contra la preocupacion y la ignoracia, enemigas de los proyectos ventajosos. Deben ser corteses, y aun familiares, para ganarse las voluntades agenas, y disponer de ellas con facilidad quando convenga hacer el bien. Deben en fin estar unidos con las Justicias de los pueblos, y sacrificar en obsequio de la felicidad comun toda competencia ó etiqueta que pueda impedirla ó al-

tenerla. De este modo evitarán los pleytos ruinosos, las enemistades, los vicios, el escándalo, el ócio y la mendicidad voluntaria: harán florecer la agricultura, la industria y las artes: aumentarán la riqueza nacional: cuidarán y perfeccionarán la educacion; y recibirán en premio de sus desvelos paternales los homenages mas puros de unos pueblos religiosos, prósperos y tranquilos, el amor y la gratitud del Soberano, el aprecio de la nacion y las bendiciones del Todopoderoso.

Como habitamos, por la misericordia del Señor, un pais en el quàl se conserva pura la Religion cristiana, y observan en él sus Ministros todo el decoro de su estado, y la disciplina y conducta exemplar que los hace dignos de nuestra veneracion y aprecio, me parece excusado hablar ahora de los funestos males que podrian acarrear á los pueblos, aun los menores deslices de sus Párrocos. La mas ligera tacha, el mas pequeño asomo de vicio es notado inmediatamente en las personas de alto carácter; y

es incalculable el daño que causa su mal exemplo á aquellos que miran en un superior suyo el modelo que deben imitar en su conducta.

Mas ¿para que me canso? El zelo, la virtud y la santidad de los Párrocos Españoles debe sellar los lábios á la maledicencia; y estos varones exemplares oirán exclamar: ,,Aquellos ,,son nuestros padres, nuestros maes- ,,tros, nuestros consoladores. Ved aqui ,,unos pastores cariñosos, á cuya vi- ,,gilancia debemos la pureza y con- ,,servacion de nuestra grey: unos cul- ,,tivadores sábios, que de un suelo ári- ,,do y escabroso, por nuestra igno- ,,rancia, han hecho un fértil y ameno ,,jardin, cuyos frutos ópimos y abun- ,,dantes cogemos con alegria, en vez ,,de los escasos y desabridos que apénas ,,nos alimentaban en otro tiempo." Tales son las aclamaciones con que se ven ensalzados los Párrocos sábios, piadosos y bienhechores.

Los Jueces ó Magistrados.

Encarga el Rey á los Magistrados

el gobierno y policía de los pueblos: confianza la mas sagrada é importante de quantas puede delegar á los súbditos de la soberanía. La quietud, la seguridad individual, la educacion, las costumbres, las propiedades, el honor, la justa libertad, y hasta la misma vida de los hombres, todo se encarga á sus Jueces respectivos; y los conocimientos de éstos, su estudio, y meditacion continua, su actividad y zelo por la causa pública, sus providencias justas, su firmeza en hacerlas cumplir, su desinteres, imparcialidad, virtud y buen exemplo, deben corresponder al honor y dignidad con que se les condecora, y á los sagrados objetos y tremendas funciones de su destino importante.

No consiste el gran mérito de un Juez en castigar y afligir: estriba en evitar por todos los medios imaginables los crímenes de sus subordinados, y carecerá (si lo consigue) de la necesidad dolorosa de hacerlos expiar. Esta será la mas dulce satisfaccion de un Juez amante de la humanidad, y

esta es por desgracia la que no disfrutan completa, ni aun los mas diligentes y compasivos. ¡Tal es nuestra miseria y corrupcion!

Mas si la vigilancia, el tino y la sagacidad de un Magistrado clemente no puede conseguir en todas ocasiones que desaparezca el vicio de entre sus súbditos sin acudir á las medidas rigurosas, es innegable que puede evitar en mucha parte sus progresos, y exterminarlo alguna vez en su orígen.

Unido estrechamente con los Párrocos, y con las personas encargadas de la educacion pública, aun haria mas accesible esta empresa. ¡Quién sabe quan felices podrian ser los pueblos, si las personas encargadas del gobierno civil, de la direccion espiritual y de la enseñanza de la niñez y de la juventud, se aliasen por amor á Dios, al Rey y al próximo, y combatiesen con esfuerzo y constancia la iniquidad! Acaso lograrian la destruccion absoluta de este monstruo venenoso y sanguinario: quizá verian á los hombres descansar alegres sobre el regazo sagrado

de la religion, rendir sus corazones á la virtud, aplicarse al trabajo, aborrecer el ócio, amarse y socorrerse mútuamente, y entonar baxo los benéficos auspicios de la santa piedad, defendidos por el escudo de la Justicia, himnos reverentes al Padre Celestial, y recibir sus bendiciones consolatorias.

Los suplicios, las tenebrosas cárceles, los destierros penosos; todo estaria sin exercicio. Y los padres, los tiernos hijuelos, los esposos queridos disfrutarian en los pátrios hogares todas las delicias que ofrece la virtud, y protege la equidad y la beneficencia.

¡Qué idea tan lisonjara, queridos mios! Disimulad que un acaloramiento de mi zelo me haya hecho creer una felicidad, que acaso no existe. Los Jueces:::- ¡Ay! Los Ministros del santuario de las sagradas leyes siempre tendrán que hacer sentir sus efectos terribles. Siempre habrá delitos entre los hijos de Adan, y siempre será necesaria la aplicacion de las penas. Pero ¡quánta debe ser la sabi-

duria y la prudencia de un Juez al tiempo de calificar los unos y de imponer las otras! ¡Y quánta su firmeza y rectitud para resistir á las promezas, al ruego, y aun á las amenazas de los que aspiran á la impunidad de los crímenes!

Ni debe ser menor la justificacion de un Magistrado en el curso y sentencia de los litigios meramente civiles, y en especial quando se trata de intereses ó pertenencias. El oro, el influxo, el valimiento, los vínculos de la amistad y de la sangre, y hasta los deleytes sensuales suelen asaltar el corazon de un Juez en estos casos. ¡De quánto esfuerzo pues necesita para resistir á unos enemigos tan poderosos, á unos estímulos tan seductores! Y ¡de quánto exâmen y precaucion para asegurarse del recto modo de obrar de los ministros subalternos que le rodean, y de quien no puede menos de valerse por la extencion y giro de los expedientes! Pero el digno Magistrado, el religioso, el amante vasallo de su Rey, el buen

hijo de su patria debe prevenirlo todo y resistir con un espíritu heróyco á las instigaciones malignas; debe apartar de su lado á los dependientes infieles ó corrompidos, mantener su honor íntegro, su conciencia tranquila, y en una perpétua fidelidad la respetable balanza de Astréa. Su corazon y su espíritu vivirán en una calma dulce, y sus lábios no cesarán de repetir:

„Dios de la justicia y de la equi-„dad, amado Soberano, que proteges „y recomiendas estas virtudes santas, „patria mia, yo he procurado servi-„ros con exâctitud y buen zelo: he „obrado segun deseais, dando y con-„servando á cada hermano mio lo que „es suyo, dirigiendo á todos por el „camino de la eterna salud, y pro-„porcionándoles los auxîlios que he „creido conducentes á su felicidad tem-„poral. . . . .

„Por mi causa no se han oido los „dolorosos lamentos de la inocencia „oprimida, ni los gritos insultadores de „la maldad triunfante. Tal es el ofi-

„cio de la Justicia, cuya administra-„cion os dignasteis confiarme."

Ved, señores, quanto fondo de virtud necesita un Juez para desempeñar dignamente su ministerio: considerad quanto aprecio merece el que lo hace asi; pero contemplad al mismo tiempo quan exêcrable, quan digno de aborrecimiento y de castigo seria aquel, que abusando de la autoridad que se le confiase, y faltando á las obligaciones de católico, de vasallo y de conciudadano, afligiese, sacrificase y corrompiese los pueblos, en vez de cuidar, corregir y edificar á sus habitantes.

De los Catedráticos y Maestros.

Si los Curas y los Magistrados dirigen respectivamente á los hombres segun la doctrina de Jesucristo, y la mente de los Legisladores de la tierra, las personas encargadas de la enseñanza y educacion deben facilitarles este logro, haciendo entender á los discípulos sus obligaciones religiosas

y civiles, y acostumbrándolos á que las cumplan con gusto y puntualidad.

Para que esto se verifique segun conviene, es necesario que posean fundamentalmente las facultades peculiares de sus áulas, que sepan enseñarlas con método y claridad, y que se hallen adornados de unas circunstancias, que con dificultad se hallan reunidas en un solo hombre.

Una paciencia inalterable, un zelo ardiente sin achaques de indiscreto, un pundonor acendrado, una virtud y justificacion decididas, un corazon franco y generoso, una elocuencia alhagüeña y eficaz, unas modales perfectas, un amor grande al servicio de Dios, del Rey, y al buen nombre de la Nacion, unas costumbres irreprehensibles, una piedad sólida, y un exemplo edificador, son calidades necesarias en un Director de la niñez ó de la juventud; y aun no serán suficientes, si no tiene un conocimiento profundo del corazon humano, y si carece de aquel *tacto fino*, al qual se han debido en todos tiempos los ade-

lantamientos admirables en los diversos ramos de la enseñanza pública.

Este cúmulo prodigioso de circunstancias pareceria exâgerado, si no supiesemos quanta es la necesidad, la importancia y la delicadeza de la educacion, quantos bienes produce quando está dirigida por la sabiduria y la virtud, y quantos estragos puede causar si se confia á la ignorancia y al vicio.

Basta ya de Catedráticos. Vms. saben que soy uno de ellos, y comprehenderán que no debo ser molesto quando se trata de mi profesion, porque podria parecer sospechoso ó apasionado si hablase de ella con todo el aprecio y dignidad que se merece. Yo pondré en manos de Vms. obras excelentes que les instruyan en esta materia, y les pongan en estado de manejarla con el pulso y utilidad que conviene.

De los Médicos.

Los hombres padecen enfermedades mas ó menos graves, y á veces no

puede la naturaleza sacudirlas por sí sola. Es necesario, pues, que sea auxîliada por la medicina, y que haya profesores diestros en conocer las causas y calidad de los males, y en aplicarles el remedio conveniente. Estos deben ser prudentes, afables y caritativos con los enfermos, y muy vigilantes y cuerdos con los que les asisten.

De mucha virtud, meditacion y experiencia, de mucho estudio, tino y talento necesitan los Médicos para desempeñar con acierto su delicadisima profesion. Ellos deben conocer perfectamente la maravillosa organizacion ó estructura del cuerpo humano, las indicaciones que prueban hallarse acometido de algun mal, en qué parte reside éste, quáles son los remedios mas eficaces para curarlo, y en qué dósis deben darse, segun la urgencia, las circunstancias y la constitucion física del paciente.

Deben informarse con nimiedad de su conducta y costumbres, de los alimentos que usa, de los excesos que haya cometido, de si su vida es mas

ó menos activa ó sedentaria, y deben en fin conocer el temperamento de los diferentes climas en que residan, y sus influencias sobre la salud de sus habitantes.

Los buenos Médicos deben estar instruidos en la física general y particular, y con especialidad en la química, la botánica y la anatomía; y aun seria conveniente que tuvieran unas regulares nociones en las matemáticas. Ninguno de estos conocimientos es inútil á unos profesores, á quienes se confia el cuidado de la salud de sus semejantes, y en cuyos aciertos ó errores consiste la conservacion, la multiplicacion ó el exterminio de un gran número de individuos de la especie humana.

El luto ó la alegria de las familias, su subsistencia ó miseria, su felicidad ó su ruina, y aun la salvacion ó la pérdida de las almas depende en muchas ocasiones de la sabiduria ó de la ignorancia de los Médicos. ¡Quán dignos pues de aprecio y recompensa son los buenos! Y ¡de qué

cargos tan terribles son reos los malos! Yo no hallo premio que sea excesivo para los primeros, ni providencia que me parezca severa contra los segundos.

Concluyámos nuestra conferencia, y disimulen Vms. si he sido largo ó prolixo en mis explicaciones. Los puntos sobre que han recaido son muy interesantes, y es necesario que los tratémos bien desde el principio.

Vms. reflexîonarán acerca de ellos, y me irán proponiendo en las juntas inmediatas las objeciones ó dudas que les ocurran; yo procuraré satisfacer á ellas con verdad y sencillez, y les diré quales son los libros que deben leer, para que cada qual se instruya en su respectiva profesion ademas de los que manejen en las cátedras. Y dexándonos en lo posible de cuestiones impertinentes, nos contentarémos á casos prácticos, ó sucesos probables, fundarémos nuestros dictámenes sin parcialidad ni acaloramiento, y éste será el modo de que no hagamos infructuosa ni desagradable esta reunion.

Nuestros estudiantes formaron de su Director la idea mas ventajosa, le escucharon con la mayor atencion y gusto, y le dieron las mas expresivas gracias por su buena doctrina, por el interes que se tomaba en instruirlos y por el agrado con que los trataba. Despidiéronse atentamente, y se retiraron bien convencidos de que los Curatos, los Corregimientos ó Togas, la profesion de Medicina y el encargo de la enseñanza pública son destinos muy delicados y de mucha trascendencia para ser abrazados sin la reflexîon, suficiencia y virtud que se requiere.

Las conferencias de D. Justo continuaron con la mayor felicidad en aquellas, y en las siguientes vacaciones, y los concurrentes sacaron de ellas mucho fruto.

Cárlos, con especial complacencia de sus padres, perfeccionó su vocacion de ser Cura, y desde entonces se dedicó con particular esmero al estudio de las ciencias eclesiásticas. La Teología, la disciplina de la Iglesia,

la moral evangélica, la retórica sagrada, y el arte de dirigir las almas por la senda de la virtud hacian todas sus delicias. Mas como tenia muy grabadas en su corazon las máxîmas de D. Justo, y sabia por otra parte que la miseria opone de ordinario á la correccion de las costumbres en el comun del pueblo uno de los obstáculos mas difíciles de superar, destinó una parte de su tiempo á la adquisicion de los conocimientos que contempló podian facilitarle los medios de sacar á sus feligreses de la indigencia, y proporcionarles las comodidades de que fuese susceptible su condicion; y la física experimental, la historia de la naturaleza, la química, la botánica, la agricultura, la veterinaria y la industria le contaron en el número de sus discípulos mas aprovechados.

Visitaba á menudo los talleres de los artesanos, observaba, preguntaba y se instruia tan por menor, que parecia solicitaba hacer de cada oficio su profesion unica. Son imponderables

sus trabajos y fatigas literarias; pero le sostenia el ardiente deseo del bien de la humanidad; y el júbilo que inundaba su alma quando consideraba los servicios que podia hacer á Dios, al Rey y á sus semejantes, añadia estímulos á su aplicacion, daba nuevo vigor á su espíritu, y hacia tal uso de sus potencias, que percibia y analizaba con una rapidez increible las ideas mas difíciles y complicadas.

El mismo D. Justo veia con admiracion descollar á nuestro jóven en virtud y literatura sobre sus condiscípulos: y enamorado de su virtud y bellas prendas, atribuia su ilustracion á la gracia y proteccion divina, mas que á la constancia y buen zelo con que se esmeró en enseñarle y dirigirle.

Cárlos en fin recibió en Salamanca el grado de Doctor en sagrada Teología, y todas las órdenes sacras. Visitó á sus padres varias veces durante su carrera de estudios, llenándolos de alegria con su presencia, de admiracion con sus discursos, y de esperanzas con su sabiduria y buenos

propósitos. Volvia á la Universidad, y era recibido con mucho agrado de sus buenos amigos y del amable D. Justo, cuyo corazon recto y sensible rebosaba de gozo al ver sazonado en ellos el fruto precioso de sus tareas. Paseaba á menudo este Catedrático con dichos jóvenes; y dirigiéndolos á los sitios mas deliciosos que se hallan á la orilla del Tórmes, les suscitaba con discrecion y disimulo especies relativas á la grandeza y sabiduria infinita de Dios, y á la prodigiosa variedad y órden admirable de la naturaleza: resultando de estas insinuaciones las reflexîones y discursos mas útiles y piadosos.

Al mismo tiempo que se conocia y apreciaba en la ciudad la virtud y literatura de D. Justo, y la aplicacion y honradez de sus discípulos, se observaba y aborrecia la conducta escandalosa y el exemplo fatal de Anton y sus amigazos. La mentira, el fraude, las pesadas burlas, los insultos, las estafas, y aun las raterías eran muy comunes en ellos; y tales

las artes de que se valian para engañar á sus padres, que aunque los de Anton fueron avisados varias veces acerca de la conducta detestable de su hijo, jamas hicieron mucho caso; y los mayores excesos de aquel jóven merecieron solamente algunas reconvenciones ligeras, y causaron ciertos disgustos leves, siempre calmados por la interposicion de Señora abuela, de cuya boca se oian los mayores disparates y las mas firmes promesas acerca de la brillante colocacion del nieto predilecto.

Pero si hay padres descuidados y abuelas fátuas, que den lugar á la prostitucion de los jóvenes, hay tambien Jueces vigilantes y rectos que los persigan y corrijan por medios rigurosos, quando ven que no bastan los suaves.

Anton y sus depravados compañeron se burlaron mas de una vez de los apercibimientos de la Justicia; y no debiendo ésta sufrir por mas tiempo, ni los desayres, ni el escándalo de aquella caterva de insolentes, de-

cretó su prision, á la qual se hubiera seguido el castigo que merecian.

Tuvo Anton noticia de esta providencia, la dió á sus compañeros, y todos se consternaron y afligieron en extremo. Sus crímenes graves y multiplicados los horrorizaban, y aquella audacia y desvergüenza con que los cometian se vió trocada en terror y abatimiento. Este es el carácter de los delincuentes quando se ven amenazados por la terrible espada de la Justicia.

Asi como las tímidas aves, quando anuncian ó divisan la tempestad, vuelan despavoridas con inciertos rumbos; y buscan agitadas un asilo que las defienda del mal que miran cercano; del mismo modo el desgraciado Anton y sus amigos infelices huyeron el peligro que les amenazaba llenos de pavor y sobresalto.

Unos se retiraron á sus casas, y llenaron de pesar á sus desventuradas familias: otros sentaron plaza de soldados: otros se acogieron á la mendicidad errante, disfrazándose ridicula

y vergonzosamente; y otros en fin, marcharon á la corte para aumentar en ella el numero de pretendientes importunos, y el de ociosos perjudiciales.

De este numero fue nuestro Anton, el qual se reconcilió con sus padres, y siguió en Madrid malgastando, fastidiando y perdiendo tiempo; pero logró la satisfaccion de experimentar que sirven de muy poco los auxîlios de las abuelas millonarias á los ignorantes, viciosos y mal criados.

Murió en fin la suya, dexándole muy mejorado en el testamento: los padres con este motivo, y viendo que nada adelantaba en la corte, le retiraron á casa; pero á poco tiempo tuvieron el desconsuelo de verle casado malamente, y notaron que, lejos de mudar de conducta con el matrimonio, se abandonó tan descaradamente á los vicios, que consumia los dias y las noches en el juego, en la embriaguez y liviandades: disipando sus caudales de tal modo, que en pocos años quedó reducido á tanta pobreza,

que muchas veces faltaba el pan para sus miserables hijos y muger.

No fue mas feliz el éxito de sus desgraciados compañeros, de los quales acabaron algunos la vida en un presidio, otros tuvieron que expatriarse huyendo de las persecuciones de la Justicia, y los demas acabaron sus dias en la mendiguez y el desprecio. Por el contrario, los compañeros de Cárlos consiguieron el premio debido á su virtud y literatura. Brillaban en las Cátedras y en los Tribunales: de entre ellos salieron los reformadores de los estudios, los restauradores de las ciencias y bellas letras; y últimamente, tuvieron algunos la satisfaccion de que el Soberano les confiase el cuidado de su salud y la de su Real familia.

Firme Cárlos en sus designios piadosos, y adornado de todas las circunstancias que caracterizan á un buen Párroco, hizo oposicion al curato de un pueblo cercano al suyo, y se le confirió inmediatamente. El lugar era muy pobre á causa de la impericia y

desidia de sus vecinos. Muchos de ellos ignoraban hasta los principios mas generales y precisos de nuestra santa creencia, y eran muy pocos los que sabian leer, porque no tenian escuela de primeras letras: habia muchos mendigos, y todo respiraba estupidez, miseria y ociosidad; aunque no faltaban vicios, enemistades y pleytos.

Nuestro buen Párroco con su agrado y dulzura, y particularmente con expender con prudencia y generosidad las rentas de su curato entre los menesterosos, se ganó el amor y buena voluntad de aquellas pobres gentes, y en especial la de los Alcaldes y demas personas capaces de influir en la reforma que se propuso establecer en su feligresía. Y como se pusieron gustosos baxo su direccion, convencidos de sus discursos, y edificados con su exemplo, logró ver cumplidos en pocos años sus deseos laudables.

Ya sabian los niños y los adultos de aquel pueblo sus obligaciones cristianas y civiles, porque su amable Párroco se las enseñaba con un grande

que muchas veces faltaba el pan para sus miserables hijos y muger.

No fue mas feliz el éxito de sus desgraciados compañeros, de los quales acabaron algunos la vida en un presidio, otros tuvieron que expatriarse huyendo de las persecuciones de la Justicia, y los demas acabaron sus dias en la mendiguez y el desprecio. Por el contrario, los compañeros de Cárlos consiguieron el premio debido á su virtud y literatura. Brillaban en las Cátedras y en los Tribunales: de entre ellos salieron los reformadores de los estudios, los restauradores de las ciencias y bellas letras; y últimamente, tuvieron algunos la satisfaccion de que el Soberano les confiase el cuidado de su salud y la de su Real familia.

Firme Cárlos en sus designios piadosos, y adornado de todas las circunstancias que caracterizan á un buen Párroco, hizo oposicion al curato de un pueblo cercano al suyo, y se le confirió inmediatamente. El lugar era muy pobre á causa de la impericia y

desidia de sus vecinos. Muchos de ellos ignoraban hasta los principios mas generales y precisos de nuestra santa creencia, y eran muy pocos los que sabian leer, porque no tenian escuela de primeras letras: habia muchos mendigos, y todo respiraba estupidez, miseria y ociosidad; aunque no faltaban vicios, enemistades y pleytos.

Nuestro buen Párroco con su agrado y dulzura, y particularmente con expender con prudencia y generosidad las rentas de su curato entre los menesterosos, se ganó el amor y buena voluntad de aquellas pobres gentes, y en especial la de los Alcaldes y demas personas capaces de influir en la reforma que se propuso establecer en su feligresía. Y como se pusieron gustosos baxo su direccion, convencidos de sus discursos, y edificados con su exemplo, logró ver cumplidos en pocos años sus deseos laudables.

Ya sabian los niños y los adultos de aquel pueblo sus obligaciones cristianas y civiles, porque su amable Párroco se las enseñaba con un grande

amor y caridad: y lo mismo hacia un buen maestro que puso escuela en el lugar, en virtud del zelo y de los auxîlios con que facilitó este bien su estimable Cura. Los pleytos, las enemistades, los vicios y la holgazanería desaparecieron de entre aquellos moradores, y ocuparon su lugar el amor mútuo, la aplicacion al trabajo, la virtud y la abundancia.

Los baldíos se hicieron suertes, y se distribuyeron con equidad entre los vecinos pobres, incluyéndolos por este medio en la clase de propietarios. La cria de ganados se aumentó prodigiosamente, porque se hicieron prados artificiales de los terrenos abandonados menos á propósito para la siembra de semillas, y para el arraigo y fructificacion de las vides y olivos. Estas utilísimas plantas se multiplicaron infinito, y tambien los árboles frutales. El abundante riego que pudo lograrse, facilitó buenas cosechas de cáñamo y lino de excelente calidad, é hizo se cogiesen las hortalizas necesarias para la manutencion, y aun pa-

ra el regalo de aquellos moradores. Ultimamente, nuestro Párroco estableció en su pueblo las manufacturas ó artefactos necesarios para la ocupacion, comodidad y decencia de sus feligreses.

Quando la ardiente caridad de este varon insigne no tenia en que emplearse en su parroquia, se extendia á los lugares de toda la circunferencia. El era el padre de los huérfanos, el amparo de las viudas, el consuelo de los afligidos y el remedio de los necesitados. Los eclesiásticos le respetaban, los seglares le obedecian, y todos le escuchaban como á un oráculo. Una nueva luz parece que habia amanecido en aquel hemisfério, y que se respiraba en él un ayre mas puro: todo era paz, alegria y confianza recíproca: la virtud, la inocencia y la pureza de costumbres habia convertido aquel terreno en la morada del placer y de la tranquilidad.

Los nombres dulcísimos de padre, bienhechor, maestro, virtuoso, exemplar, caritativo, etc. resonaban siempre en los oidos de nuestro Cura; sin

que este éco contínuo alterase su modestia y humildad evangélica: servia sí para aumentar su zelo, y llevar su beneficencia hasta el mas alto grado de perfeccion.

Informada la Superioridad de las circunstancias recomendables de nuestro venerable Párroco, le manifestó sus deseos de promoverle y condecorarle mas distinguidamente; pero todo lo renunció con humilde agradecimiento por un efecto de su virtud apostólica, y por el amor que tenia á un pueblo que supo hacer feliz á costa de sus fatigas paternales, y en el qual todos eran ricos menos el Cura. Los padres y hermano de éste le visitaban con alguna frecuencia, no para enriquecerse á su costa (antes muchas veces tenian que contribuirle con crecidas cantidades para satisfacer los empeños de su fervorosa caridad), sino para aprovechar con su exemplo y consejos, y dar gracias al Padre de las misericordias por haberle dado por hijo un siervo suyo, que con tanta fidelidad procuraba servirle y agradarle.

Pero Dios, que no tarda en premiar la virtud, aun en este mundo, derramó á manos llenas sus beneficios sobre aquella dichosa familia. Los padres llegaron, sin sentir las incomodidades de la vejez, á una edad muy avanzada, y murieron santamente. Jorge consiguió emparentar con una familia muy ilustre: su esposa le llevó (acompañado de mucha honestidad, belleza, prudencia y discrecion) un dote tan crecido, que le hizo el hacendado mas poderoso de aquel pais. En todas partes era estimado: todos le respetaban y distinguian; y este agradecido y prudente jóven reconocia y publicaba que despues de la bondad infinita de Dios, era deudor de su fortuna á la virtud y caridad de su santo hermano.

Asi premia el Todopoderoso la piedad y la virtud. Estos son los efectos de la buena educacion; y las desgracias y pesadumbres que sufrieron Anton, sus relaxados amigos, y sus familias infelices, son las consecuencias de la mala crianza, y de la corrupcion de costumbres que resulta de ella.



LOS COMERCIANTES, LOS amos y los criados.

Un jóven vizcaino, llamado Ignacio, hijo de padres distinguidos, aunque pobres, se puso á servir con licencia de éstos á un caballero nombrado D. Clemente, el qual poseia un rico mayorazgo, y tenia casa de comercio en una de nuestras ciudades marítimas. La bella índole de Ignacio, su mucho talento, buena educacion, y su virtud acendrada le hacian digno del mayor aprecio.

Otro mozo llamado Felipe, el qual era muy vicioso, lisonjero y mal intecionado, fue tambien recibido por sirviente en casa de un tal D. Hilarion, comerciante de la misma ciudad.

D. Clemente tenia un excelente caracter y mucha instruccion: era muy justificado, compasivo, generoso, y nada vano ni molesto. D. Hilarion era bastante necio, medianamente

maligno, muy avaro y algo hipócrita.

Estos dos sugetos se encontraron en el paseo la tarde de un dia festivo; y despues de haberse saludado se hablaron en los términos siguientes.

D. Hilarion. Hánme dicho, Sr. D. Clemente, que está Vm. muy gustoso con aquel vizcaino que entró á servirle el año pasado.

D. Clemente. Hánle dicho á Vm. muy bien, Sr. D. Hilarion, porque es un mozo muy atento y agradecido, tranquilo y bien hablado: tiene un corazon generoso y sensible: es fiel y exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Estudió algunos años en el Seminario de Vergara, pero no pudo continuar en él, porque sus padres, por ciertos contratiempos, se hallan en la mayor pobreza.

D. Hilarion. ¿Y qué edad tiene?

D. Clemente. Unos veinte años.

D. Hilarion. Esos mismos vendrá á tener otro jóven que recibí por criado ocho meses hace, y con el qual estoy tambien muy contento. Es guapo chico: ha servido á dos ó tres comecian-

tes, y se impone con facilidad en los negocios mercantiles. Ademas, me ha presentado un testimonio que prueba su nobleza.

D. Clemente. Eso es muy bueno; porque los nobles tienen, respecto de los que no lo son, mayor obligacion de conducirse bien en qualquier destino. Pero ¿ha manifestado á Vm. ese hidalgo otro testimonio, ó cosa que lo valga, en órden á su buena crianza y conducta?

D. Hilarion. No señor; pero este negocio corre de mi cuenta: yo le haré á mis mañas, y (Dios mediante) no gastaré mucho tiempo en conseguirlo. Mire Vm., ya he despedido á una criada y á un mancebo por el buen celo de Felipe. ¡Bribones! Me estafaban; y ademas de esto, diz que se miraban, se reian, se chanceaban, y salian juntos á misa y á las procesiones. ¿Qué tal? ¡El Felipillo! Muy bien los acecha y observa. No se burlarán de mí ni de él sus benditos compañeros.

D. Clemente. Con que todas las culpas de los despedidos se reducen á que

reian, miraban, tenian sus ratos de buen humor, y salian juntos á misa y á las procesiones.

D. Hilarion. ¿Y le parecen á Vm. pequeñas?

D. Clemente. Pequeñísimas me parecen para haberles quitado el pan tan repentinamente. Esas miradas, esas risas y esas vagatelas suelen ser muy inocentes, suponiendo que sean ciertas.

D. Hilarion. ¡Cómo que si lo son! Pues qué, Felipe... Si Vm. lo conociera... Si supiera que buen muchacho es...

D. Clemente. Sí, será un buen muchacho; pero por mas bueno que sea un hombre, y por mas señales que tenga dadas de su probidad, es menester ser muy recatado y prudente en llegando unos casos como estos: porque es regla general de prudencia, que debemos desconfiar de la bondad de los sugetos quando hablan mal de otros. Acaso el zeloso Don Felipe querrá abusar de la credulidad de Vm.: quizá aspirará á ganarse su confian-

za, ó le incomodarian los otros compañeros. De esto hay mucho entre los domésticos: se persiguen y calumnian; y á veces los útiles y fieles son víctimas de la astucia y mala fe de los corrompidos y mal intencionados. Los amos debemos estar muy prevenidos contra los chismes y persecuciones mútuas de los sirvientes, y no proceder contra ellos sin un motivo justo y bien averiguado.

D. Hilarion. Bien está. Pero Vm. olvida que los tales despedidos me estafaban; y eso ya ve Vm...

D. Clemente. ¿Y qué pruebas tiene Vm. de esas estafas?

D. Hilarion. Hombre, de manera es... Yo (á decir la verdad) no he advertido... Pero sobre que Felipe lo asegura, y me lo ha jurado.

D. Clemente. El embustero de costumbre (que siempre es mal cristiano) miente quando jura con la misma facilidad y descaro que si no jurara: conque no se fie Vm. de cierta clase de juradores. Lo que Vm. ha debido exîgir de ese Felipe, son prue-

bas: hechos que justifiquen.

D. Hilarion. Hombre, Vm. es demasiado ajustado de golilla. Hay ciertas cosas que no merecen ser tan exàminadas, y basta que uno la sospeche para que tome el partido que le parezca mas conducente. Ahora me andaria yo en averiguaciones por dos pícaros rateros y escandalosos.

D. Clemente. Señor D. Hilarion, vamos despacio: Vm. no ignora que la caridad cristiana exîge de nosotros que reflexîonemos mucho los defectos del próximo antes que le demos por delincuente, ó le juzguémos culpado; y tanto mas, quanto le haga mas odioso la tacha que le imponemos, y mas le infame el delito que le imputamos. Yo desearia en Vm. la virtud de la caridad (alma de la adorable religion de Jesucristo) en grado mas alto; y en este caso, creo que no se hubiera Vm. precipitado tan ligeramente, ni á tener por rateros á esos infelices, ni á arrojarlos de casa por informes ó sospechas tan livianas. Es necesario que amémos á nuestros

próximos muy de veras, y Vm. no ignora que lo son nuestros sirvientes.

D. Hilarion. Conque segun Vm., los amos deben formar un expediente contra sus criados antes de despedirlos, ó tenerlos siempre en casa porque son próximos.

D. Clemente. No es eso lo que quiero decir. Los amos pueden y deben deshacerse de los criados malos, y aun de los buenos, quando la economia ú otra razon justa se lo aconseje; pero no es lo mismo despedirlos con razon, que separarlos é infamarlos sin motivo. Vm. acaba de decirme que la criada y el mancebo le estafaban, y me ha dado á entender que sus risas, chanzas, et cet. arguian sospechas contra su reputacion y decoro. Nada de esto está justificado; y sin embargo Vm. lo da por supuesto, y lo habrá publicado entre sus conocidos, con el fin de probar que ha tenido razon para echarlos de su lado. He aqui un modo muy oportuno de arruinar á aquellos desdichados, imposibilitándolos de ser admitidos en

otras casas de igual decencia y proporciones, y acaso en ninguna; porque nadie quiere que le estafen, ni sufrir amoríos peligrosos entre sus domésticos.

Yo no tengo el alto honor de conocer al predilecto Felipe; y no obstante aconsejo á Vm. que se vaya con él muy despacio, porque me parece posible que cause á Vm. muchos disgustos.

D. Hilarion. Bien, bien, me iré con tiento, y no hablémos mas de la materia. Vm. me ha dicho verdades algo duras, y confieso que no hallo razones con que contradecirlas. Digamos algo de comercio.

D. Clemente. Sea enhorabuena; aunque aseguro á Vm. que no es la conversacion que mas me agrada en el dia. Las cosas se disponen de tal modo...

D. Hilarion. En efecto, se vende poquísimo; y lo que se compra para surtir los almacenes cuesta un ojo, y no es de la mejor calidad. Crea Vm., amigo, que si un hombre no se ingeniara con los valecitos... ¡Oh! ¡Los

valecitos! Ya es una cucaña de las buenas. Yo soy el diantre en este manejo: los cambio, los descambio, los baxo, los subo etc. etc.

Tambien hago mis acopios de granos y de otros frutos por las cosechas; y como adelanto algunos pesillos duros á los labradores para que salgan de sus necesidades (baxo ciertos pactos *segun mi conciencia*) ya se vé, los pobres campesinos que necesitaron á uno, y deben necesitarle en adelante, se someten á su ley sin repugnancia. ¿Está Vm., Sr. D. Clemente? Luego subo el precio, segun aconsejan las circunstancias, y cate Vm. á un hombre hecho persona sin quebrarse mucho los cascos.

Item; presta uno; pero ata bien su dedo. Una vez al ocho, otra al diez, y en fin al veinte ó al treinta por ciento, segun llega el penitente. ¿Y qué se ha de hacer? Para eso remedia uno las necesidades agenas, y expone su dinero. Vm. (ya se vé) se valdrá de las mismas ingeniaturas para ir pasando *en gracia de Dios* esta

miserable vida; y en caso necesario sabrá fingir una quiebra, porque este arbitrio... . . . .

D. Clemente. No pase Vm. adelante, Sr. D. Hilarion. He tenido la paciencia de oir confesar sus flaquezas; pero no debo sufrir que me suponga capaz de incurrir en ellas.

D. Hilarion. Vamos, hombre, Vm. viene esta tarde de mal humor, y en ánimo de reprobar quanto le diga. Pero al cabo, todos somos comerciantes, y el que mas y el que menos se maneja quando le conviene del modo que yo lo hago.

D. Clemente. Vm. se engaña, y me ofende. En el comercio se emplean sugetos de probidad que aman y temen á Dios, que veneran al Soberano, que respetan y obedecen las leyes, y que contribuyen á la felicidad de la Monarquía lejos de influir en su decadencia y deshonor.

¡Yo agiotador injusto, usurero, ruina de los infelices necesitados! ¡Prostituirme inicuamente, y causar la miseria de las personas que se entre-

gan á mi confianza, al crédito de mi casa y á la integridad de mi conducta! ¡Yo en fin, seria capaz de fomentar la desconfianza pública contra las garantías mas solemnes, y contra las promesas mas puntualmente cumplidas! Vm. no me conoce, Sr. D. Hilàrion, quando se atreve á confundirme con la hez del Estado. Yo comercio con ventajas de éste, y utilidad; pero de un modo decoroso y legal. He meditado, he leido, he viajado, y he aprendido á saber que la ciencia del comercio no consiste en comprar barato, vender caro, y enriquecerse por medios inicuos: eso sabe hacerlo qualquier ignorante, y lo executan los hombres de mala conciencia. Otros cálculos, otras especulaciones, otro estudio, otro patriotismo y otra virtud forman el carácter de los comerciantes propiamente tales: y con estas calidades serán tan útiles á su Príncipe y á su Nacion, como les son perjudiciales los sugetos de cierta clase, dignos de ser aborrecidos y castigados.

A Dios, Sr. D. Hilarion, que me siento fatigado, y me retiro á descansar á casa.

D. Hilarion. Vaya Vm. con mil Santos, y Dios le perdone el malísimo rato que me ha dado.

D. Clemente marchó en efecto á su casa, descansó un rato, y pidió de beber. Ignacio se presentó á servirle el refresco, y mientras lo tomaba se hablaron del modo siguiente:

D. Clemente. ¿Cómo va, Ignacio?

Ignacio. Muy bien, señor, para servir á Vm.

D. Clemente. ¿Y tus compañeros?

Ignacio. Todos estan buenos y gustosos.

D. Clemente. Lo celebro mucho, y me alegraré de que sigais viviendo como buenos hermanos, de que haya entre vosotros paz y alegria, y os ayudeis de buena voluntad, y sin etiqueta en el cumplimiento de vuestra obligacion.

Ignacio. Asi lo hacemos, señor: nos disputamos con empeño la satisfaccion de servir á Vm., y procuramos

no ocasionarle el menor disgusto.

D. Clemente. Yo os lo agradezco. Dime, Ignacio, ¿escribes á tus padres todos los correos?

Ignacio. Si Sr.; y tienen la bondad de contestarme puntualmente. Ayer tuve carta de sus mercedes, y por ella el gusto de saber que estan buenos.

D. Clemente. Me alegro de que sea asi. ¿Los quieres mucho?

Ignacio. Si señor, los amo con todo mi corazon, y haria por su bien los mayores sacrificios.

D. Clemente. Dios te ayudará, Ignacio, y te bendecirá. Ya se ve, tú sentirás su mucha pobreza, y quisieras poder remediarla.

Ignacio. Si señor; y ya lo hago en quanto puedo, enviándoles el salario que gano en casa.

D. Clemente. Conque te quedarás sin quarto para tus urgencias.

Ignacio. Yo no tengo ninguna, señor; con aquellos dos vestidos que Vm. me dió, con los zapatos que deshecha y me regala, y con la ropita que traxe quando vine á casa,

estoy bastantemente decente.

D. Clemente. Sus trabajillos hay en eso, y es necesario que hagamos un convenio. Yo enviaré á tus padres un socorro mensual, sin perjuicio de darte el sueldo que te he señalado; y tú me has de dar palabra de no dexar de amarlos en tu vida, y de socorrerlos con generosidad si Dios te proporciona suficientes medios para hacerlo.

Ignacio. Yo me ofrezco á cumplir gustosamente el contrato en la parte que me toca; pero Vm., señor, ¿qué obligacion tiene para con mis padres?

D. Clemente. La que me impone la religion y la humanidad; y tú no querrás impedirme que cumpla con ellas.

Ignacio. ¡Impedirlo yo!.. ¡Ay padres mios! Vm., señor, es nuestro amparo, nuestro consuelo. ¡Tanta virtud! ¡Tanta caridad!

D. Clemente. ¿Qué estás diciendo, Ignacio? ¿Pero lloras?

Ignacio. Este llanto me consuela, lejos de afligirme.

D. Clemente. Ya: lloras de ternura: eres sensible. Pero basta ya: enxu-

ga esos ojos. ¿No ves que dirán tus compañeros que te he reñido?

Ignacio. Señor, con qué pagaré yo?...

D. Clemente. Con ser siempre un hombre de provecho, y nada mas. Dime, Ignacio, ¿volverás mañana con gusto á visitar á nuestros cavadores?

Ignacio. Si señor.

D. Clemente. Pues llévales el refrigerio acostumbrado, y distribúyeselo con equidad. Si te parece puedes añadir un par de panes, un queso y algun vino. Quiero ahorrarles en lo posible el gasto de su manutencion, y dexarles el jornal para que alimenten á sus pobres familias, ya que no puedo alargárselo, por no chocar con los demas hacendados. Oye: si ves que alguno se guarda el pan y queso que le des, disimula y dale otro tanto. Pregunta despues al que lo haga cómo se llama, dónde vive, y si tiene hijos. ¡Ah, Ignacio! Algunos, por llevarles lo que tú les des, dexarán de alimentarse. ¡Amorosos padres! Vosotros sois dignos de este dulce y sa-

grado nombre; y vosotros mereceis los socorros, que á veces os roba la holgazaneria, simulada baxo el título de pobreza.

Ignacio. Señor, Vm. me da unas comisiones tan de mi gusto, tan santas... ¡Ay! Ya me parece que estoy viendo á aquellos honrados trabajadores bendecir á Vm., brindar alegres á su salud, y rogar á Dios por su conservacion. No puedo ver con indiferencia las sencillas demostraciones de su agradecimiento, ni dexar de unir mis afectos á los suyos.

D. Clemente. El Señor te lo pagará, Ignacio, y yo te lo agradezco en el alma. Y dime, ¿á qué se reducen las conversaciones de aquellas gentes apreciables?

Ignacio. A cosas muy honestas é inocentes; y siempre concluyen alabando á Dios porque les proporciona medios de ganar su alimento y el de sus familias. Esta idea los llena de consuelo; y solo les aflige la duda de si encontrarán siempre quien les facilite este honrado modo de subsistir.

D. Clemente. ¿Y qué juzgas tú acerca de la felicidad de estas gentes?

Ignacio. Señor, yo creo que son muy dichosas en teniendo salud y ganando su jornal.

D. Clemente. Lo son en efecto; porque como sus deseos no pasan de este límite, parece que en satisfaciéndolos deben vivir en una perpétua paz y alegria. ¿Sabes los que son infelices en esta vida, y se exponen á serlo en la eterna? los ambiciosos, los avaros, los ociosos, los impuros, y (en una palabra) los impíos.

Ignacio. Tiene Vm. razon, señor. Dios me libre por su infinita bondad de caer en semejantes precipicios.

D. Clemente. Pídeselo á Dios muy de veras, y pon de tu parte los medios para conseguirlo. Retírate á merendar con tus compañeros, que ya es hora, y yo tengo que trabajar un rato.

Ignacio. A Dios, señor y padre mio. ¡Oxalá pudiera yo aliviar á Vm. en sus quehaceres! Dios querrá que algun dia

D. Clemente. A Dios, Ignacio. Estimo tus buenos deseos, y puede ser que en adelante haga uso de tí para cosas de importancia.

Ignacio. ¡Quánta seria mi satisfaccion, y quánto mi consuelo si llegara este caso!

D. Clemente. A Dios. Este jóven tiene cosas que me encantan. El Señor le conserve en su santa gracia, y me dé acierto para cultivar sus bellas disposiciones y hacer su felicidad.

D. Hilarion, á poco rato de haberse apartado de D. Clemente se dirigió á su casa, y se presentó en ella de tan mal humor, que nadie podia sufrirle. Preguntó por Felipe, y se le respondió que no habia vuelto de paseo. „Que le busquen (dixo) y me „le traigan inmediatamente, porque „quiero desahogar con él mi corazon. „Estará en alguna Iglesia encomen„dándose á Dios y pidiéndole por „mí. Pronto, pronto: que venga D. „Felipe."

Salió un mozo á buscarle: recorrió las Iglesias inmediatas, y aun las

distantes; pero no le halló en ellas, ni en las calles ni plazas de la ciudad. Volvió á casa, y dió al amo cuenta de su malograda comision: éste le riñó ásperamente, diciéndole que era un necio, torpe, inútil, etc. Llamó á otro criado, y le dió igual encargo, previniéndole que no volviera sin Felipe, sopena de ser despedido irremisiblemente de la casa. El criado abrió la puerta de la calle para salir, á tiempo que llegaba á ella el suspirado jóven. Participóse á D. Hilarion esta alegre nueva, la qual hizo calmar su cólera é inquietud.

El devoto Felipe no habia empleado aquella tarde en visitar Iglesias, como creia su amo, ni en otras ocupaciones pias; si no en correr una fuerte borrasca con otros amigos suyos. El caxon de la tienda, asaltado por él con frecuencia y buen éxîto, le subministraba lo suficiente para esta clase de entretenimientos, y para otros harto indecentes.

La broma de aquella tarde paró en golpes. Felipe llevó muchos, y

bien merecidos, porque anduvo muy provocativo y osado con sus compañeros. Se presentó á su amo bastante arañado y molido, y ambos se hablaron de esta manera:

D. Hilarion. ¿Cómo has tardado tanto, Felipe mio, sabiendo la falta que haces en casa, y lo que me desazono quando no te encuentro en ella?

Felipe. Señor, de manera es, que uno tiene sus devociones... y en las fiestas de guardar... manda Dios que todo fiel cristiano...

D. Hilarion. Ya se ve. Todo fiel cristiano... en los dias festivos... Pero ¿por qué te tapas la cara? Quita esa mano, y veámosla entera y verdadera como tu madre la parió.

Felipe. Es qué...

D. Hilarion. No hay esques ni osques que valgan: veamos la cara digo. ¡Qué es esto, Felipe! La tienes hinchada como una bota, y arañada y acardenalada, y...

Felipe. ¡Cómo ha de ser! Mas padeció el Señor por nosotros: ello se curará: es poca cosa, y en fin...

D. Hilarion. Bien, hombre, ya veo que no es cosa que me cueste el dinero. Pero ¿cómo ha sucedido este fracaso?

Felipe. Señor, Vm. sabe muy bien que soy un buen cristiano, y un traslado de Vm. en esto de cumplir.... Vaya, me da mucha verguenza.

D. Hilarion. Estoy en eso; pero sigue, hombre, no te turbes.

Felipe. Pues como digo, yo fuí al anochecer á andar las santas estaciones en el Calvario que está fuera de la ciudad.

El camino es, como Vm. sabe, bastante escabroso, y está lleno de guijarros: iba yo rezando con mucha devocion, y el diantre tentador por quitármela, ¿qué hace? zas, y dió con mi cuerpo en aquellos suelos de Dios con tanta furia, que estoy asi como Vm. me ve, y como no me ve, porque tengo magullado todo este miserable cuerpo.

D. Hilarion. ¡Pobre Felipe! Vamos, descansa y serénate: eso se curará pronto: siéntate, y tendrémos un ra-

to de santa conversacion hasta que venga D. Longinos, y emprendamos nuestro juego de damas.

Felipe. Si señor; lo que Vm. quiera, como Vm. guste. Sobre que la voluntad de Vm. es la mia. Quiero yo á mi amo mas de lo que parece.

D. Hilarion. Gracias, gracias, te lo estimo, y te correspondo. Hoy mismo he estado á pique de perderme por defender y ensalzar tus bellas circunstancias. Se empeñó cierto sugeto en hacerme desconfiar de tí; pero no lo conseguirá el tal señor ni otro alguno.

Felipe. Qué quiere Vm., señor. *Nadie está libre de una mala voluntad.* ¿Y podré yo saber quien es el *malaventurado* que procura hacerme caer de la gracia de Vm?

D. Hilarion. Acaso no le conocerás: es un tal D. Clemente, mayorazgo ingerto en mercader, filósofo en cierne, y...

Felipe. Acabára Vm. de decir. ¡D. Clemente! Ya, ya es buen perillan: *sé bustantes cosas acerca del tal señor.*

¿Pero Vm. trata con ese fastidioso?

D. Hilarion. No mucho: hizo la casualidad que nos encontrásemos esta tarde en el paseo: hablamos de tí y de mí, y me trató ásperamente porque despedí al mancebo y á la doncella por lo que me dixiste. ¿Te acuerdas? Pues ¿y luego? ¡Qué de picardias me dixo por aquello de los vales, de los préstamos, y de *las otras friolerillas* que te he confiado!

Felipe. ¿Sabe Vm. lo que es todo eso, señor? Purísima envidia, porque no sabe, ni puede hacer otro tanto. Vm. debe despreciar á esos fastidiosos, y manejarse como hasta aqui, que su bolsillo se lo agradecerá, y tambien su siervo Felipe.

D. Hilarion. Tienes razon: con esos avechuchos es necesario *hacer oidos de mercader, y al negocio vamos.*

Felipe. Eso es, al negocio. Señor, ¿á cómo dixo Vm. esta mañana que venderíamos la vara de aquella tela?

D. Hilarion. A doce reales. Le han recargado el tres por ciento de derechos, y ya ves.

Felipe. Ya me hago el cargo. Ella se vendia á nueve reales antes del tal recargo: ahora se despachará á doce: conque en una vara tenemos en casa el susodicho tres por ciento. ¿Lo voy entendiendo, señor?

D. Hilarion. El diantre eres, Felipe; y me parece que de aqui á poco podrás enseñar á tu mismo amo la aguja del marear. Allá nuestro enemigo D. Clemente nos hace la mala obra de dar los géneros á precios mas baratos, porque no sabe hacer las cuentas á nuestro modo.

Felipe. Pero se le debia obligar á que las hiciese. ¿Qué hacen los regatones de la plaza? Se dan de ojo, y todos venden las frutas, las legumbres, etc. á un mismo precio, porque á todos les tiene cuenta; y ¡pobre del que baxase un maravedí sin consentimiento expreso de toda la regatonería, porque le harian pedazos! Asi deberiamos hacer nosotros. ¿No es verdad?

D. Hilarion. No se puede todo lo que se quiere, amigo Felipe; pero no

faltan medios para castigar la desunion de los compañeros díscolos. Se desacreditan sus casas, diciendo v. gr. que tales y tales géneros son contrahechos: que otros estan quemados de los tintes ó del blanqueo: que uno no los quiso comprar aunque se los ofrecieron casi de balde, porque conoció la maula: que...

Felipe. Perdone Vm. Sr. ¿Y no seria muy del caso hacer creer que ciertas telas vinieron en una embarcacion apestada?

D. Hilarion. Hombre, tú sabes mas que Merlin, y discurres como cien hambrientos. Me acomoda eso de la peste, y manos á la obra. ¿Te atreverás á esparcir esas voces con respecto á la casa de D. Clemente?

Falipe. ¡Ahí es nada si me atreveré! Descuide Vm. sobre el asunto, y déxeme obrar *en paz y en gracia de Dios.*

D. Hilarion. Yo te ayudaré en quanto pueda á hacer cundir la especie, y cuenta con el silencio y el disimulo.

Felipe. Estoy en eso. ¿Sabe Vm., Sr., que está acabada la gran cortina, y

que mañana la pondré en la puerta de la tienda? Es famosa: nada tiene transparente, porque la lona tiene un colorcito moreno que tira á negro: es bastante tupida, y ademas he multiplicado en ella el número de listas azules.

D. Hilarion. ¡Grandemente, Felipe! Agrega á esto que la calle es bien obscura, y el guardapolvo ó sombrage de la puerta es de marca mayor; y verás como se clavan los compradores á cada paso. El antiguo cortinon estaba demasiado raido, y se clareaba mucho: acaso ha sido esta la causa de que no hayamos salido de ciertas maulas que podremos despachar ahora á la sombra de la nueva cortinaza. Oyes, traeme el rosario, y lo iré rezando mientras viene D. Longinos.

Felipe. Voy volando. Pero él entra.

D. Hilarion. No importa, traelo, y *me encomendaré á Dios mientras juego.*

Al mismo tiempo que D. Hilarion y Felipe discurrian sobre el modo de hacerse con el dinero ageno á poca costa, y se ocupaban en la execucion de su fatal proyecto contra el amable

D. Clemente, se empleaba éste, auxîliado de Ignacio, en socorrer las necesidades verdaderas, en conservar la paz y decoro de su casa, y en proporcionar los medios de hacer á sus parroquianos toda la equidad posible en el precio de las mercancías. Sus sábias especulaciones, y su mucho acierto en practicarlas, le proporcionaba la satisfaccion de hacerlo asi, y la de disfrutar de una ganancia moderada. Era pues inútil la persecucion de sus calumniadores; y lejos de disminuirse el número de las personas que se surtian en su tienda, crecia de un modo considerable.

D. Clemente no tuvo á bien que Ignacio se dedicase al comercio; ya porque este jóven no se inclinaba á él, y ya porque descubrió las mejores disposiciones para ayudarle á cuidar de su hacienda, en lo cual se ocupaba con el mayor gusto, con grandes ventajas de la casa, y con mucho alivio de los colonos y trabajadores.

Cierto dia estaban D. Clemente é Ignacio tratando esta materia impor-

tante, entró un criado y dixo: Señor, un pobre anciano, y una muger que parece hija suya, con un niño de pecho y otros dos grandecitos, piden licencia para hablar á Vm.

D. Clemente. ¡Pobres! Que pasen adelante. Corre, Ignacio, diles que no se detengan.

Ignacio. Voy con mucho gusto.

Ignacio y los pobres entraron en la sala, y dixo D. Clemente: Sean Vms. muy bien venidos, tomen asiento, y digánme que se les ofrece.

El Anciano y la Muger. Señor, estamos muy bien en pie.

Ignácio. No, no; mi amo se disgustara si Vms. no se sientan. Aqui hay sillas; y Vm. señora, hágame el gusto de darme ese niño, y le tendré en brazos mientras Vm. descansa.

D. Clemente. Conque, amigos mios, ¿qué se ofrece? ¿Se hallan Vms. en alguna necesidad?

El Anciano. Señor, nuestras necesidades estan ya socorridas, y á fe que han sido grandes. Yo he padecido una larga enfermedad, de la qual

acabo de convalecer: mi hija, que es esta jóven, parió un mes hace ese niño, y el jornal de mi querido yerno, que es un mozo muy honrado y trabajador, no era suficiente para que su pobre muger, esos dos niños, que son huerfanitos de otra hija mia, y yo pudiéramos alimentarnos. Nos hallábamos pues, en la mayor miseria y desconsuelo. Nuestra resignacion con la voluntad divina, y el tierno amor que reyna entre nosotros hacia en cierto modo tolerables nuestros infortunios; pero la necesidad crecia tanto, que llegamos á temer morir á causa de ella.

D. Clemente. ¡Infelices!

Ign. Sr. ¡qué es esto! Vm. se aflige.

D. Clemente. No has de ser tú solo el tierno de corazon.

Anciano y Muger. En efecto. Señor, ¡es posible!..

D. Clemente. ¡Dios mio! ¡Ah!.. Esta falta de compasion... Esta inhumanidad... Continúe Vm., buen anciano, y no extrañe que no haya podido contener las tiernas efusiones de mi corazon al escucharle.

El Anciano. Pues Señor: quando nos hallábamos en aquella situacion tan triste, llegó á casa un santo Sacerdote: preguntó por el nombre de mi yerno, y le diximos se llama N. de T.

Ignacio ap. Oh, ¡Dios mio! Esta es la familia de aquel cavador tan buen hijo, tan amante esposo...

El Anciano. Preguntó tambien el buen Eclesiástico si era cierto que tenia á su padre enfermo y á su muger recien parida, y dos sobrinos huérfanos: le respondimos que sí, y nos ,,dimos á conocer con él. Entonces nos dixo: ,,Honradas gentes, yo tengo ,,órden de socorrer á Vms. con quan- ,,to necesiten, hasta que Vm., pobre ,,anciano, esté en disposicion de poder ,,trabajar, como sé que lo hace quan- ,,do está bueno, y hasta que Vm., se- ,,ñora, se haya restablecido entera- ,,mente. Sí, amigos míos, al paso que ,,hay soberbios, voluptuosos é inhu- ,,manos, que desprecian, y aun in- ,,sultan la miseria pública, hay tam- ,,bien hombres virtuosos que la bus-

„can para socorrerla.” Nos dió el importe de todos los jornales que yo he dexado de ganar mientras he estado enfermo: el de veinte dias, cuyo tiempo podia durar mi convalecencia, una pieza de lienzo casero, y algunas varas de paño. Nosotros le dimos las mas humildes gracias, y le rogamos que nos dixese quien era nuestro caritativo bienhechor; pero nos contestó no podia hacerlo, encargándonos que pidiésemos á Dios por su salud, lo qual hemos hecho, y lo practicaremos todos los dias de nuestra vida. Despidióse nuestro amable Sacerdote, y se marchó dexándonos socorridos y edificados. Pero señor, ya hemos sabido que debemos estos auxîlios á la caridad de Vm.

La muger. Sí, Vm. es nuestro consolador, nuestro padre...

D. Clemente. ¡Yo! No, amigos. Vms. pueden equivocarse.

La muger. Señor, lo sabemos positivamente. Una prima mia sirve al Eclesiástico de quien hemos hablado: conoció á Vm. y al apreciable Ignacio

la noche que fueron á encargarle que nos remediase: oyó escondida detras de una cortina quanto Vms. trataron acerca de nosotros y de otras familias honradas y pobres, y todo nos lo dixo pocas horas despues de haber estado en nuestra casa su amo.

D. Clemente. ¡Muger habia ser! No saben callar, ni dexar de ser curiosas. Ignacio, el ama del Cura nos ha privado de la satisfaccion que teniamos de haber hecho el bien por Dios, y por el placer de hacerlo. Estas pobres gentes, que se consideran obligadas á nosotros, se han tomado la molestia que no hubieran sufrido si la tal ama atisvara y hablara menos.

Ignacio. Discúlpela Vm., señor. Es prima de esta jóven, estaria compadecida de sus trabajos, oyó que iban á ser remediados, y voló á participar la nueva feliz.

D. Clemente. Ya, pero no me gustan los criados que espian á sus amos. Supon tú que nosotros hubiéramos tratado con aquel Sacerdote asuntos de conciencia: la criada se hubiera

impuesto en ellos tan menudamente como su amo, y acaso hubiera tenido la debilidad de publicarlos.

La Muger. Tiene Vm. razon, señor; yo la reprehenderé, y procuraré que pierda ese vicio.

El Anciano. Conque, señor, nosotros damos á Vm. muchas gracias por su bondad, y le rogamos que nos mande si considera que podemos servile. Jamas olvidaremos que le somos deudores de nuestro bien, ni dexaremos de pedir á Dios por la salud y felicidad de Vm.

D. Clemente. Lo agradezco en mi corazon, amigos mios. Ignacio, lleva esta honrada familia á la cocina, y hazles tomar el alimento que gusten, porque estarán desfallecidos. Buen anciano ¿van estos niños á la escuela?

El Ancian. Señor, nuestra pobreza...

D. Clemente. Lo entiendo. Llévelos Vm. desde mañana á la de D. N.: es un excelente profesor. Yo se los recomendaré hoy, y pagaré su educacion con mucho gusto.

El Anciano. Dios llene á Vm. de

bendiciones. Venid, queridos mios, arrodillaos y besad la mano á un nuevo padre que va á haceros el mayor de todos los bienes.

D. Clemente. Levantaos, hijos mios: aplicaos mucho y sed buenos cristianos. A Dios, señores: no hagán Vms. públicos estos sucesos, y cuenten conmigo siempre que gusten.

Todos. Quede Vm. con Dios, estimado protector nuestro.

A proporcion que el compasivo D. Clemente gastaba en socorrer las verdaderas necesidades sumas muy crecidas, se aumentaban las rentas de su mayorazgo y las utilidades de su comercio, y en el qual usaba de la verdad y buena fe, que tanto conviene y se recomienda á los que se emplean en este destino. Ignacio (como hemos dicho) contribuia mucho á lo primero, y la inteligencia y honradez de su amo á lo segundo.

Dios dirigia sin duda sus operaciones en premio del buen uso que hacia de los bienes que le daba, y de las santas virtudes de que estaba adornada su

alma justa. La paz, el amor y la alegria habitaban en la casa de este hombre feliz; y los vicios jamas entraron en ella. D. Clemente trataba á los criados como á unos amigos de menor fortuna, y éstos le amaban, respetaban y servian como á un padre que los alimentaba, que los instruia con dulzura y acierto, que les hacia todo el bien posible, y los edificaba con su buen exemplo. Á pesar de la modestia con que procuraba D. Clemente ocultar sus hechos generosos, nadie los ignoraba en la ciudad; y su beneficencia era proclamada por todos sus habitantes. Ignacio experimentaba tambien el aprecio y cariño de las gentes, y era el conducto por donde llegaba á oidos de su amo el clamor de los menesterosos, y á las manos de éstos los auxîlios de su caridad.

Lo contrario sucedia con respecto á D. Hilarion; su mala intencion y su manejo injusto le hacian cada vez mas aborrecible. Los compradores huian de su tienda; y los que necesita-

ban algun dinero anticipado para salir de sus urgencias, lo buscaban en otras personas enemigas de la tirania y de la usura. Ni podian los esfuerzos de su hipocresía refinada mudar el mal nombre que se habia adquirido.

Como decaia cada vez mas el crédito de la casa de D. Hilarion, y Felipe por otra parte le robaba quanto podia para mantener los vicios que llegaron á dominarle, fue necesario que el amo empezase á ir gastando el dinero que tenia ahorrado. Es imponderable el dolor que le causaba hacer uso de él: gritaba, lloraba, y nadie podia sufrirle, á excepcion del taimado adulador Felipe. Este perverso le aumentaba el disgusto, haciéndole creer que su desgracia provenia de la envidia y malas artes de sus émulos, y no se detenia en incluir en el número de éstos á los sugetos mas justos é indiferentes. D. Hilarion, pues, desconfiaba de todos, y como no tenia prudencia para disimularlo, se puso mas de una vez en peligro de que le quitasen la vida. Ningun cria-

do se libraba de sus insultos, porque Felipe tenia tan infernada la familia de tal modo, que por muchas veces se quedó por único y universal criado de su amo.

Pero ¡cómo ciega la culpa á los que hacen hábito de ella! Jamas creyó D. Hilarion que sus infortunios dimanaban de sus crímenes horrendos: y (lo que es mas) nunca llegó á pensar mal de Felipe; porque el tal D. Hilarion era un ignorante de aquellos que todo lo ven al reves, y que á nadie creen ni de ninguno se fian, si no le presentan los objetos del modo que ellos lo perciben.

Ya es tiempo de manifestar que D. Clemente era viudo, y que tenia una hija muy bella, y tan virtuosa como su padre llamada Jacinta. Un jóven ilustre y rico, pero vicioso y atolondrado, la pretendió por esposa; mas el padre se la negó baxo ciertos pretextos honestos, y la hija lo aborrecia por su mala conducta. El tal caballerito se resintió de la repulsa, y se despicaba con insultar á D. Cle-

mente y á Jacinta á fuerza de mofas y bufonadas picantes, propias de su inmoralidad y poco juicio. Creyó pues D. Clemente que enviando á su hija por una temporada á casa de unas señoras parientas suyas, que vivian en un pueblo distante algunas leguas de la ciudad, cesaria el enfado del pretendiente, que quizá se inclinaria á otra dama, y olvidaria lo acaecido con respecto á Jacinta. Propuso á ésta su pensamiento, lo adoptó gustosa, y al dia inmediato se puso en marcha. Llegó á casa de sus parientas, y se mantuvo largo tiempo en ella, hasta que habiendo muerto su pretendiente la hizo volver D. Clemente á su compañía.

Jacinta era la delicia de su padre y la alegria de su casa. Su afabilidad en el trato, su sencillez en el vertir, su modestia y su candor la hacian muy amable. Siempre estaba ocupada en cosas útiles, porque nada ignoba de quanto debe saber una muger para cumplir bien con las obligaciones de qualquier estado que abrace, y porque aborrecia la ociosidad y con-

ducta de las jóvenes galantes y frívolas. Hacia labor acompañada de sus criadas, y tenia con ellas conversaciones amenas, en las quales las instruia sin afectacion ni molestia en mil cosas utilísimas á las de su sexô; grangeándose cada vez mas por estos medios su cariño y estimacion.

No era Jacinta una de aquellas perezosas, á las quales parece que les falta tiempo para disfrutar de la cama: madrugaba, dirigia las operaciones de los domésticos, pasaba al quarto de su padre y cumplia con las obligaciones de una hija obediente y cariñosa; se desayunaban juntos, y salian á misa.

D. Clemente deseaba casar á su hija de un modo que pudiera hacerla feliz: cosa que consideraba muy árdua en estos tiempos. Veia que Ignacio era de una familia ilustre, y que estaba adornado de la virtud y buenas circunstancias que hacen á un hombre útil y amable. Advertia que este jóven y Jacinta se estimaban mútuamente, y aun divisaba en ellos las primeras insinuaciones de un amor, ver-

dadero, aunque honesto y decoroso. Conocia las ventajas que podria acarrear á la paz y conservacion de su casa la union de estos dos jóvenes, y el descanso y consuelo que le proporcionarian en su vejez; y últimamente, este padre justo y generoso era incapaz de hacer una especulacion mercantil con una hija tan digna de una suerte venturosa. Asi pues, D. Clemente resolvió casarla con Ignacio, cuya voluntad exploró con prudencia y maña, y la halló dispuesta favorablemente á sus designios.

Una hermosa mañana de primavera al salir de la Iglesia D. Clemente y su hija, se convinieron en dar un paseo, durante el qual se hablaron asi.

D. Clemente. ¿Qué me dices, hija mia, en órden al estado en que has hallado la casa despues de tu larga ausencia? Alguna novedad habrás advertido con respecto al buen método en que la dexaste.

Jacinta. No la he notado, padre mio. Todo está muy bien arreglado, porque la familia es de excelente ca-

lidad. Ese jóven que Vm. ha recibido influye mucho en ello. Las gentes que han venido á visitarme han hecho mil elogios de él, y me han asegurado que ama á Vm. con sinceridad, y que nos es muy útil.

D. Clemente. No te han engañado, Jacinta: mucho le debemos, y sentiria no poder pagárselo con generosidad. Él, aunque pobre, es mozo muy distinguido y pundunoroso, y creo que el dinero no será el premio que mas le agrade. Ya lo he experimentado.

Jacinta. Conque tan desinteresado, virtuoso y bien nacido es Ignacio. Ya advertia yo en sus modales, en su carácter, y aun en su persona...

D. Clemente. ¡Ola, chica! Parece que lo has observado con bastante atencion.

Jac. Como todos me le alaban tanto... y Vm. le estima... y es tan útil...

D. Clemente. Sí, es un mozo completo; y tanto, que no me pesaria de que fuese hijo mio.

Jacinta. Ni á mi tampoco. Quiero decir...

D. Clemente. Quieras decir lo que gustes: lo cierto es que tú pudieras hacer este milagro, y que yo no te lo impediria. Vamos claros: Ignacio es tan bien nacido como tú, y ha tenido una educacion excelente: su virtud es sólida: su genio dócil: su corazon generoso y tranquilo: finas sus modales: grande su zelo por los aumentos de nuestra casa, y mucha su inteligencia en manejarla. Repito que es pobre; pero tú pudieras hacerle rico y feliz.

Jacinta. Entiendo lo que Vm. quiere decirme; y ya que tiene la bondad de hablarme con franqueza, me determino á decir á Vm. con la misma (aunque no sin rubor) que condesciendo sin violencia con su voluntad. Pero es necesario saber como piensa Ignacio. Yo no quisiera...

D. Clemente. Ignacio me habla de tí con frecuencia y entusiasmo, y yo conozco lo que pasa en su corazon, aunque procura recatármelo por mis respetos y por su situacion actual. Obsérvalo tú, disimula, y dexa á mi

cargo lo demas. Tiemblo al considerar que pudiera la desgracia hacerte compañera de un vicioso, de un impio... ¡Ah, hija mia! No nos libramos de mala años pasados.

Jacinta. Pues padre mio, Vm. disponga de mi, y no dude que el talento, la virtud y la piedad son las prendas que mas apreciaré en el que haya de ser mi esposo, y que siempre he mirado con suma indiferencia lo que proviene de los caprichos de la naturaleza y la fortuna.

D. Clemente. Me alegro de que pienses asi. Volvámonos, si te parece, que ya es hora.

Jacinta. Si señor: hemos paseado bien, y Vm. estará cansado.

Pocos meses despues de estas conferencias se verificó el matrimonio de Jacinta é Ignacio con mucho gusto de los contrayentes y de sus padres. Todos imploraron la asistencia de Dios, en cuyas manos se pusieron con la esperanza de que no les negaria su bendicion divina. Aunque la envidia de unos y la ignorancia de otros re-

probaron este casamiento, fue muy aplaudido de las gentes de juicio, porque vieron unidos dos consortes á qual mas amable y virtuoso, cuyos principales objetos eran mantener su buena reputacion, hacer bien á todos y cuidar del descanso y satisfaccion de su padre. Los pobres honrados vieron perpetuarse una familia bienhechora, y bendixeron el enlace de unos jóvenes religiosos y compasivos, á quienes aplaudian con las aclamaciones mas alegres y veraces siempre que tenian el placer de verlos.

Los padres de Ignacio asistieron á las bodas de su hijo, y en ellas manifestaron la urbanidad y demas bellas prendas propias de su cuna y buena crianza. Sus demostraciones de amor y reconocimiento, y la ternura y respeto con que fueron correspondidas, causaron la mayor satisfaccion; y la completó D. Clemente con la escena que sigue:

D. Clemente. Querido Ignacio, nos hallamos en el caso de que cumplas una palabra que me tienes dada, tan

puntualmente como yo he cumplido otra que te dí al mismo tiempo.

Ignacio. Señor, estoy pronto á hacerlo; pero si esa palabra es la que discurro, aun no me hallo en estado de poder cumplirla.

D. Clemente. ¿Con qué aun no te crees en el caso de socorrer á tus padres con generosidad?

Ign. No Sr.: yo nada tengo que poder ofrecerles sino mi amor y respeto.

D. Clemente. Te engañas. Tú eres dueño de quanto poseo desde que lo eres de mi amada Jacinta; y ésta no llevará á mal que su marido haga uso de lo que le doy en cosas tan justas.

Jacint. Sí, querido Ignacio: socorre á tus ancianos padres con franqueza: yo te lo ruego con las mayores veras. Dios nos lo premiará. Padre mio, ¡quánto agradezco á Vm!

D. Clemente. No tienes que agradecerme cosa alguna: ya he dicho que nada es mio de quanto hay en casa: quiero ser un alimentista vuestro; pero cuidado, chicos, que no me habeis de escasear el fondo de limosnas.

Los padres. Señor D. Clemente, no es razon que abusemos...

D. Clemente. Eh, tonterias, vejeces. Tomen lo que les den los muchachos y no se metan en abusos ni en calabazas. ¡Ola! ¿Me quieren aguar la funcion? Pues no. Señor D. Ignacio, los hombres como Vm. deben reflexîonar lo que ofrecen; pero una vez prometido, á cumplirlo tocan. Con seiscientos ducados annales saldrá Vm. con lucimiento de la empresa.

Jac. Me parece muy poco, señor.

D. Clemente. ¡Bendita sea tu boca! Añade otros quatrocientos por tí, y para mostrar tu generosidad.

Jacinta. Pues sí: mil ducados hemos de dar á los pobres abuelos, aunque á Ignacio le parezca mucho.

Ign Yo estoy absorto, admirado.... ¡Dios mio! No merezco el bien que me haceis. ¡Esposa amada! ¡Padres mios!..

D. Clemente. Jacinta, ¿apuestas algo á que llora tu marido? Pues lo sentiré, porque ya veis que estoy de bellísimo humor. ¿No lo dixe? Mira, mira que lagrimones. Tiene el cora-

zon mas tierno que una manteca.

Jacinta. Su llanto es de aquellos que solo se notan en los hombres de bien: dexémosle que se desahogue.

Ignacio. Díle á padre que tambien su merced...

D. Clemente. No lo digais: vamos, esto se acabó. Salgamos un rato á paseo, que la tarde es muy buena.

Todos. El Todopoderoso conserve á Vm. para nuestro consuelo.

D. Clemente. Vamos á paseo digo.

Los padres de Ignacio. Nosotros nos quedaremos si Vm. gusta.

D. Clemente. No gusto. ¿Quieren quedarse en casa porque no tienen vestidos de moda? Las verdaderas modas son las virtudes: sino las tienen quédense, porque no quiero acompañarme con los que carecen de ellas.

Ign. Sr. mis padres aunque infelices..

D. Clemente. ¡Dios te bendiga, hijo mio! Si no sales á su defensa me hubieras apesadumbrado. Iba á picar á Vms. Vamos, señores.

Los padres de Ignacio. Ya lo conocimos. Vamos pues.

El contento, la paz y la abundancia reinaban siempre en la casa de D. Clemente, á cuya persona y familia seguia protegiendo Dios en premio de su constante piedad y beneficencia. Los padres de Ignacio se volvieron á su pueblo llenos de consuelo y de satifacciones, y se mantuvieron en él perfectamente con la consignacion que se les hizo.

Una noche estaba D. Clemente en conversacion con sus hijos, y oyó tocar á fuego. De allí á breve rato entró un criado y dixo: ,,Señores, la casa ,,de D. Hilarion está ardiendo de tal ,,modo, que presto quedará reducida ,,á cenizas. Dicen que aquel Caba- ,,llero está herido gravemente, y que ,,un criado suyo llamado Felipe, el ,,qual ha huido, es el asesino y el ,,incendiario. A D. Hilarion lo estan ,,curando en una casa inmediata á ,,la suya."

D. Clemente y sus hijos sintieron mucho la desgracia del infeliz D. Hilarion, á quien trataron de favorecer inmediatamente. A pesar de que la

noche estaba muy fria y lluviosa, salió de casa D. Clemente acompañado de dos criados, y se dirigió á la en que se hallaba el herido: llegó á ella, y fue informado de aquel suceso fatal en los mismos términos que lo refirió su criado. D. Hilarion habia perdido el conocimiento y el habla por la mucha sangre que derramó por las heridas que estaban acabando de curarle, y por el terror que le causaron las horribles circunstancias de aquella catástrofe. 18

Muchos de los que pasaban por sus amigos se acercaron á saber del estado en que se hallaba; y al ver que era tan deplorable, le abandonaron diciendo: *Dios le consuele y asista. El Señor lo ha dispuesto asi, y es menester conformarse. ¡Pobre D. Hilarion! ¿Cómo ha de ser? etc.* La gente inconsiderada no dexó de soltar algunas expresiones satíricas é inoportunas, relativas á las circunstancias poco recomendables de D. Hilarion; lo qual sintió D. Clemente, y procuró evitarlo consiguiendo de los ministros

de Justicia que se despejase la pieza donde estaba el herido, y que no permitiesen entrar en ella sino á los Sacerdotes y Facultativos que debieran asistirle en aquel trance.

La casa de D. Hilarion y quanto habia en ella fue consumido por la voracidad de las llamas. El malvado Felipe, auxìliado de otros dos tan inicuos como él, habia robado todo el dinero y las alhajas de valor. D. Hilarion no tenia parientes ni persona alguna que le socorriese; y pobre, herido cruelmente, y abandonado de todos, hubiera sufrido la suerte mas amarga si el noble corazon de Don Clemente (incapaz de venganza y de resentimiento) no hubiera ocurrido á una necesidad tan urgente.

Con anuencia de la Justicia hizo D. Clemente que llevasen á su casa al herido, y en ella experimentó en toda su extension los efectos de la caridad cristiana. D. Hilarion sanó de sus heridas, y (aunque con muchísimo trabajo, curó tambien de las que recibió en su corazon con la absoluta

perdida de su hacienda. D. Clemente y sus hijos fueron los sábios médicos que lograron este triunfo.

Quando D. Hilarion estaba ya restablecido le sacó D. Clemente á paseo una tarde: anduvieron un rato, se sentaron á descansar, y se hablaron del siguiente modo.

D. Clemente. ¿Cómo vamos de fuerzas, Sr. D. Hilarion? Vm. se habrá cansado mucho.

D. Hilarion. En efecto. Estoy muy débil. ¡Quánto he padecido en el cuerpo y en el espíritu! Pero (gracias á Dios y á Vms.) ya me siento bastante bueno. Sino hubiera tenido en Vm. y en sus amables hijos unos amigos tan caritativos y juiciosos, ¡qué hubiera sido de mí! Yo no era capaz de haber podido tranquilizar mi ánimo, ni de haber perdonado á los autores de mi desgracia. Los crímenes que he cometido por un efecto de mi ignorancia y de mi malicia (los quales detesto y lloro amargamente (habian hecho desaparecer la luz de mi alma, á la qual cubrian las tinieblas

mas obscuras. Abusaba de la religion del modo mas inicuo: solo escuchaba con gusto la voz fementida de la adulacion, y cerraba los oidos á los avisos de la piedad y de la justicia. En fin, yo era perdido; pero Vm., generoso amigo, me ha hecho feliz... Vm...

D. Clemente. Yo puedo haber sido el instrumento de que se ha servido el divino Padre de las misericordias para hacer conocer á Vm. sus pasados yerros, y ponerle en el caso de que los abomine. Pero Dios es el autor de la felicidad de Vm.; y este Señor no necesitaba de mí ni de nadie para hacer á Vm. un bienaventurado.

D. Hilarion. Es cierto. ¡Quánta ha sido su misericordia para conmigo!

D. Clemente. Mucha es la que nos dispensa á todos, y debemos vivirle muy reconocidos.

D. Hilarion. ¡Esta falta de buena educacion es la ruina de muchos infelices como yo! Ya se ve, ha obrado uno por rutina, sin discernimiento, hecho un ciego sequaz de los malos,

un imitador servil de las prácticas mas viciosas...

D. Clemente. Me alegro de que Vm. lo conozca. Crea Vm., amigo D. Hilarion, que los hombres mal educados además de acarrearse su perdicion y deshonra, causan el descrédito de los exercicios en que se emplean. En el comercio hay muchísimos hombres distinguidos, útiles y justificados; pero tambien hay un sin número de ignorantes, los quales, no hallando recursos en su entendimiento nada ilustrado para poder mantener las obligaciones que contraen sin faltar á la equidad y al decoro, echan mano de arbitrios viciosos, y se dexan dominar de las pasiones mas injustas, en perjuicio del Estado, del buen nombre de su destino, y de sus mismas conciencias.

D. Hilarion. No hay duda, y yo he sido uno de esos: harto me pesa. Ademas, por la misma falta de buenos principios he desempeñado muy mal las obligaciones de un buen amo. Permítame la modestia de Vm. que

haga un paralelo sobre este punto entre su conducta y la mia. Me consta que Vm. no ha recibido criado alguno sin hallarse bien informado de sus buenas circunstancias con respecto á la religion y á la moral: yo he prescindido de esto, y admitia solamente á los que me parecian á propósito para llenar mis ideas injustas. Veo que Vm. trata á sus domésticos con un amor paternal: que los instruye con discrecion: que sufre sus faltas con paciencia: que los corrige con acierto y dulzura: que les paga con puntualidad y generosamente; y en fin, que logra hacerles amable la misma servidumbre. Todo lo contrario he hecho yo con los que han tenido la desgracia de servirme. Asi pues, Vm. advierte en los suyos la mas sincera gratitud, un amor verdadero y respetuoso á su persona, mucho zelo por los aumentos de su casa, y un conato eficacísimo en servirle y complacerle. Y yo ¿qué he logrado de los mios? El desprecio, el abandono, el aborrecimiento y el atentado mas atroz. . . . .

Una triste experiencia me hace conocer que los amos necios é irreligiosos han corrompido la clase de los sirvientes. Los llaman *enemigos no excusados*, porque no saben hacer de ellos amigos fieles y constantes. Notan su falta de respeto, de buen zelo y lealtad; pero es porque los admiten sin exâmen, y los tratan con menosprecio y tiranía, ó bien porque los hacen cómplices de sus flaquezas y crímenes.

Vm., amado D. Clemente, me ha demostrado estas verdades: en la casa de Vm. mora la santa virtud, y yo me he renovado en ella. No soy el mismo desde que tuve la dicha de habitarla, y de oir las saludables correcciones de su dueño..

D. Clemente. Dios es quien ha hecho la feliz mudanza que efectivamente noto en Vm. Dé Vm. infinitas gracias á este Señor; y por lo que respecta á mí, cuente con la buena voluntad de un compañero que le estima, y le cuidará con esmero mientras viva.

D. Hilarion. Dios se lo pague á Vm. ¡Ay! ¡Cómo tuve atrevimiento de

calumniar y perseguir á un hombre tan honrado! ¡Yo fui tan temerario!..

D. Clemente. Ya he rogado á Vm. muchas veces que no se mortifique con esos recuerdos. Venga un abrazo, y volvámonos á casa.

D. Hilarion. Vamos pues. ¡Dios mio, bendecid á mi bienhechor y á su virtuosa familia, y miradme con ojos de piedad!

D. Hilarion se mantuvo en casa de D. Clemente cerca de un año, al cabo del qual murió arrepentido y conformado con la voluntad divina. Solamente pudo disponer de ciertas cantidades que le debian algunos de sus parroquianos, y rogó á D. Clemente que las distribuyese entre los pobres. Perdonó á su criado Felipe, é hizo que constase asi de un modo auténtico, por lo que pudiera convenir en algun tiempo á aquel delincuente; pero de nada sirvió esta precaucion, porque Felipe tuvo un fin muy desastrado.

La caridad y el amor con que D. Clemente y sus hijos trataron á D. Hilarion acabaron de grangearles el

aprecio y admiracion pública. Esta familia estimable vivió una larga edad, dexando vinculadas en su descendencia las virtudes mas heróycas, y la piedad mas santa.

Hemos visto quales son los efectos de la educacion. D. Clemente é Ignacio tuvieron la dicha de recibirla buena: véase la conducta del primero como padre, como amo, y como hacendado y comerciante, y la del segundo como hijo y como criado, y hallaremos en ambos mucho que admirar y aprender. D. Hilarion y Felipe tuvieron la desventura de haber sido mal criados; y tambien hemos visto la infelicidad á que los conduxo su ignorancia y falta de buenos principios.

Demos pues á Dios, á nuestros Soberanos y á nuestro Gobierno las mas humildes gracias porque nos proporcionan los medios de que recibamos una buena educacion, y procuremos corresponderles con nuestro agradecimiento y buenos servicios.

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE la nueva escuela de la M. N. y M. L. Villa de Chinchon, cuyo Maestro ha sido dotado en gran parte por la generosidad de los vecinos hacendados de dicha Villa, y cuyo establecimiento ha sido honrado por S. M. con el título de Real, y con la prerogativa de ser visitado por el Visitador de las escuelas Reales.

CANTO INAUGURAL.

En la vega frondosa,
que riega del Xarama cristalino
la corriente apacible y caudalosa,
el gallardo Clorino,
de la ilustre Chinchon pastor honrado,
apacentando estaba su ganado.
Y mientras esparcida
por la selva florida
su grey se alimentaba
del pasto regalado,
Clorino recostado
sobre el césped que cubre la ribera,
al son de un pastoril ronco instrumento,
con dulce voz y dolorido acento
cantó de esta manera:
„Amada é infelice Patria mia,
objeto de mi amor y mi ternura,
yo te saludo, y triste compadezco
tu fatal desventura:

el funesto abandono
en que yacen tus fieles moradores
disipó mi alegria.
Luchan con los horrores
de la torpe ignorancia
la amable juventud, la tierna infancia.
El astro luminoso
de la sacra piedad apenas puede
alumbrar el espacio tenebroso
de mi Patria afligida:
y el detestable vicio
le conduce á un horrible precipicio.
Las costumbres padecen,
las virtudes perecen,
y triunfa la malicia
del pudor, del decoro y la justicia.
La tierra cultivada
por imperitas manos,
no rinde á los humanos
los frutos diferentes y abundantes
que su seno feraz ofreceria
á la sabiduría.
Las artes y la industria abandonadas,
tristemente olvidadas,
no ocupan ni sustentan;
y el ocio y la miseria voluntaria
hacen á la razon torpe y precaria.
Vagan los niños sin razon ni guia
en la edad peligrosa;
y la culpa horrorosa
no encontrando virtud que la rechace,
en ellos satisface
sus efectos terribles,
que á veces suelen ser incorregibles.
¡O tú, divina luz, don de los Cielos,

sagrada EDUCACION, guia del hombre!
Permite que te nombre,
y que implore Clorino
tu socorro divino
y tu influencia amada
en favor de su Patria desdichada.
Oye mis tristes voces,
y mi llanto afligido compadece.
¡Ah! ¡Los vientos veloces
á tí lleven mis ecos doloridos,
y los escuchen gratos tus oidos!
Desciende á dar consuelo
del infeliz Clorino al patrio suelo."
Cantó el pastor; y la celeste esfera
de un resplandor clarísimo se inunda,
que en el ameno valle reverbera.
Con reverencia y humildad profunda
Clorino alzó la vista al Firmamento,
y vió sobre una nube
de nacar y carmin una Matrona
con sencillo ornamento,
y de hermoso y dulcísimo semblante,
que con cuidado atento
dictaba á un bello infante
piadosas leyes y principios sábios;
y al paso que sus labios
á la instruccion del niño dirigia,
su diestra sostenia
un arbolito tierno, al qual guiaba
el benéfico impulso que le daba.
Una luz rutilante
del sacrosanto Olimpo descendia,
y en la Ninfa infundia
aquel divino zelo
que alienta su solícito desvelo

y afectos maternales
por la felicidad de los mortales.
Clorino gratamente sorprendido,
justamente admirado,
de gozo enagenado,
y de dulce esperanza poseido,
á la sacra Deidad mira, y advierte
que le habla de esta suerte:
„Vigilante pastor, ya se acabaron
tus amargos pesares.
Tus penas dolorosas
y llanto lastimero
en gozo placentero
y en verdaderas dichas se trocaron.
De tu Patria los Próceres piadosos
inciensos ofrecieron en mis aras;
y en himnos religiosos
que al Olimpo llegaron,
mi asistencia invocaron.
De sus virtudes claras
dudar ya no he debido;
y sepultando en el eterno olvido
el desprecio que en tiempos mas fatales
hicieron de mi auxîlio injustamente,
me he prestado clemente
á asistirles constante y oficiosa
como madre amorosa.
¡Ah Clorino! Se vieron
regalados de Céres y Pomona,
y los frutos cogieron
de los árboles sacros de Minerva
y de la vid de Baco;
y con la tierna yerba
de sus amenos sotos y vallados
nutrian sus ganados.

Estas eran sus dichas pasageras;
pero las verdaderas,
las riquezas del alma no encontraron
sino los que distantes las buscaron.
¡Oh! Tú mismo conoces
que las culpas atroces,
la estupidez, la irreligion temible,
el desórden sensible,
y el vicio depravado
dominan á un mortal mal educado.
Pero este mal cesó: corren los niños
á recibir mis sábios documentos
y mis dulces cariños,
alternados de justas correcciones;
sus tiernos corazones,
dóciles y contentos,
aprenden la doctrina
de la ciencia divina,
el modo de reglar sus procederes,
y del humano trato los deberes.
Corre, vuela á tu Patria presuroso,
Clorino virtuoso,
y verás reunidos
á sus hijos queridos,
de zelo y de piedad dignos modelos,
uniendo sus desvelos
á los del Profesor que han empleado,
de mi ciencia ilustrado,
ocuparse benignos y constantes
en la felicidad de los infantes.
De las mercedes que he debido á Cárlos,
mi augusto Protector y caro amigo,
es tu Pueblo testigo;
y en festivas canciones
aplaude sus virtudes y sus dones."

Corre, (volvió á decir la Ninfa bella)
y se ocultó al momento
á ser del alto cielo clara estrella.
El pastor prontamente
la custodia encargó de la manada
á su consorte amada,
y partió diligente
á observar de su Patria la ventura,
colmado de placer y de dulzura.
Llegó, y en los semblantes
vió de sus habitantes
las señales del gozo:
el anciano y el mozo,
los niños y mugeres
rebozaban placeres,
y cantaban alegres los loores
de sus sábios y dignos bienhechores.
Un venerable anciano á Clorino saluda;
y dándole la mano
en señal de amistad asi le dixo:
„Caro y dichoso hijo
(que asi debe llamarte
el que logró educarte
en tu temprana aurora)
abraza al viejo Fabio que te adora."
„¡Fabio, padre querido!
(prorumpió enternecido
el pastor apreciable)
¡quán grato y venturoso
es el feliz instante en que te miro!"
Y lanzando un suspiro,
y mil lágrimas tiernas derramando,
se estrechó cariñoso
al viejo virtuoso;
y éste con amorosas expresiones

le dixo estas razones:
„Ya llegó el dia de placeres lleno,
en que logra la Patria
abrigar en su seno
las virtudes sagradas,
y ver exterminadas
las mortíferas plantas de los vicios.
Hoy, por los generosos sacrificios,
por la constancia, zelo y diligencia,
rectitud y prudencia
de nuestros justos próvidos hermanos;
de sus conciudadanos
los caros hijos tienen quien dirija
sus tiernos corazones: quien corrija
con tino sus delitos:
quien de la Religion los sacros ritos,
la moral saludable,
y la instruccion en fin les haga amable.
Nuestro sábio y benigno Soberano
baxo su proteccion ha recibido
el establecimiento distinguido,
que con liberal mano
ofrece á la niñez tu Pueblo justo.
Su Protector augusto
lo ha colmado de honor, y lo hará eterno
á pesar de las iras del infierno.
Las plantas estimables y preciosas,
porcion del corazon de los consortes,
y de la humanidad dulces delicias,
lograrán las primicias
de aquella educacion piadosa y sábia
que de las furias la implacable rabia
confunde y desalienta.
¡Ah Clorino! ¡Quán lenta,
quán perezosa ha sido

la carrera de un bien tan apreciable!
Por eso es tan amable
su posesion dichosa.
El corazon reposa
sobre este triunfo. El resto de mis dias
ya será afortunado:
moriré consolado;
y mientras me conserve la exîstencia
el Dios de la clemencia,
bendeciré su mano poderosa,
á la qual ha debido
la amada Patria el bien que ha recibido."
"¡Oh supremo Hacedor! ¡Oh Rey amable!
¡Oh Pueblo venturoso!
(Exclamó el fiel Clorino dulcemente)
Yo supe vuestro triunfo: sí, yo he visto
la Ninfa mensagera,
la sábia jardinera,
recta cultivadora
del espíritu humano.
El Padre Soberano
(¡mi corazon de júbilo se inflama!)
á vosotros la envia porque os ama.
Apreciadla, queridos compañeros;
y con sábios esmeros
y conato vehemente
hacedla transmitir de gente en gente.
Los pueblos de la Iberia imitar deben
vuestra beneficencia generosa:
los nombres de los héroes que promueven
la educacion preciosa,
en mármoles y bronces
esculpidos serán y venerados;
y Clorino grabados
en los troncos robustos

del duro roble y de la fuerte encina
los vuestros dexará para memoria
de la posteridad y de la historia,
y escribirá su mano
primero el de su amable Soberano.
¡Oh Profesor querido!
A tu ciencia y talento conocido
fio la niñez tierna de mi Patria:
hazla feliz: ¡asi los Cielos santos
te bendigan y libren de quebrantos!
Y vosotros, amadas dulces prendas,
queridos niños, almas inocentes,
tributad reverentes
á Dios vuestras sinceras alabanzas.
Huid las asechanzas
de los vicios mortales,
orígen de los males.
Conservad la inocencia,
y la santa pureza de costumbres,
que os librará de amargas pesadumbres.
Vivid reconocidos,
pues de su amor os veis favorecidos,
á vuestro Rey clemente.
Pedid al Hacedor Omnipotente
por su felicidad, salud y acierto,
y que viva triunfante
en trono de diamante
con su dulce Consorte y Prole amada.
La virtud acendrada
delos munificientes Protectores,
que son de vuestra dicha los autores,
os debe edificar. Rogad al Cielo
que premie su bondad, constancia y zelo."
A Dios, Patria dichosa,
á Dios, Fabio querido,

Clorino exclama, y parte complacido
á morar su cabaña
en las riberas que el Xarama baña.

✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢*✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢✢

CANCION RECITADA EN LOS EXAMENES públicos de las Escuelas Reales de esta Corte, celebrados de acuerdo de la Real Junta general de Caridad, y tenidos en las casas Consistoriales de esta Villa en los dias 22 y 23 de Enero de 1800.

Huye, monstruo feroz, huye y las aguas
negras y pestilentes
del Tártaro profundo te sepulten
y eternamente oculten,
vicio cruel, aborto de las furias,
instrumento fatal de sus injurias:
no de los inocentes
el corazon sencillo y delicado
infestes con tu aliento emponzoñado.
Y tú torpe y grosera
estúpida ignorancia
huye tambien de la region Ibera.
Dexa á su bella infancia
en el dulce regazo
de la sabiduria
gozar con alegría
de la santa piedad y las virtudes
los frutos saludables y sabrosos,
libres de tus influxos perniciosos.
Huid (vuelvo á decir) de estas regiones,
horribles vicios, sombras tenebrosas,

máximas ominosas
de la obscura ignorancia aborrecibles;
y no las venenosas confecciones,
que ofreceis á los míseros mortales
con encono terrible,
produzcan el horror, los tristes males,
que llenan de amargura
y de vanos prestigios é impresiones
de los hijos de Adan los corazones.
¡O virtud, *dulce amiga de los justos,*
y del inicuo siempre perseguida!
ven, que mi Patria te dará acogida.
En los pechos augustos
mora de los sencillos Españoles
sin recelos ni sustos;
te desean, te aprecian y te aman:
¿los abandonarás quándo te llaman?
Y tú, segundo ser de los humanos,
EDUCACION *sagrada,*
enemiga del ocio y la malicia,
asístenos propicia;
y de tus sábias laboriosas manos
y mente iluminada
reciban nuestros jóvenes amables
lecciones saludables.
Ven, y en mi Patria amada
extiende tus felices influencias
y tus beneficencias.
Alumbren los destellos
de tu divina luz esplendorosa,
á los infantes bellos;
y la prole gloriosa
de los ínclitos fieles Españoles,
renueve aquellos tiempos venerados
en que fueron dechados

de ciencia, de valor, piedad y zelo.
Este dulce consuelo,
tristemente perdido
por un infausto olvido,
culpable ante los hombres y ante el Cielo,
vuelva á llenar de ciencia y energía
á la ilustre Española Monarquía.
Sacros y patricios Lares,
Númenes tutelares
de mi amada Nacion, yo os recomiendo
encarecidamente
á la Española gente.
Los ilustres blasones,
dignamente adquiridos
por los excelsos ínclitos varones
héroes esclarecidos
de mi Patria gloriosa y respetable,
se aumenten por sus hijos venturosos;
y no marchiten pérfidos, infieles,
torpes ó irreligiosos
de sus progenitores los laureles.
Con acento sonoro
y con ánsias sinceras
asi cantaba el fiel Altisidoro,
gentil pastor del sacro Manzanares,
en una de sus plácidas riberas,
de mil fragantes flores esmaltada,
y de frondosos árboles poblada:
Quando una luz divina
la atmósfera ilumina.
El pastor se sorprende,
y con admiracion la vista extiende
hácia el claro horizonte;
y de la cumbre de un altivo monte
con paso presuroso

y ademan cariñoso,
descender vió un mancebo
mas gallardo que Febo,
y mas resplandeciente que la Aurora;
el qual, con faz serena y voz sonora,
cercano ya al pastor le dixo afable;
„Altisidoro amable,
el Padre Soberano
me confió amoroso y providente
el bien y la custodia juntamente
del hemisferio Hispano.
Su justicia indignada
por las culpas atroces, cometidas
contra su ley sagrada,
á los pueblos castiga riguroso;
pero el tuyo es dichoso
en la calamidad que al orbe aflige,
mezcladas de insufribles amarguras,
ni la desolacion y combustiones
con que airado extermina otras Naciones.
El cielo le dirige
avisos y recuerdos importantes;
mas no penas tan duras.
Aun hay virtud, aun hay costumbres sanas
en tu Patria, zeloso Altisidoro:
hay piedad y decoro;
y aunque de las rabiosas é inhumanas
iras del torpe vicio
mira el horrible amago,
no llegará su estrago.
La defiende propicio
el Dios de la clemencia
con su auxilio eficaz y su asistencia.
La caridad, virtud la mas sublime,
tiene Ministros sábios y leales,

que alejando los males
de tu Nacion heróica, la redime
del cautiverio vil que sufriria
si la maldad impía
pudiera subyugarla impunemente
á su dominio inicuo é inclemente.
Los decretos de Cárlos el piadoso,
el clamor reverente de sus hijos,
los conatos prolixos
y esfuerzo prodigioso
de los Ministros de la sacra Astrea,
y la sinceridad con que desea
un Cuerpo compasivo y vigilante
el feliz é importante
bien de la EDUCACION, *hará dichosa*
á tu Patria querida;
y de la Religion esclarecida
la antorcha luminosa,
de la caliginosa
nube grosera, que su brillo empaña,
disipará el vapor triste y liviano;
y no podrá la saña
del abismo tirano
impedir que los fieles Españoles
gocen la claridad consoladora
de la luz mas brillante y bienhechora.
Parte á la imperial Mantua, admira en ella
la probidad, el zelo
y constante desvelo
de sus hijos ilustres y piadosos.
Observa á los preciosos
niños afortunados
sábiamente educados,
tiernamente queridos.
Míralos amparados, protegidos

de los sábios benéficos varones,
cuyo amor puro al bien y á las virtudes,
y cuyo zelo y miras paternales
los harán venturosos é inmortales.
Quédate en paz, amable Altisidoro"
el Númen dixo, y con afecto puro
batió sus alas de oro,
y con ligero vuelo,
dexando al pastor lleno del consuelo
mas alegre y seguro,
se partió diligente
á obedecer al Padre Omnipotente.
A una honesta zagala,
del Alba envidia, de los prados gala,
encargó Altisidoro su ganado;
y partió apresurado
á la corte de Cárlos el augusto
colmado de placer, lleno de gusto.
Del Cielo conducido
fue al dichoso parage destinado
á exáminar el fruto sazonado
que el zelo y el amor han producido
del sábio patriotismo, que promueve
la EDUCACION *sagrada. Se conmueve*
de gozo y de ternura
al ver tantos ilustres protectores
de la infancia: al mirar como procura
cada niño animoso,
de honor y de virtud estimulado,
sobresalir al mas adelantado,
y obtener el honroso
premio de aquella union caritativa,
que estimula y aviva
la aplicacion con la mayor franqueza,
y socorre piadosa la pobreza,

En fin, vió Altisidoro practicado
del modo mas completo y favorable
su deseo laudable.
Y de agradecimiento penetrado,
quando de España la ventura advierte,
exclama de esta suerte:
„¡Amable Cárlos! ¡Soberana Luisa,
brillante estrella, de las Gracias risa!
¡Columnas del Estado,
en cuya probidad, tino y cuidado
descansa el Soberano de la Hisperia!
¡Magistrados de Iberia!
¡Sábios Ministros de la sacra Témis!
¡Próceres respetables!
¡Junta ilustre! ¡Varones estimables,
á quien el Rey confia
la direccion y guia
de la educacion sólida y cristiana!
¡Discretos y prudentes Profesores
á quien se fia la niñez Hispana,
el Cielo os ilumine! ¡Sus piedades
lluevan sobre vosotros! ¡Jamas pueda
de la fortuna la voluble rueda,
ni el furor del enfierno
vuestros dias hacer desventurados!
¡Permita el Ser Eterno
que sean vuestros nombres venerados
en todas las Naciones!
¡Que las generaciones
con respeto profundo
os repitan gozosas y admiradas,
justas y afortunadas
en los diversos ángulos del mundo!
España, Patria mia,
en tan dichoso dia

muestra con regocijo verdadero
y con candor sincero
que sabes apreciar tantas mercedes
y un bien que es el mayor que lograr puedes.
Verás por todas partes
de la industria, las ciencias y las artes
admirables progresos;
y la próvida madre Agricultura
te dará la abundancia y la ventura.
Cesarán los excesos,
hijos del torpe vicio y la ignorancia;
y sábios, laboriosos y tranquilos,
llenos de ardiente zelo y vigilancia,
serán los Espvñoles ensalzados,
felices, y de todos apreciados.
¡Y tú, Dios de clemencia y de piedades!
Por tu misericordia sacrosanta
las cadenas quebranta
con que la tenaz guerra al orbe oprime.
¡Tantas calamidades!...
¡Tan atroces crueldades!...
¡Ah, Supremo Hacedor! Piedad. Reprime
el furor de este monstruo sanguinario;
y el bien consolador y necesario
de la paz, hija tuya,
haz que la dulce calma restituya
á la afligida tierra.
¡Cese el horrible estrago de la guerra!
La fiel consorte con el caro esposo,
el padre afoatunado
con el hijo estimado,
en tranquilo reposo
gocen en los pacíficos hogares
recíprocos amores;
y á tus sacros altares

se humillen con placer y reverancia
á bendecir tu amor y tu clemencia.
Vosotros, tiernos niños,
dignos de mis cariños,
pedídselo al Señor. Alzad los ojos
al Dios de la bondad; y sus enojos
acaso calmarán los reverentes
votos de vuestras almas inocentes."
Asi exclamó el pastor agradecido
con afecto encendido,
y volvió sin pesares
á los prados del fresco Manzanares.

